

INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL
XXXIX JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA



JOSÉ DE MAZARREDO Y SALAZAR

**CICLO DE CONFERENCIAS - OCTUBRE 2009
CUADERNO MONOGRÁFICO N.º 60
MADRID, 2009**



MINISTERIO DE DEFENSA

INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL

**XXXIX JORNADAS
DE HISTORIA MARÍTIMA**

**JOSÉ DE MAZARREDO
Y SALAZAR**



**CICLO DE CONFERENCIAS - OCTUBRE 2009
CUADERNO MONOGRÁFICO N.º 60
MADRID, 2010**

CUBIERTA: José de Mazarredo Salazar, teniente general de la Armada.
François Marie Bellier (1745-1836).
Óleo sobre lienzo, 74 x 59 cm.
Museo Naval de Madrid.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Instituto de Historia y Cultura Naval.
Juan de Mena, 1, 1.ª planta.
28071 Madrid (España).
Teléfono: 91 379 50 50.
Fax: 91 379 59 45.
C/e: ihcn@fn.mde.es

CATÁLOGO GENERAL DE PUBLICACIONES OFICIALES

[htt://www.060.es](http://www.060.es)

EDITA:



© Autores y editor, 2010
Depósito legal: M. 16.854-1983.
ISBN: 978-84-9781-592-5.
NIPO: 076-10-147-4 (edición en papel).
NIPO: 076-10-148-X (edición en línea).

Imprime: Servicio de Publicaciones de la Armada.
Tirada: 1.000 ejemplares
Fecha de edición: mayo, 2010

Las opiniones emitidas en esta publicación son de la exclusiva responsabilidad del autor de la misma.

Los derechos de explotación de esta obra están amparados por la Ley de la Propiedad Intelectual. Ninguna de las partes de la misma puede ser reproducida, almacenada ni transmitida en ninguna forma ni por medio alguno, electrónico, mecánico o de grabación, incluido fotocopias, o por cualquier otra forma, sin permiso previo, expreso y por escrito de los titulares del © *Copyright*.

La figura del almirante Mazarredo, es una de las más sobresalientes de la amplia galería de ilustres marinos de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Destacando como marino profesional, se posiciona en el marco ilustrado de su época que en buena parte va a condicionarlo.

Mazarredo será pieza fundamental en el cénit y ocaso de la Marina borbónica, que si tardó, como escribe Salazar, noventa años en crearse, se desmoronó en menos de diez, aunque en ningún caso fuera por causas achacables a nuestro personaje. De aquí el propósito de Instituto de Historia y Cultura Naval en este ciclo e conferencias, de rescatar su figura y proyectarla en el más amplio marco de su dimensión histórica.

Elogiado, discutido, criticado en su pretendido afrancesamiento, que como se ha escrito «fue un afrancesamiento de puro patriotismo», su genio organizador, su talante reformista, y su entereza frente a los gobernantes que mantenían a la Marina relegada al olvido, hicieron posible que aquellas desarmadas escuadras pudieran rehabilitarse y hacer frente a los ingleses en cabo Espartel y en Cádiz.

Como ha escrito Fernández Navarrete, en las cualidades personales de Mazarredo «aparecían reunidos la sinceridad y el candor con la prudencia y penetración del héroe y del sabio». Este juicio histórico marca la trayectoria de este gran marino en el justo proyecto de su reivindicación.

Gonzalo RODRÍGUEZ GONZÁLEZ-ALLER
Contralmirante director del
Instituto de Historia y Cultura Naval

REVISTA DE HISTORIA NAVAL

Petición de intercambio

Institución

.....

Dirección postal

.....

.....

País

Teléfono

Fax

Nos gustaría intercambiar su Revista/Cuadernos:

- Revista de Historia Naval
- Cuadernos Monográficos

con nuestra publicación

.....

.....

.....

(Ruego adjunte información sobre periodicidad, contenidos... así como de otras publicaciones de ese Instituto de Historia y Cultura Naval.)

Dirección de intercambio:

Instituto de Historia y Cultura Naval

Juan de Mena, 1, 1.º 28071 Madrid

Teléfono: (91) 379 50 50

Fax: (91) 379 59 45

C/e: ihcn@fn.Mde.es

SUMARIO

| | <u>Págs.</u> |
|--|--------------|
| <i>Apertura</i> , por el director del Órgano de Historia y Cultura Naval, CA Gonzalo Rodríguez González-Aller | 9 |
| <i>De la Ilustración a la Revolución</i> , por Pablo González-Pola | 11 |
| <i>Mazarredo, un marino ilustrado y científico</i> , por Agustín Guimerá Ravina | 27 |
| <i>Mazarredo organizador, estratega y táctico</i> , por Ramón Peral Lezón | 43 |
| <i>El almirante Mazarredo, embajador de España ante Napoleón</i> , por José Cepeda Gómez | 67 |
| <i>Mazarredo, un marino ministro de José Bonaparte</i> , por José Cervera Pery | 85 |

INTERVIENEN EN ESTAS JORNADAS

Pablo González Pola. Doctor en Ciencias de la Información por la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid (UCM), obteniendo la calificación de sobresaliente «cum laudem». Es licenciado en Veterinaria por la UCM y Teniente Coronel en la Reserva del Cuerpo de Veterinaria del Ejército

Ha sido Jefe del Servicio de Relaciones Públicas y Protocolo del Estado Mayor del Ejército; Coordinador del Programa de Catalogación de Fondos Históricos del MDE y Vocal de la CEHISMI. Es Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Premio Defensa 2002, por su Tesis Doctoral: «La configuración de la mentalidad militar contemporánea y el movimiento intelectual castrense. El siglo crítico. 1800-1900».

En 2005 fue nombrado Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas de la Universidad CEU Cardenal Herrera, Valencia. Actualmente es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad CEU San Pablo de Madrid

Es autor de «Sargadelos 1798. Un motín en la Galicia de finales del Antiguo Régimen». Ediciones Do Castro, La Coruña 1994; «La configuración de la mentalidad militar contemporánea y el movimiento intelectual castrense. El siglo crítico, 1800-1900». Soporte digital, UCM; «La configuración de la mentalidad militar contemporánea. Del Sexenio revolucionario a la semana trágica, 1868-1909», MDE, 2003.

Agustín Guimerá Ravina. Nació en Las Palmas en 1953, Licenciado en Filosofía y Letras, por la Universidad de La Laguna (1975). Doctor en Historia Moderna por la UCM (1982). Perteneció a la plantilla investigadora del CSIC desde 1986. Ha publicado doce libros y más de cincuenta artículos de historia moderna y contemporánea, relacionados fundamentalmente con la historia marítima y la historia naval en el Atlántico.

Sobre historia naval ha publicado: «*Nelson and Tenerife*»; «*Godoy y la Armada*»; «*Manuel Godoy y su tiempo. Congreso Internacional Manuel Godoy (1767-1851)*».

«*Gravina y el liderazgo naval de su tiempo*»; «*Trafalgar: ni gran victoria ni gran derrota*»; «*Trafalgar: mito e historia*»; «*Andalucía en la Historia*»; «*Métodos de liderazgo naval en una época revolucionaria Mazarredo y Jervis (1779-1808)*»; «*El mar en los siglos modernos*».

«Ha sido coordinador del volumen colectivo «*Trafalgar y el mundo atlántico*»; con Víctor Peral de la obra «*El equilibrio de los imperios. De Utrecht a Trafalgar*» (Madrid, 2005); con José María Blanco Núñez de la obra «*Guerra naval en la Revolución y el Imperio: Bloqueos y operaciones anfíbias, 1793-1815*». (Madrid, 2008).

Ramón Peral Lezón. Nació en Celanova (Orense) en 1948, ingresó en la ENM en 1966 y salió AN en el 1971. Estuvo destinado en los siguientes buques y unidades aéreas: fragata *Álava*, dragaminas *Ebro*, portaaviones *Dédalo*, fragata *Santa María*, mandó el patrullero *Nalón* y el cazaminas *Guadalete*, Flotilla de Aeronaves, 7ª y 3ª Escuadrillas y fue Segundo Jefe del Helipuerto de Rota.

Ha sido Profesor de Electrónica en la ENM, Coordinador del Centro de Valoración para el combate (CEVACO), Jefe de los Servicios Aéreos de la BN de Rota, Jefe de la Sección de Aeronaves de la JAL y Jefe de las Instalaciones de 2º Escalón de Mantenimiento (ISEMER).

Tiene las especialidades de Piloto Naval de Helicópteros y Electrónica y realizó el curso de Mando Superior. Tiene el idioma inglés reconocido con carácter permanente.

Esta en posesión de 3 Medallas del Mérito Naval, la Cruz, Encomienda y Placa de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, la medalla del Sahara y la medalla de Liberación de Kuwait.

José Cepeda Gómez (Madrid, 1950) es Profesor de Historia Moderna en la Universidad Complutense de Madrid. Su investigación se ha centrado principalmente en la historia del Ejército y la Marina españoles en los siglos XVIII y XIX. De entre sus publicaciones dedicadas a este tema destacan: *El Ejército en la política española. 1787-1843*. (1990); *Don Manuel de*

Mazarredo y Mazarredo: la sombra de Narváez. (1980); *La Marina en Indias en el siglo XVIII.* (1987); *La Marina y el equilibrio de los océanos en el siglo XVIII.* (2005); *La historiografía sobre la Marina en los siglos XVIII y XIX.* (2008); *El Conde de Aranda y las Milicias provinciales* (1986); *La crisis del Ejército Real y el nacimiento del Ejército Nacional* (1995); *Servir al Rey y servir a la Nación. Ilustrados, liberales y el deber militar* (1995); *Análisis comparativo de las Guerras de Independencia de Estados Unidos y España* (1996); *El Fuero Militar en el siglo XVIII* (1996); *De vecinos mal avenidos a compañeros de armas. España y Portugal en la crisis peninsular de 1808.* (2008).

Para los *Diccionarios Temático y Biográfico* de la *Enciclopedia de Historia de España* dirigida por Miguel Artola (1991) escribió cerca de 200 voces referidas a temas o personajes de la vida militar española.

Es autor del capítulo *El acceso de los generales al poder político* (1831-1840/1843), en la *Historia de España* de Menéndez Pidal-Jover Zamora (1981).

José Cervera Pery. Nació en San Fernando en 1927. Licenciado en Derecho por la Universidad de Madrid. Licenciado en Historia por la Universidad de Cádiz. Periodista de titulación oficial. Diplomado en Tecnología de la Información y Altos Estudios Internacionales. Diplomado en Derecho Internacional y Derecho Marítimo por las Fuerzas Armadas. General Auditor del Cuerpo Jurídico Militar en situación de retiro.

Historiador naval con más de veinticinco libros publicados, articulista y conferenciante en numerosos foros españoles, europeos e hispanoamericanos. Profesionalmente ha dirigido el diario *Ébano* de Santa Isabel de Fernando Poo, y las revistas *Proa a la mar* de la Liga Naval Española y la *Revista de Historia Naval* del Instituto de Historia y Cultura Naval.

Ha sido jefe de los Gabinetes de Prensa de la Subsecretaría de la Marina Mercante y del Ministerio de Marina. Consejero Legal del Estado Mayor de la Armada y Profesor de la Escuela de Guerra Naval. Su último destino jurídico fue el de Auditor de la Flota. Fue igualmente miembro de la Delegación española en la Tercera Conferencia de Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar (Caracas, Nueva York, Ginebra y Montego Bay (Jamaica) y miembro del Comité Jurídico de la Organización Marítima Internacional (Londres) y Comité Jurídico de Derecho Internacional (Bruselas).

Tras su pase a la reserva desempeñó los destinos de Jefe del Servicio Histórico de la Armada; Jefe del Departamento de Cultura del Instituto de Historia y Cultura Naval y Director de la *Revista de Historia Naval*. En la actualidad es el Asesor de la Dirección del citado organismo.

Es Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y de otras instituciones culturales españolas e hispanoamericanas, así como numerario de la Real Academia de San Romualdo de Ciencias, Artes y Letras de la ciudad de San Fernando.

Está en posesión de la Gran Cruz del Mérito Naval y cruces del Mérito de los tres Ejércitos; Cruz Distinguida de la Orden de San Raimundo de Peñafort; cruz, encomienda y placa de la de San Hermenegildo y encomiendas de las Órdenes de Isabel La Católica, Mérito Civil y África, entre otras condecoraciones.

Ha publicado también dos novelas históricas y cinco libros de poemas, habiendo obtenido importantes premios, el de más trascendencia el «Marqués de Santa Cruz de Marcenado, Príncipe de las Letras Militares» el más alto galardón del Ministerio de Defensa, cuya entrega la hace personalmente S.M. el Rey.

**CUADERNOS MONOGRÁFICOS DEL INSTITUTO
DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL**

- 1.—I JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA (Agotado)
ESPAÑA Y EL ULTRAMAR HISPÁNICO HASTA LA ILUSTRACIÓN
- 2.—II JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA (Agotado)
LA MARINA DE LA ILUSTRACIÓN
- 3.—SIMPOSIO HISPANO-BRITÁNICO (Agotado)
LA GRAN ARMADA
- 4.—III JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA (Agotado)
LA ESPAÑA MARÍTIMA DEL SIGLO XIX (I)
- 5.—IV JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA (Agotado)
LA ESPAÑA MARÍTIMA DEL SIGLO XIX (II)
- 6.—*FERNÁNDEZ DURO* (Agotado)
- 7.—*ANTEQUERA Y BOBADILLA* (Agotado)
- 8.—V JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
LA MARINA ANTE EL 98.—ANTECEDENTES DE UN CONFLICTO
- 9.—I JORNADAS DE POLÍTICA MARÍTIMA
LA POLÍTICA MARÍTIMA ESPAÑOLA Y SUS PROBLEMAS ACTUALES
- 10.—*LA REVISTA GENERAL DE MARINA Y SU PROYECCIÓN HISTÓRICA*
- 11.—VI JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
LA MARINA ANTE EL 98.—GÉNESIS Y DESARROLLO DEL CONFLICTO
- 12.—*MAQUINISTAS DE LA ARMADA (1850-1990)*
- 13.—I JORNADAS DE HISTORIOGRAFÍA
CASTILLA Y AMÉRICA EN LAS PUBLICACIONES DE LA ARMADA (I)
- 14.—II JORNADAS DE HISTORIOGRAFÍA
CASTILLA Y AMÉRICA EN LAS PUBLICACIONES DE LA ARMADA (II)
- 15.—VII JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
POLÍTICA ESPAÑOLA Y POLÍTICA NAVAL TRAS EL DESASTRE (1900-1914)
- 16.—*EL BRIGADIER GONZÁLEZ HONTORIA*
- 17.—VIII JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
EL ALMIRANTE LOBO. DIMENSIÓN HUMANA Y PROYECCIÓN HISTÓRICA
- 18.—*EL MUSEO NAVAL EN SU BICENTENARIO, 1992* (Agotado)
- 19.—*EL CASTILLO DE SAN LORENZO DEL PUNTALE.—LA MARINA EN LA HISTORIA DE CÁDIZ*
- 20.—IX JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
DESPUÉS DE LA GRAN ARMADA.—LA HISTORIA DESCONOCIDA (1588-16...)
- 21.—CICLO DE CONFERENCIAS (Agotado)
LA ESCUELA NAVAL MILITAR EN EL CINCUENTENARIO DE SU TRASLADO
- 22.—CICLO DE CONFERENCIAS (Agotado)
MÉNDEZ NÚÑEZ Y SU PROYECCIÓN HISTÓRICA
- 23.—CICLO DE CONFERENCIAS
LA ORDEN DE MALTA, LA MAR Y LA ARMADA ESPAÑOLA
- 24.—XI JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
MARTÍN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, EL MARINO HISTORIADOR (1765-1844)
- 25.—XII JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
DON ANTONIO DE ULLOA, MARINO Y CIEN-TÍFICO
- 26.—XIII JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
ÁLVARO DE MENDAÑA: EL PACÍFICO Y SU DIMENSIÓN HISTÓRICA
- 27.—CURSOS DE VERANO DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID (Agotado)
MEDIDAS DE LOS NAVÍOS DE LA JORNADA DE INGLATERRA
- 28.—XIV JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
D. JUAN JOSÉ NAVARRO, MARQUÉS DE LA VICTORIA, EN LA ESPAÑA DE SU TIEMPO
- 29.—XV JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
FERROL EN LA ESTRATEGIA MARÍTIMA DEL SIGLO XIX
- 30.—XVI JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
ASPECTOS NAVALES EN RELACIÓN CON LA CRISIS DE CUBA (1895-1898)
- 31.—CICLO DE CONFERENCIAS.—MAYO 1998
LA CRISIS ESPAÑOLA DEL 98: ASPECTOS NAVALES Y SOCIOLOGICOS
- 32.—CICLO DE CONFERENCIAS.—OCTUBRE 1998
VISIONES DE ULTRAMAR: EL FRACASO DEL 98
- 33.—*LA CARPINTERÍA Y LA INDUSTRIA NAVAL EN EL SIGLO XVIII*
- 34.—XIX JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA (Agotado)
HOMBRES Y ARMADAS EN EL REINADO DE CARLOS I
- 35.—XX JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA (Agotado)
JUAN DE LA COSA
- 36.—*LA ESCUADRA RUSA VENDIDA POR ALEJANDRO I A FERNANDO VII EN 1817*
- 37.—*LA ORDEN DE MALTA, LA MAR Y LA ARMADA*
- 38.—*TRAFALGAR*
- 39.—*LA CASA DE CONTRATACIÓN DE SEVILLA. APROXIMACIÓN A UN CENTENARIO (1503-2003)*
- 40.—*LOS VIRREYES MARINOS DE LA AMÉRICA HISPANA*
- 41.—*ARSENALES Y CONSTRUCCIÓN NAVAL EN EL SIGLO DE LAS ILUSTRACIONES*
- 42.—XXVII JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA. *LA INSTITUCIÓN DEL ALMIRANTAZGO EN ESPAÑA*
- 43.—XXVIII JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
LA ÚLTIMA PROGRESIÓN DE LAS FRONTERAS HISPANAS EN ULTRAMAR Y SU DEFENSA
- 44.—LA GUERRA DE LA OREJA DE JENKINS (1739-1748)
- 45.—HISTORIA DE LA ARMADA ESPAÑOLA EN EL PRIMER TERCIO DEL S. XIX: IMPORTACIÓN VERSUS FOMENTO (1814-1835)
- 46.—XXIX JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
PIRATERÍA Y CORSO EN LA EDAD MEDIA
- 47.—XXX JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
ANTECEDENTES BÉLICOS NAVALES DE TRAFALGAR
- 48.—XXXI JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
EL COMBATE DE TRAFALGAR
- 49.—*CRUCEROS DE COMBATE EN ACCIÓN*
- 50.—*V CENTENARIO DEL FALLECIMIENTO DE CRISTÓBAL COLÓN*
- 51.—XXXII JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA.
DESPUÉS DE TRAFALGAR
- 52.—XXXIII JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA. *EL COMERCIO MARÍTIMO ULTRAMARINO*
- 53.—*VICENTE YAÑEZ PINZÓN Y LA CARABELA SAN BENITO (EN PREENSA)*
- 54.—XXXV JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA. *LA ARMADA Y SUS HOMBRES EN UN MOMENTO DE TRANSICIÓN*
- 55.—XXXVI JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA. *LA MARINA EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA (II)*
- 56.—III JORNADAS DE HISTORIOGRAFÍA NAVAL
LA HISTORIOGRAFÍA DE LA MARINA ESPAÑOLA
- 57.—XXXVII JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA. *PLAN FERRANDIZ: PODER NAVAL Y PODER MARÍTIMO*
- 58.—XXXVII JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA. *V CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE ANDRÉS DE URDANETA*

SUSCRIPCIONES:

Para petición de la tarjeta de suscripción:
INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL
Juan de Mena, 1, 1.º - 28071 MADRID
Teléf.: 91 379 50 50
Fax: 91 379 59 45
C/e: incn@fn.mde.es

NÚMEROS SUELTOS:

Para petición de números sueltos:
La misma dirección que para las suscripciones. Además,
Servicio de Publicaciones de la Armada (SPA)
Juan de Mena, 1 28071 MADRID

APERTURA

Gonzalo RODRÍGUEZ GONZÁLEZ-ALLER
Contralmirante director del
Instituto de Historia y Cultura Naval

De la simple lectura del programa de estas jornadas de Historia Marítima que el Instituto de Historia y Cultura naval dedica a la figura del almirante don José de Mazarredo y Salazar, se podrá colegir que no queda un aspecto de su dinámica profesional, en el más amplio sentido de la palabra, sin tratar. El Mazarredo ilustrado y científico, injertado en las señas de identidad de la ilustración española, el organizador, estratega y táctico, el diplomático, y por último, quizás su aspecto menos afortunado como ministro del Rey intruso, conforman el amplio panel a desarrollar en este ciclo, y estoy seguro, tanto por el prestigio profesional de los ponentes, como por el rigor histórico que ha de imprimir a sus intervenciones, que al término de las mismas la figura del ilustre almirante, tendrá el reconocimiento y respeto a que sus méritos le hacen acreedor.

José Domingo de Mazarredo nació, creció y se educó en el ambiente ilustrado del Bilbao dieciochesco. Hijo de hidalgos de buen linaje vizcaíno, la vocación marinera de tan acusada raigambre en esas costas, prendía pronto en él, y en el mismo año de la muerte de Fernando VI —el pacífico impulsor de la Marina— ingresa e el joven Mazarredo en la compañía gaditana, a la edad de catorce años.

Desde este inicial compromiso con la Armada hasta 1812, fecha de su muerte, recorrerá todos los empleos y mandos hasta la jerarquía de teniente general y su figura habrá re proyectarse con firmes caracteres a través de toda una amplia trayectoria de más de medio siglo. Su prestigio de oficial competente, de investigador científico, de conocedor profundo de la ordenanza naval alcanzan las más altas cotas estimación. Se trata —como lo ha retratado José M.^a de Aréilza— de un «bilbaino de buena facha, decidor y dinámico, inquieto y curioso, permanente mente en busca de la novedad científica o técnica que llega de las bibliotecas y laboratorios de la Europa del siglo de las luces». Y el almirante Barbudo, en su interesante biografía del personaje, dice que el Mazarredo marino buscaba ligarse repetidamente a lo largo de toda su vida profesional con los más distinguidos jefes que la Armada tuvo en aquella época. Así surge su relación con Lángara que contribuyó notablemente a su formación profesional, con el baylío Valdés, durante cuyo ministerio desempeñó Mazarredo importantes comisiones y con el que se carteaba cordial y frecuentemente. Pero es también con sus subordinados con los que Mazarredo comparte las duras tareas de organizar y adiestrar las fuerzas navales españolas de los últimos años del siglo XVIII (Escaño, Gravina, Churruca, Cayetano Valdés, Villavicencio, Grandallana, Hidalgo de Cisneros, etc...). Todo un amplio plantel que después habría de brillar por su sabiduría en el terreno de las ciencias o por su heroísmo en las acciones navales.

Cuando están en pleno rendimiento las facultades profesionales e intelectuales de Mazarredo, Carlos IV le encarga que recopile y redacte de nuevo el Cuerpo de Ordenanzas generales de la Armada, «utilizando todo aquello que aún se hallase vivo en las normas anteriores, y cuantos datos y la experiencia pueda añadir a lo vigente». Ingente obra que le supuso siete años y medio de investigación y esfuerzo, de reflexión y trabajo, dando como resultado una obra equilibrada y serena, que venía a cubrir unas necesidades perentorias en orden al buen gobierno de la Armada.

Las tirantes relaciones de Godoy con Mazarredo, amargarán la vida del marino cuando este ha llegado al apogeo de su vida militar y ostenta el mando de general en jefe de la escuadra del Mediterráneo al estallar la guerra entre España y la Francia revolucionaria. La paz de Basilea le impulsa a dimitir del cargo por discrepancias con el Príncipe de la Paz al que acusa de inepto y frívolo. Todavía es llamado, al servicio activo después del desastre de San Vicente, para defender Cádiz del bloqueo británico y encargarse del mando del departamento. De allí partirá al mando de la escuadra a su célebre misión militar y diplomática en Brest.

Fondean los navíos y Mazarredo sale para París. Nombrado plenipotenciario cerca del Directorio, su talante y talento de marino ilustrado admira al Primer Cónsul, pero no queriendo ser cómplice de una entrega vergonzosa a Napoleón vuelve a España y pide el retiro, pero su retiro conlleva el destierro y la persecución por parte del todopoderoso Godoy.

El afrancesamiento de Mazarredo y su nombramiento y aceptación del Ministerio de Marina en el gobierno del Rey José Bonaparte, ha sido objeto de no pocas polémicas y versiones contrapuestas sobre tan desfavorable decisión. Sin embargo hay sobradas pruebas de que Mazarredo, perseguido por el encono oficial recibió el nombramiento de ministro con escaso entusiasmo y como último acto de servicio, trabajando denodadamente para ordenar cuanto se podía; evitando males mayores y conjurando peligros y pérdidas graves, que sin su presencia en el ministerio habrían sido muy acusadas. Si afrancesado de «mal menor», tuvo en todo momento un gran corazón español templado y firme, tanto en los logros como en las adversidades.

No voy a invadir en modo alguno el espacio de los conferenciantes, que a buen seguro nos ilustrarán sobradamente en los supuestos a desarrollar, pero sí en estas breves palabras rendir el justo homenaje al marino ilustrado, al científico avanzado, al estratega, táctico y organizador, al hábil y diligente diplomático, y hasta al ministro del Rey intruso, que le implica un afrancesamiento «de puro patriotismo». Y así ha debido ser cuando en su día el gobierno español decretó que siempre hubiese en la Armada un buque con su nombre, nada más y nada menos.

DE LA ILUSTRACIÓN A LA REVOLUCIÓN

Pablo GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA
Profesor de Historia Contemporánea
Universidad CEU San Pablo
Teniente Coronel en la Reserva

El planteamiento de esta conferencia pretende responder, lo más acertadamente posible, al encargo del director de estas jornadas en torno al ilustre marino José de Mazarredo. Al ser la primera del ciclo entiendo que se pretende trazar un contexto histórico que nos permita encuadrar a Mazarredo en el momento exacto de su tiempo.

De esta forma ustedes podrán comprender perfectamente el ambiente en que vivió y las características que determinaron tanto su personalidad, como su inteligente trabajo en la Armada española. Detalles que verán en las siguientes conferencias de este ciclo.

En este sentido no podía ser más acertado el título de la ponencia que se me ha encomendado: *De la ilustración a la revolución*, porque, en efecto, la vida de José de Mazarredo se desarrolla con increíble exactitud entre los límites de tiempo que marcan ambos periodos históricos. Nace en 1745, un año antes de la muerte de Felipe V, el primer Borbón de la dinastía de origen francés que habría de desarrollar en España los principios básicos de la Ilustración en base al llamado despotismo ilustrado.

Fernando VI, hijo del anterior, responde al prototipo de monarca ilustrado de su tiempo, propiciando además un periodo de paz que favorece el movimiento reformador impulsado en todo momento por políticos ilustrados como el marqués de la Ensenada, Ricardo Wall o el conde de Aranda.

El apogeo de la ilustración es España llega con Carlos III, quien sustituirá en el trono a su hermano Fernando, muerto en 1759, justo el año en el que Mazarredo ingresa en la Escuela de Guardiamarinas. Comienza aquí la formación y forja de una personalidad que se adaptará perfectamente al espíritu abierto de su tiempo, conformándose como uno de los principales representantes de esa estirpe de marinos ilustrados que en el último tercio del XVIII habrían de contribuir no sólo a la gran transformación técnica de la Armada, sino a la de España en general, como veremos a lo largo de esta conferencia.

Calificado por el general Cervera Pery como *el reformador* (1), sobre todo por su trabajo en la nueva redacción del Cuerpo de Ordenanzas Generales de la Armada, por encargo del rey Carlos IV, Mazarredo murió en 1812 justo el año en el que las Cortes de Cádiz proclamaban su revolucionaria Constitu-

(1) CERVERA PERY, J.: *La Marina de la ilustración*. San Martín, Madrid, 1986, pp. 226 a 232.

ción. Precisamente la declaración de que la soberanía reside en el pueblo y no como hasta aquí en el monarca, es la clave y culminación del modelo español de proceso revolucionario.

Por tanto, si pretendemos trazar el contexto social y científico en el que se formó y desarrolló su trabajo José de Mazarredo, para crear el ambiente propicio que nos permita entender mejor su importancia en la historia de la Marina y de España en general, yo les propongo que sigamos el siguiente esquema de trabajo:

1. Características de la ilustración en España
2. Aportación militar a la ilustración española
3. El plano inclinado hacía la revolución
4. El legado revolucionario y las fuerzas armadas

Me interesa explicar que la introducción del último punto es de especial interés, desde mi punto de vista, para interpretar correctamente el papel del Ejército y la Armada, aunque ésta en menor medida pero más de lo que se piensa, en la historia política española de los siglos XIX y XX.

Por desgracia el abandono al que han sido sometidos los estudios de historia militar en España, nos han privado de un interesante debate científico tal y como ha sucedido con otras especialidades historiográficas como la historia económica, la social, o la cultural.

Características de la ilustración en España

Lo que conocemos como ilustración para representar la principal característica del siglo XVIII, es un movimiento intelectual muy arraigado en Europa que se desprende, según el profesor Palacio Atard, de los rasgos propios de una forma de gobierno que se ha dado en llamar despotismo ilustrado.

El despotismo ilustrado tiene en la corona francesa uno de sus principales valedores y es preciso tener en cuenta que no es una doctrina política, sino una forma de gobierno que habría de marcar fundamentalmente la segunda mitad del siglo XVIII en Europa y que tuvo en España una especial repercusión gracias al advenimiento de la dinastía Borbón al comenzar el siglo XVIII.

Palacio (2) ha definido perfectamente las características del despotismo ilustrado de esta forma:

1. Aceptación común del poder absoluto del rey que, con el apoyo de las doctrinas regalistas tan en boga en esta época es aceptado por el estamento eclesiástico. Éste será el origen del fuerte vínculo entre la iglesia y el trono que se pondrá de manifiesto en España tras la revolución francesa y la consi-

(2) PALACIO ATARD, V.: «De la ilustración a la revolución», en *III Congreso de Historia Militar*. Instituto Fernando el Católico, Zaragoza, 1997, pp. 12-13.

guiente llegada de sacerdotes franceses emigrados, tanto en la guerra contra la Convención, como en la propia guerra de la Independencia. Incluso podríamos extenderlo al propio movimiento carlista.

2. Los políticos que rodean al monarca ilustrado sienten un gran interés por la reforma de la obsoleta administración que en el caso español heredaron de los Austrias. La burocracia que parte del Estado tiende a modelos institucionales centralistas que acaban con el complejo aparato del antiguo régimen. Se anteponen en este punto la racionalización sobre los derechos históricos. Y esta aplicación del sentido común sobre los sentimientos fuertemente arraigados es precisamente la esencia que ha de impregnar todo el movimiento ilustrado. Nadie mejor que Kant lo resumiría con su conocido comentario *ten el valor de servirte de tu propia razón*.

3. En el estilo despótico de gobernar de esta época se observa una clara preferencia de la política económica, que es entendida como garante del bienestar público.

4. La última característica se refiere al marcado interés por la difusión de la cultura en una doble vertiente. Por una parte la que corresponde a la élite intelectual, de la que hablaremos a continuación porque en realidad es la que adopta el verdadero espíritu ilustrado que ha de marcar el siglo en todos los terrenos. Sobre todo en el político debido a que estas élites ilustradas son las que ejercen el poder junto a los monarcas y de este movimiento procederán los que sientan las bases de la revolución. Por otra parte existe en el despotismo ilustrado un marcado interés por la difusión de la cultura popular. Para esto no sólo recibe un fuerte impulso la enseñanza de las primeras letras, sino que además se fomentarán entre las clases populares una enseñanza técnica de los oficios, sobre todo de la agricultura, intentando desterrar todas aquellas prácticas asentadas en la tradición y con una fuerte dosis de superstición. Encaja perfectamente aquí la magna obra del Padre Feijoo bajo el título de *Teatro Crítico*.

Al cultivo de esta cultura de élite, se entregan de una manera entusiasta personas provenientes de los estamentos aristocráticos y eclesiásticos, fundamentalmente, además de algunos sectores de la alta burguesía urbana. Se ponen las bases de esta forma, de este movimiento de pensamiento ilustrado que poco a poco va calando y difundiéndose preferentemente desde Francia y que presenta las siguientes características bien definidas por el profesor Palacio:

1. El fuerte protagonismo de élite del que hablábamos más arriba, deja al margen a los sectores que hasta este momento parecían ostentar la representación intelectual, como es el caso de la universidad con una visión excesivamente escolástica en aquellos momentos, lo que les llevará, incluso, a un claro enfrentamiento.

2. Para los ilustrados el estudio del hombre adquiere por primera vez una dimensión social. La preponderancia de la razón en todos sus planteamientos,

les lleva a la consideración del protagonismo del hombre social por encima de toda circunstancia trascendental bien sea política en su relación con el poder terrenal, como religiosa en su relación con Dios a través de la Iglesia, institución con la que choca, en el caso de España.

3. En el pensamiento filosófico quedan desterrados los sistemas abstractos, la metafísica, lo que llevó aparejado un creciente interés por las ciencias exactas, la *enseñanza sublime*, como decían, es decir las matemáticas, la física moderna y las ciencias naturales. Hay un afán increíble por el conocimiento integral y por eso es el momento de los diccionarios y las enciclopedias como los de los franceses D'Alambert y Diderot y la más temprana del inglés Chambers. En España Santa Cruz de Marcenado trabajaba en un diccionario enciclopédico cuando murió en 1732 en la defensa de la plaza de Orán

4. El optimismo que manifiestan los ilustrados del siglo de las luces está condicionado por «las reformas llevadas a cabo según la razón y consolidadas por la educación» (3). La divulgación, la vulgarización de la ciencia es fundamental para asentar el bienestar de la sociedad y está íntimamente ligada a la idea del progreso de la humanidad.

En España corresponde al reinado de Carlos III que va de 1759 a 1788, el auge del movimiento ilustrado, si bien la llegada a la Secretaria de Estado de Floridablanca supone una ligera ralentización del proceso (4). Sin embargo ya en los últimos años del último de los Austrias y los primeros de Felipe V, se observaba en España un creciente interés por el nuevo enfoque que están adquiriendo en Europa la nueva ciencia, así como los cambios observados en la filosofía o la historia crítica que va poco a poco abandonando su carácter de fábula y se acerca al método científico de la consulta de documentos y la reflexión sobre los mismos.

Aportación militar a la ilustración española

Los políticos ilustrados que se plantean la modernización de España, al comenzar el reinado de Felipe V se dan cuenta que para sus planes de modernización no pueden contar con la universidad. Ésta, excesivamente anclada en una concepción conservadora, como apunta el profesor Balaguer, se dedicaba a la formación, casi en exclusiva de juristas, teólogos y médicos en menor medida (5). De modo que según avanza el siglo, la llamada nueva ciencia se va impartiendo en las escuelas militares que se van formando y curiosamente en los colegios de los jesuitas, cuya expulsión en 1767 supuso la auténtica reforma de la universidad española, al perder el monopolio que

(3) *Ibidem*, p. 17.

(4) Ver a este respecto MARTÍNEZ RUIZ, E.; GIMÉNEZ, E.; ARMILLAS, J. A., y MAQUEDA, C.: *La España moderna*. Istmo, Madrid, 1992, p. 468.

(5) BALAGUER PERIGÜELL, E.: «Los ejércitos y la renovación científica en España», en *Temas de historia militar*, t. 1.º, Madrid, 1983, p. 606.

tenía la Compañía sobre todos los estudios superiores de latín, gramática y arte.

La enseñanza en el ámbito militar se especializa y encuentra una excelente respuesta entre los militares que entienden el estudio como elemento indispensable de su carrera, como un paso importantísimo para su profesionalización, es el caso de marinos, artilleros e ingenieros militares. Coincidiendo con los otros factores claves para este proceso (6) como son la creación del llamado ejército permanente con la creación de regimientos estables tanto en tiempo de guerra como en paz; el cambio de oficio temporal por la ocupación profesional a tiempo completo que además determina toda la jerarquización de la estructura castrense; la reforma del sistema de reclutamiento sustituyendo la antigua leva entre vagos y maleantes por una recluta que instauro el avanzado servicio militar obligatorio y la aparición de los que el profesor Andujar llama el *estamento militar*, para referirse a las relaciones de los militares con el resto de la sociedad civil, iniciándose un cierto aislamiento de esta motivado por una serie de privilegios jurídicos y sociales, fundamentalmente.

Desde el inicio del programa ilustrado que llega en toda su plenitud con la instauración de la nueva dinastía Borbón, los militares pertenecientes a estos cuerpos técnicos no sólo se adaptan perfectamente a la nueva ciencia, sino que participan muy activamente en todas sus manifestaciones, como veremos.

Margarita Gil estableció, entre otras, las siguientes bases de la política científica ilustrada en España:

1. La creación de nuevas instituciones científicas fuera del ámbito universitario.
2. Formación en el extranjero y comisiones de estudio.
3. Contratación de especialistas, científicos y técnicos, en el extranjero, tanto para los centros de enseñanza, como para la nueva industria nacional.
4. Asimilación progresiva de la ciencia que se pone de moda en Europa, fundamentalmente.
5. Se produce una militarización de las instituciones científicas de nueva creación, como consecuencia de la necesaria tecnificación de la guerra (7).

Pues bien, como veremos, la presencia de marinos y militares de tierra es patente en todas y cada una de estos aspectos que señala la doctora Gil.

La entusiasta participación de marinos y militares en el programa científico ilustrado no se ciñe en exclusiva a sus propias instituciones formativas, sino que trasciende ampliamente colaborando en todas las manifestaciones culturales que se desarrollan en torno a éste.

Una las instituciones particulares más representativas del espíritu ilustrado de la época que estudiamos, fueron las llamadas sociedades económicas del

(6) ANDUJAR CASTILLO, F.: *Los militares en la España del siglo XVIII. Un estudio social*, Universidad de Granada, 1991, pp. 28-31.

(7) GIL, M.: «Cultura europea y milicia. Los oficiales de la ilustración en la R.S.B.A.P.», en *Actas del V seminario de historia de la R.S.B.A.P.*, San Sebastián, 1996, p. 267.

amigos del país. Nacidas en Francia como consecuencia del creciente interés por los estudios de economía, bajo el formato de tertulia que poco a poco fue desembocando en auténticas academias para formar fundamentalmente a los aristócratas locales, en España se fundó la primera a partir de la tertulia denominada de los *caballeritos de Azcoitia* (8). Los tertulianos promovieron, en 1765, el «Plan de una sociedad económica, o academia de agricultura, ciencias y artes útiles y comercio, adaptado a las circunstancias y economía particular de la M. N y M. L. provincia de Guipuzcoa». Con el tiempo recibió la denominación de Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, a la que pertenecieron numerosos militares y marinos.

En breve la fundación de sociedades análogas se extendió por toda España y en ellas se enrolaron y participaron muy activamente marinos y militares del ejército de tierra de todas las armas.

Por ser la más antigua nos fijaremos en la Bascongada, a la que perteneció precisamente José de Mazarredo. La sociedad fue fundada por el conde de Peñafiorida, quien por cierto tuvo tres hijos marinos. La idea la expone de la siguiente forma el propio Peñafiorida, «una nobleza instruida y laboriosa pueda llegar a conocer las enfermedades políticas que tienen postrada a su provincia» (9).

La Bascongada llegó a fundar en 1775 el Seminario de Vergara con el que culminó su tarea de instrucción moderna y científica. Mazarredo colaboró muy activamente con este centro, habiendo pertenecido a la tercera comisión de industria y comercio entre 1788 y 1791, además de profesor de la asignatura que coincide con su obra *Tratado de Navegación*.

A la Bascongada pertenecieron otros ilustres marinos de la época ilustrada como José Montouto, José María Lanz o el propio Antonio de Ulloa.

La corona también contó con marinos y militares de tierra en el campo de la formación de especialistas en el extranjero y sobre todo en las expediciones científicas y los viajes que podríamos llamar de espionaje industrial, en ocasiones se fundían ambos objetivos o se añadía el objetivo político. Éste es el caso de la célebre expedición científica hispano-francesa al Perú y otras colonias americanas entre 1735 y 1744 en la que participaron dos marinos científicos que suponen el máximo exponente de la ilustración española: Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Patiño encargó a estos oficiales de la Armada un estudio sobre las condiciones sociales en las que vivían los españoles de América.

A la vuelta de su viaje americano, el marqués de la Ensenada los envía a Europa con la misión de recabar información con la que diseñar su programa de reorganización de la Armada española. Jorge Juan irá a Londres y Ulloa viaja por Francia donde, además de profundizar en la ciencia de las matemáti-

(8) RUIZ TORRES, P.: *Reformismo e ilustración, T.V, Historia de España*. Critica, Marcial Pons, Barcelona, 2007, p. 477.

(9) GIL MUÑOZ, M.: «Marinos ilustrados en la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País», en *Revista de historia naval*, año 15, n.º 57, 1997, p. 10.

cas, inspeccionará los principales arsenales, minas y demás industrias relacionadas con la marina de guerra (10).

De estas expediciones científicas también participó nuestro José de Mazarredo acompañando a Juan de Lángara a bordo de la fragata *Venús* en el archipiélago filipino, con objeto de medir las distancias lunares.

Las expediciones ilustradas terminaran con el célebre viaje de Malaespina en 1788, proyecto que además de científico con la participación de las academias de ciencias de Londres, París y Turín, tenía el mismo fin político que la de Jorge Juan.

Menos conocido, pero no menos interesante fue la comisión en el extranjero que desarrolló el cirujano de la Armada Juan Manuel de Arejula formado en el prestigioso Colegio de Cirugía de la Armada fundado en Cádiz en 1748. Arejula fue enviado, junto con otros dos médicos de la Armada, a París con objeto de aprender química con el prestigioso especialista Fourcroy. Al poco tiempo Arejula se había convertido en uno de los más reconocidos partidarios de la revolución metodológica química de Lavosier. Al terminar su misión en Francia, Arejula marchó a Londres con objeto de encargar y supervisar la colección de máquinas e instrumentos con los que habría de trabajar y enseñar en el Colegio de Cirugía. En el oficio que el ministro de Marina Valdés envía a sus superiores le dice lo siguiente sobre lo que Arejula debe hacer en Londres:

«cuan conveniente sería que mientras los artistas de esta ciudad concluyen los instrumentos y máquinas que les ha encargado para el laboratorio..., pudiese recorrer algunas minas de este reino y particularmente las de carbón de tierra y las de estaño para presenciar los trabajos manuales en ellas y observar el modo de extraer el alquitrán de las primeras; como también que a su regreso a España pasase por Montpellier para ver aquella Universidad y examinar el método que tienen en sus cercanías de purificar el crémor tártaro y hacer el albalde...» (11).

Por lo que respecta a la contratación de científicos en el extranjero fueron muchos y de gran talla los que aceptaron la invitación de trabajar en España: el irlandés Boewes o los franceses Chabeneu y Dombey. No fue posible que viniera el naturalista Linneo, quien mandó a su discípulo Loeffling (12). Sin duda la estrella de las contrataciones de cerebros de la época fue el químico francés Louis Prust, quien llegó a España en unas circunstancias en las que merece la pena reparar para darse cuenta del interés con el que los ilustrados trabajaban entonces.

(10) *Ibidem*, p. 13.

(11) BALAGUER PERIGÜEL, E.: «Los ejércitos y la renovación científica en España», en *Temas de Historia Militar*. Servicio de Publicaciones del EME, Madrid, 1983, pp. 609-610.

(12) *Ibidem*, p. 608.

En el programa dieciochesco de reforma de la Armada española, uno de los principales problemas lo constituía la mala calidad de las piezas de artillería embarcada. De nada valía poseer buenos navíos de guerra, si los cañones de fabricación nacional tenían problemas por su defectuosa fabricación en la colada o en la mezcla de minerales con los que se fundían en las fábricas de la Armada entre las que sobresalían las santanderinas de Liérganes y la Cavada. Volvemos a encontrarnos con Mazarredo quien ante este problema aconseja a Pedro de Castejón, a la sazón ministro de Marina, la financiación en el Seminario de Vergara, que como vimos dependía de la Sociedad Bascongada de Amigos del País, de dos cátedras, una de mineralogía y «ciencias subterráneas» y otra de química y metalurgia (13). Se trata de un claro ejemplo de lo que ahora llamaríamos colaboración empresa-universidad, aunque habría que hablar, eso sí, de universidad privada, pues, como vimos el Seminario de Vergara nació frente a la inoperancia de la universidad estatal.

Pues bien para ocupar la cátedra de química del Seminario, llegó a Vergara el 2 de noviembre de 1778 Louis Proust con 24 años cumplidos (14). Posteriormente Prust volvería a París, para regresar al poco tiempo a España para hacerse cargo del laboratorio de química del Real Colegio de Artillería de Segovia, donde realizaría una buena parte de su ingente obra científica. Posteriormente se establecería en Madrid.

La última característica de la política científica ilustrada se refiere a la progresiva militarización de la ciencia en virtud de las necesidades bélicas de la monarquía española en aquella época.

Entre las instituciones de enseñanza militar más importantes creadas bajo esta óptica de la nueva ciencia destacan: la Real Escuela Militar de Matemáticas de Barcelona, fundada en 1716 para la formación de ingenieros militares; las Escuelas Matemáticas de Artillería de Barcelona y Cádiz, creadas en 1751, que se fundirían en 1763 para formar la Academia de Artillería de Segovia; la Academia de Guardia Marinas de Cádiz en 1717 y el Colegio de Cirugía de Cádiz en 1748, también dependiente de la Marina.

Vamos a fijarnos en esta última institución porque puede ser una de las que mejor reflejan el espíritu ilustrado de la época (15). Sobre todo el de su fundador don Pedro Virgili. Este había servido como cirujano en el ejército de tierra donde ingresara en 1724, habiendo participado en el sitio de Gibraltar, entre otras acciones bélicas. En Algeciras conoció a Jean La Combe, prestigioso cirujano francés que había sido contratado por Felipe V para intentar mejorar la sanidad en la Armada. Tras pasar a la Marina como ayudante de La Combe, Virgili amplía sus estudios en París y a la vuelta a España propone a Ensenada la creación del Colegio de Cirujanos para la Armada con sede en Cádiz. Tal y

(13) GIL MUÑOZ: *ob. cit.*, «Marinos ilustrados», p. 16.

(14) GAGO BOHORQUEZ: «Louis Proust y el laboratorio del Real Colegio de Artillería de Segovia», en *La Casa de la Química. Ciencia, artillería e ilustración*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1992, p. 75.

(15) BALAGUER: *ob. cit.*, p. 622.

como ahora ocurre en las facultades de medicina, el Colegio, fundado definitivamente en 1748, quedó adscrito desde el principio al Hospital de Marina de Cádiz. En 1791, con un programa de estudio de cinco años, se autoriza al colegio a expedir títulos de bachiller en medicina, lo que, en la práctica le equiparaba con las obsoletas facultades de medicina estatales.

La instrucción científica de los alumnos más aventajados de Colegio de Cirujanos eran enviados a perfeccionar estudios a París, Bolonia y Londres.

En este ambiente científico se desarrolló una buena parte de la vida de José de Mazarredo, quien, como visto participa intensamente de la misma.

A continuación veremos como la política española se fue deslizando hacia la revolución. Considerando, como decíamos al principio que el proceso español no es como el francés violento. Los liberales aprovecharon el vacío de poder que trajo consigo la invasión napoleónica de nuestro país para arrebatar al monarca la soberanía y entregársela al pueblo.

El plano inclinado hacia la revolución

Desde siempre los ilustrados españoles, que como hemos visto focalizaron la política de prácticamente todo el siglo XVIII, tuvieron en frente a aquellos grupos tradicionalistas que no veían con buenos ojos unas reformas tan rápidas y avanzadas en las que la razón se dirigía a planteamientos peligrosamente liberales. Políticamente estaba representada en la pugna mantenida entre Aranda y Floridablanca, por lo que el acceso de éste a la Secretaria de Estado en 1777 no hizo más que animar a estos grupos de talante tradicional. Por otra parte a mediados de la década de los ochenta, las noticias que llegaban de la Francia revolucionaria eran ciertamente alarmantes y comienza el control de las fronteras para impedir la llegada de panfletos y demás propaganda revolucionaria, al tiempo que se reactivan los tribunales de la Inquisición.

Pero la clave de todo el proceso que inicia el descenso por ese virtual plano inclinado que hemos trazado se encuentra en el año 1789. Muerto Carlos III en diciembre del año anterior, el 17 de enero de 1789 es proclamado su hijo Carlos IV como rey de España. Una de las primeras medidas que toma el nuevo rey es la convocatoria de Cortes. Pero algo pasó que trastocó todo lo previsto y es que entre la convocatoria de las Cortes Generales el 22 de mayo y su apertura el 19 de septiembre del mismo 1789, ocurre en Francia una serie de acontecimientos que habrían de marcar la historia de este país y del mundo.

Los acontecimientos se sucedieron a un ritmo vertiginoso en el país vecino. La reunión de los Estados Generales el 5 de mayo se transformó al mes siguiente en Asamblea Nacional que pasó a ser Constituyente en julio. El 14 de julio se produjo la toma de la Bastilla y en mismo mes de agosto se sucedieron la abolición de los derechos feudales y la famosa Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

En España estos acontecimientos se vivieron con verdadero pánico por parte de las autoridades políticas que temían el contagio revolucionario, por lo

que Floridablanca se apresuró a clausurar las Cortes el 17 de octubre y dictar las órdenes oportunas para activar la censura en evitación de la entrada en nuestro país de propaganda revolucionaria francesa. Como primera medida se estableció un despliegue de tropas en la frontera con Francia. Se trataba de algo parecido a los llamados controles sanitarios mediante los cuales se disponía a los soldados en uno o dos círculos concéntricos en torno a la población o región en los que se detectaban casos de enfermedad, cólera morbo, fiebre amarilla, gripe, etc. Las tropas impedían todo contacto no sólo de personas, sino también de todo tipo de mercancías. Tan sólo se permitía, en caso necesario, la entrada de víveres esenciales para la vida de los sitiados. En ocasiones, cuando la epidemia era muy virulenta, también se sitiaban las ciudades libre de la peste, para evitar su contagio. Por su parte la Inquisición se empeñó en perseguir a aquellos que introducían en España propaganda subversiva.

En el ámbito político en 1792 se produce la caída de Floridablanca y su sustitución por su eterno rival, el conde de Aranda. Este inició un tímido acercamiento a la Francia revolucionaria hasta que los acontecimientos del mes de agosto en el país vecino, con el asalto a las Tullerías y la detención de Luis XVI volvieron a trastocar todo. Aranda, como buen militar, confiaba en que el ejército revolucionario francés caería estrepitosamente frente a los bien formados soldados de la coalición franco-prusiana. Nada hacía preveer lo contrario. Sin embargo la desorganizada táctica de los desarraigados soldados galos que por primera vez luchaban en nombre de la Patria, arrolló a los prusianos en la batalla de Valmy el 21 de septiembre. España, entonces, se planteó declarar la guerra a Francia.

En noviembre del mismo año 92 y ante la sorpresa de propios y extraños, Carlos IV destituye al experimentado Aranda para nombrar primer ministro a un joven guardia de Corps, Manuel Godoy. Frente a la postura contraria al enfrentamiento con Francia defendida por Aranda, Godoy, se prepara para el conflicto armado al conocerse la ejecución el 21 de enero de 1793 de Luis XVI.

La llamada guerra de la Convención, también conocida como guerra de los Pirineos, puede representar perfectamente el tránsito de la ilustración a la revolución (16), porque en la justificación que diseña Godoy, se plantea la idea del conflicto nacional. Al involucrar a la jerarquía eclesiástica, esta propone una especie de guerra santa identificando el movimiento ilustrado francés con los sucesos revolucionarios.

«El ejemplo más conocido de esta defensa de la Guerra Santa es el del famoso predicador capuchino fray Diego José de Cádiz, autor de *El soldado católico en guerra de religión*, en cuyas páginas se hacía una vibrante llamada a la participación en la guerra contra la *perversa Francia*, encarnación del mal, como obligación moral, garantizando la salvación eterna a quienes en ella cayeran» (17).

(16) PALACIO: *ob. cit.*, p. 11.

(17) MARTÍNEZ RUIZ: *ob. cit.*, p. 568.

Pese a que se tiende a considerar la guerra de la Independencia española como una de las primeras guerras totales de la historia de la humanidad, en la que se ve implicada, como combatiente la población civil, la verdad es que en este sentido fue la guerra de la Convención la que ostenta el primer lugar.

La campaña fue un auténtico desastre para los intereses españoles y a punto estuvo de perderse Cataluña. Por el tratado de Basilea, firmado en 1795, España reconocía a la República francesa y cedía la parte de la isla de Santo Domingo bajo su soberanía.

La propaganda revolucionario se extendió con más fuerza después de la guerra, así como las conspiraciones, que lo fueron a favor de la república como la de Picornell, o contra Godoy, como la del marino Malaespina. Probablemente Mazarredo vio con buenos ojos esta maniobra contra el Príncipe de la Paz, pues es bien conocido su enfrentamiento con este. Mazarredo calificó de inepto y frívolo a Godoy, dimitiendo tras la guerra de su cargo al frente de la Escuadra del Mediterráneo (18).

Comienza entonces Godoy un acercamiento a Francia que se reafirma con el nombramiento en 1799 de Napoleón Bonaparte como primer cónsul de la República. De esta relación se deriva la guerra contra Portugal de 1801, conocida como la *guerra de las naranjas*, saldada con la cesión a España de la ciudad portuguesa de Olivenza. Poco después, en 1805 vendría la batalla naval de Trafalgar en la que se perdió lo mejor de la flota española y parte de los más ilustres marinos de su tiempo.

La política interior se ve marcada por la creciente oposición a Godoy, quien por cierto también era un militar ilustrado. La élite aristocrática ilustrada que antes se agrupada en torno al conde de Aranda se ve apoyada en su conspiración por el príncipe Fernando. La fallida conspiración de El Escorial en octubre de 1807, coincidiendo con la firma del tratado de Fontainebleau, llevó al motín de Aranjuez entre el 17 y el 19 de marzo de ese mismo año. Los sucesos de Aranjuez terminaron con Godoy destituido y preso en el castillo de Villaviciosa y la abdicación de Carlos IV en su hijo Fernando VII.

La descomposición de la situación política española decidió a Napoleón a anexionar a Francia toda España con sus territorios americanos. Comenzaba de esta forma la invasión y consecuente guerra de la Independencia española.

Al inicio de la contienda el ejército regular español se encontraba en unas circunstancias muy precarias. Interrumpido el proceso modernizador de Aranda por sus disputas con Floridablanca, Godoy pretendió hacer una reforma al margen de los altos mandos militares, lo que provocó un rotundo fracaso de las reformas que terminaron siendo muy puntuales.

Además en el momento en que se inicia el alzamiento el 2 de mayo en Madrid, con respecto al ejército regular debemos contar con tres factores que han sido enunciados por el coronel Juan Sañudo (19):

(18) CERVERA: *ob.cit.*, p.100.

(19) Sañudo Bayón: «El Ejército español. El gran olvidado», en *II Seminario Internacional sobre la Guerra de la Independencia*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1996. pp. 179-190.

1. La importante fracción de las tropas españolas ocupadas en ese momento, fuera de España, en otras acciones fundamentalmente de apoyo a Napoleón.

2. La especial circunstancia de los franceses, incumpliendo el tratado de Fontainebleau que no permitía una fuerza de paso hacia Portugal mayor a 100.000 hombres, había rebasado con creces esa cifra y, lo que es más importante, ocupaban las principales ciudades españolas.

Desde luego no habría sido lo mismo si los franceses hubieran iniciado la invasión de España a partir de su territorio, al otro lado de los Pirineos.

3. Por último, hay que tener bien presente que la mayoría de los altos mandos militares eran afrancesados, o no veían con buenos ojos la resistencia ante el ejército mejor dotado del mundo. Éste es el caso de muchos de aquellos ilustrados que habían viajado por Europa y sobre todo por Francia en misiones científicas o de espionaje industrial. Entre ellos el teniente general Morla, o el mismo José de Mazarredo que incluso llegó a ser ministro de Marina en el gobierno intruso de José I.

Las tropas españolas fuera de territorio nacional en ese momento eran las siguientes (20):

- Poco tiempo antes se había enviado al Caribe un núcleo de unos 7.000 hombres para reforzar la débil guarnición de Santo Domingo amenazada por Inglaterra.
- La división del marqués de la Romana enviada a Dinamarca en apoyo de Napoleón, constituida por tres agrupaciones y unos 15.000 hombres, muchos jinetes con sus caballos. Precisamente una de las principales preocupaciones de los estrategas españoles fue la falta de animales para la caballería, que en aquellos momentos era el arma clave para el ataque directo y el aprovechamiento del éxito en persecución del enemigo.
- Las tropas que a finales de 1807 se incorporan a las fuerzas del mariscal Junot en la conquista de Portugal. En Salamanca se unieron 8.000 infantes y 4.000 jinetes españoles, además de las tropas que al mando del marqués del Socorro ocuparon el Algarbe y el Alentejo. Según el general Salas, un total de 23.755 hombres, 2.314 caballos y 44 piezas de caballería (21).

Es decir, más de 45.000 hombres y monturas que tuvieron grandes dificultades para incorporarse al ejército de su Patria y combatir frente a los que

(20) ALONSO BAQUER: «La conducción de las operaciones en la Guerra de la Independencia», en *La Guerra de la Independencia (1808-1814)*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2007, p. 35.

(21) SALAS LARRABAL, R.: «Los ejércitos reales en 1808», en *Temas de historia militar*, t. I. Servicio de Publicaciones del EME. Madrid, 1983, p. 436.

hasta ahora eran sus aliados. Por supuesto no todos llegaron y se perdieron muchos caballos. Las tropas que en ese momento se encontraban en Dinamarca y Portugal constituían algo más del 22 por 100 de nuestro ejército, pero eran de la mejor calidad con respecto al conjunto.

Con este ejército se enfrentó España al mejor ejército del momento. La ayuda de los ingleses y sobre todo la férrea voluntad del pueblo español por luchar por su libertad provocaron la victoria sobre Napoleón, iniciando en España el declive de su imperio.

La circunstancia de encontrarse toda la familia real retenida en territorio francés y la ausencia total de cabeza regidora, provocó la formación de juntas provinciales que poco a poco a poco fueron centralizándose en una Junta Central hasta que en 1810 la Regencia asume el poder y convoca a Cortes Generales que tras reunirse el 24 de septiembre de 1810 proclaman en 15 de octubre la igualdad entre todos los españoles de ambos hemisferios. Tras decretar la libertad de prensa se designa la comisión que ha de redactar la nueva Constitución.

El proceso revolucionario español parecía haber concluido con la proclamación de la Constitución en 1812 en la que la soberanía se asignaba a la Nación, dejando al rey un papel constitucional, pero no fue así porque terminada la guerra y a la vuelta del deseado rey Fernando VII, este se dejó llevar por los absolutistas y acabó con las libertades proclamadas por el texto elaborado por los patriotas reunidos en Cádiz.

Mazarredo moría en julio de 1812 justo cuando las tropas hispano-inglesas derrotaban a los franceses en la batalla de los Arapiles, apuntando ya el final feliz de la guerra para España.

Entre tanto se había producido en España un cambio de mentalidad magistralmente descrito por el profesor Palacio.

«Se producía un cambio en el clima histórico. El hombre de las reformas del siglo XVIII rechazaba la violencia, era el burócrata profesional de una administración estable, el intelectual que ejercía una crítica implacable, pero sometida a pautas de razón, que fiaban el éxito a las vías educativas.

Pero en los albores del siglo XIX, al político reformador de gabinete sucede el conspirador romántico o el demagogo. El espíritu académico de la reforma se transforma en un sentimiento de angustia y prisa. La explosión del sentimiento y la fuerza incontenible de la pasión desbordan los moldes en que los hombres del siglo XVIII habían querido edificar el monumento de la razón. Un nuevo tipo humano se estaba forjando para protagonizar el tiempo de la revolución. El siglo de los ilustrados había terminado para siempre» (22).

(22) PALACIO: *ob.cit.*, p. 20.

El legado revolucionario y las Fuerzas Armadas

Me interesa destacar aquí, como epílogo a este trabajo, como evoluciona el proceso revolucionario y cual es el papel del ejército en este devenir histórico.

Una vez repuesto el absolutismo a la vuelta del rey Fernando VII a España, las principales purgas contra los liberales se produjeron precisamente en el seno del ejército. Fernando sabía perfectamente el proceso que se había producido en el seno de las fuerzas armadas. Nada menos que el nacimiento del liberalismo castrense en torno a los siguientes principios:

1. Muchos de los militares más conservadores habían abandonado las filas del Ejército. Unos por retiro o baja durante la guerra y otros, casi 800 oficiales, como afrancesados decidieron acompañar a José Bonaparte de vuelta a su país.

2. Julio Busquets apunta las biografías de algunos de los 4.000 oficiales que sufrieron prisión en Francia, como Blake, Riego o San Miguel para deducir la fuerte influencia liberal que sufrieron en su cautiverio. Éstos se incorporaron a las filas del Ejército una vez terminada su prisión.

3. Durante la guerra se formaron, con grandes dificultades, una serie de academias que formaron oficiales procedentes del mundo universitario. Nada sabemos de su ideología pero podemos suponerla más abierta que la de los que años antes debían pasar las pruebas de nobleza para ingresar en la institución armada.

4. Sin duda influyó en este proceso la incorporación a las filas del Ejército regular de muchos de los guerrilleros que lucharon en la guerra (23).

Una buena prueba de la supremacía de los valores liberales en el Ejército de aquella época es que una gran parte de los exiliados en la *década ominosa* por Fernando VII, eran militares.

Pese a la purga absolutista se produjeron varios intentos revolucionarios protagonizados por antiguos guerrilleros como Espoz y Mina o Porlier, ya integrados en el ejército regular en la contienda, hasta que el teniente coronel Rafael del Riego proclama el 1 de enero de 1823 la Constitución de 1812 en el sevillano pueblo de Las Cabezas de San Juan. El movimiento revolucionario duraría esta vez tres años. La entrada en España de las fuerzas extranjeras al frente del francés duque de Angulema no encontró apenas resistencia en el pueblo español. La represión que sufrió entonces el ejército le llevó a su práctica disolución.

De nuevo los militares volverán a intervenir para traer la libertad a España en 1868 tras el pronunciamiento del general Prim y el almirante Juan Bautista Topete.

No obstante, siempre quedó en el seno de las fuerzas armadas españolas un sentimiento de ingratitud frente a la fuerte campaña antimilitarista desatada

(23) BUSQUETS, J.: *El militar de carrera en España*. Barcelona, 1984, pp. 58 a 61.

durante prácticamente todo el siglo XIX. Nadie lo expresó mejor que el general López Domínguez en las Cortes durante la legislatura de 1869 a 1870:

«...¿A quien deben SS el encontrarse en este sitio? Al Ejército y la Marina, y después que habéis acudido a él, después que le habéis llamado para defender la libertad ¿Qué habéis hecho? Armar al pueblo contra el Ejército».

Se refiere aquí López Domínguez a la Milicia Nacional, a la que siempre se utilizó frente al ejército. Así lo aseguraba el diputado Argüelles en las Cortes de Cádiz:

«Para afianzar estas precauciones se ha ideado la milicia nacional. El origen del mal existe en el funesto sistema de ejércitos permanentes. Es un axioma que las Fuerzas Armadas es esencialmente obediente. La milicia nacional será el baluarte de nuestra libertad».

Lo que mostraba Argüelles en 1812 con esta comentario era su desconfianza, compartida por muchos de los diputados liberales contra un ejército hasta ahora absolutamente fiel al monarca. Después de la guerra de la Independencia se produce el paso del ejército Real, por y para el rey, al ejército nacional.

Es frecuente que se considere la historia política del siglo XIX como excesivamente protagonizada por un ejército intervencionista que intenta acabar a toda costa con el sistema civilista. Sin embargo el profesor Seco ha destacado lo siguiente refiriéndose al llamado por el profesor Pabón *régimen de los generales*:

«No es propiamente un *régimen militarista*, aunque este lamentablemente pautado por intervenciones militares, y lo mismo cabe decir de la alternativa revolucionaria de Prim. Tras estos militares *comprometidos con la libertad* hay siempre un *movimiento de civiles*; cabría decir que los pronunciamientos del siglo XIX son en realidad pronunciamientos de partidos que utilizan como punta de lanza o como ariete a un general» (24).

Es decir que no es el ejército como tal el que se pronuncia. Precisamente esta institución sufre en sus carnes las consecuencias de tanta intervención debida al exceso de politización en sus filas y los desastrosos efectos que provoca el acumulo de recompensas y ascensos injustificados para premiar fidelidades.

El origen de este llamado a los generales para arreglar las cosas que los políticos civiles no saben hacer, no hay más que recordar la célebre frase de

(24) SECO SERRANO, C.: *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, Madrid, 1984, p.14.

Balmes: «No creemos que el poder civil sea flaco porque el militar sea fuerte; sino que, por el contrario, el poder militar es fuerte porque el civil es flaco» (25), puede estar precisamente en el fuerte protagonismo de los militares ilustrados durante el siglo XVIII. Este protagonismo no sólo fue científico, sino también político. Por ejemplo los capitanes generales, eran a su vez presidentes de las audiencias provinciales.

Una interesante interpretación al régimen de los generales, con su referente en el siglo XVIII, es la que nos presenta Álvarez Junco en su obra *Mater Dolorosa* (26). Según el profesor Álvarez los liberales reformistas perdieron en el XIX el referente de la corona como estímulo, del que gozaban en el XVIII, y no contando tan poco con el apoyo de la opinión pública, encontraron en el Ejército el único sector de confianza que podía ayudarles en su acceso al poder.

Queda de esta forma bien trazado desde mi punto de vista el escenario en el que se desarrolló la vida de José de Mazarredo. Desde mi punto de vista su vinculación al régimen josefino no fue más que una nueva de patriotismo. Un patriotismo entendido desde una perspectiva ilustrada totalmente apartada de una España inculta, manipulada y anclada en el pasado.

(25) BALMES, J.: «La preponderancia militar», en *Obras completas*, Madrid, 1950, p. 569.

(26) ÁLVAREZ JUNCO, J.: *Mater Dolorosa*, Madrid, 2001, pp. 277 y 278.

MAZARREDO, UN MARINO ILUSTRADO Y CIENTÍFICO

Agustín GUIMERÁ RAVINA
Investigador Científico
CSIC, Madrid

«No todos los oficiales de Marina necesitan ser sabios; a serlo, no habría marina, cuyas fatigas de acción dicen incompatibilidad con la meditación... pero debe haber un centenar de éstos... Todo cabe, todo es necesario...» (1).

El Instituto de Historia y Cultura Naval me ha invitado amablemente a disertar sobre estas dos facetas del teniente general José de Mazarredo (1745-1812), considerado el mejor marino del siglo XVIII español (2). Pero Mazarredo es una figura histórica poliédrica, que se nos escapa: marino, comandante de escuadras, estratega, táctico, organizador, científico, escritor, diplomático, filántropo, innovador en suma. Conocemos al menos siete obras que conocieron la luz pública a lo largo de su vida. En ellas se ocupó especialmente de navegación, maniobra, táctica, señales y orgánica naval. Nos ha dejado un inmenso archivo, repleto de informes y correspondencia navales, donde aparece el líder, junto con algunos retratos y un puñado de cartas personales, donde

(1) Mazarredo al conde de Fernán Núñez, junio 1789; cita en BARBUDO DUARTE, E.: *Don José de Mazarredo, teniente general de la Real Armada*, Madrid, 1945, pp. 36-37. Muchas vicisitudes de Mazarredo, citadas en este trabajo, son reseñadas ampliamente en la obra de Barbudo Duarte.

(2) Además de la obra de Barbudo Duarte véase ARMADA Y DÍEZ DE RIVERA, M.: «El teniente general de la Armada Don José de Mazarredo», en *España y el mar en el siglo de Carlos III*, Sondika, 1989, pp. 479-484; FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, M.: *Biblioteca marítima española*, Madrid, 1851, tomo I, pp. 82-91; NÚÑEZ, I.: *El teniente general de la Real Armada Don José de Mazarredo Salazar y Gortázar*, Bilbao, 1945; y PAVÍA, F. P. (1873): *Galería biográfica de los generales de marina, jefes y personajes notables que figuraron en la misma corporación desde 1700 a 1868*, Madrid, 1873, tomo II, pp. 431-441. Su obra reformista aparece también en los estudios de CARLA, J. M.: *Navíos en secuestro. La escuadra española del océano en Brest, 1799-1802*, Madrid, 1951; GUIMERÁ, A.: «Trafalgar y la marinería española» en GUIMERÁ, A. y PERALTA, V. (coords.): *El equilibrio de los imperios. De Utrecht a Trafalgar*, Madrid, 2005, t. II, pp. 821-838; GUIMERÁ, A.: «Napoleón y la Armada», en *XXXI Congreso Internacional de Historia Militar (Madrid, 21-27 agosto 2005)*, Madrid, 2006, pp. 519-538; GUIMERÁ RAVINA, A.: «Godoy y la Armada», en MELÓN, M. A.; LA PARRA, E.; TOMÁS PÉREZ, F. (eds.): *Manuel Godoy y su tiempo. Congreso Internacional Manuel Godoy (1767-1851)*, Badajoz, 2003, vol. I, pp. 381-403; GUIMERÁ RAVINA, A. en GARCÍA FERNÁNDEZ, N.: «Un consenso estratégico: las Ordenanzas Navales de 1793», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 54, II: 43-81; RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A. R.: «Las innovaciones artilleras y tácticas españolas en la campaña de Trafalgar», en *XXXI Congreso Internacional de Historia Militar (Madrid, 21-27 Agosto 2005)*, Madrid, 2006, pp. 539-552.

se adivina al hombre. Su trayectoria fue espectacular —Vargas Ponce le llamaba el «hércules vizcaíno»—, lo que convierte a su biografía en algo casi inaprensible. Nunca dejaremos de sorprendernos ante su energía, su inagotable capacidad de trabajo.

Sin embargo, en su vida hay zonas de sombra. A veces, los silencios de Mazarredo nos dicen mucho más que sus opiniones. Apenas contamos con cartas personales. Ignoramos también el contenido de su biblioteca. Sus lecturas hay que entreverlas de forma indirecta, como cuando daba prioridad a la obra del sabio Jorge Juan en su plan de estudios para la academia de guardiamarinas.

Tratándose del típico militar ilustrado, su fe en la razón y la experiencia, optimismo en el progreso indefinido y la felicidad pública, su cosmopolitismo, su defensa de la utilidad, la veracidad y el orden son evidentes en sus hechos y escritos. Sin embargo, testigo de un tiempo donde surge una nueva sensibilidad, la que anuncia el romanticismo, nos cuesta ahondar en su mundo interior, territorio de la imaginación, la diversidad o la búsqueda de la belleza. Pese a estos obstáculos, la apuesta merece la pena. Hoy, inmersos en un postmodernismo que niega la idea de progreso, amenazados por un escepticismo social, volvemos nuestra atención a estos personajes de la Armada de la Ilustración, para compartir algunas de sus preocupaciones, para iniciar un diálogo que nos permita comprender nuestro presente. Y ahí aparece la genialidad de Mazarredo (3).

Mazarredo conquistó pronto un estatus de jefe militar, como mayor general de escuadras y comandante de compañías de guardiamarinas. Pero más allá de esta autoridad incontestable, su perfil es el de un verdadero líder (4). Parafraseando a Buffon, encontramos en Mazarredo ese equilibrio poco corriente:

«Las grandes visiones de un genio ardiente que abarca todo de un golpe de vista y las observaciones atentas de un instinto laborioso que no se ocupa más que de un solo aspecto» (5).

(3) LAFUENTE, A. y MOSCOSO, J. (eds.) (1999): «El *sensire aude* de Buffon. Escritura y público de la ciencia popular de la Ilustración», en *Georges-Louis Leclerc, Conde de Buffon (1707-1788)*, Madrid, pp. IX-LXXX, donde nos alertan sobre los mitos y simplificaciones que afectan nuestra visión de la Ilustración. Se puede encontrar asimismo una buena guía bibliográfica de este movimiento cultural.

(4) Un líder obliga siempre a sus colaboradores a enfrentarse a problemas que no tienen soluciones simples o indoloras, que exigen asumir responsabilidades, aprender nuevos métodos, apostar por la innovación, cambiar actitudes y valores. Tras llevar a cabo un diagnóstico exacto de la situación, moviliza a sus seguidores para alcanzar juntos metas socialmente útiles, un horizonte razonable de modernización. Las relaciones de autoridad entre el líder y sus seguidores se basan en la mutua confianza, en un espíritu compartido de servicio a la comunidad. Véase HEIFETZ, R. A. (1997): *Liderazgo sin respuestas fáciles. Propuestas para un nuevo diálogo social en tiempos difíciles*, Barcelona, 1997; Heifetz, R. A. y LINSKY, M., *Leadership on the line. Staying Alive through the Dangers of Leading*, Boston, 2002.

(5) LAFUENTE-MOSCOSO, 1999, p. LVI.

Las páginas que siguen representan pues una aproximación al pensamiento ilustrado de este hombre de acción por excelencia, un Prometeo naval para una época de grandes transformaciones en la historia atlántica. Su trayectoria ilustrada es digna de un estudio moderno, más amplio, holístico. En el espacio de estas páginas sólo puedo señalar algunos hitos, hacernos algunas preguntas, a la espera de futuras investigaciones.

La Armada, laboratorio de imperio y academia ilustrada

Como es sabido, los años que le tocó vivir a Mazarredo encerraron muchas contradicciones. Por un lado, representaron la culminación del denominado reformismo borbónico, la máxima expansión imperial española y el cenit de la Armada del siglo XVIII. Por otro, fue la denominada «época de las revoluciones atlánticas», la crisis del Antiguo Régimen en Europa y los inicios de la contemporaneidad.

Tras la Paz de París en 1783, la monarquía hispánica alcanzó su máxima extensión: 16 millones de kilómetros cuadrados, lo que representaba el doble de lo que poseía en 1740. Este cambio de escala gigantesco era todo un reto para los reformistas ilustrados. La gestión política, administrativa, económica y militar del imperio requería asimismo nuevas formas de imaginarlo.

La ciencia fue el gran instrumento de esta gestión imperial (6). Si la guerra es el enfrentamiento entre tecnologías rivales, el Estado debía de contar con militares dotados de una formación científica y tecnológica. Dada la inmensidad del imperio marítimo y la pequeñez del «laboratorio» metropolitano, el Estado necesitaba también de una Armada que fuese una «máquina» eficiente y moderna, que gestionase el espacio imperial, entendido no sólo en el plano físico sino en el científico. De ahí que la Armada tuviese un gran protagonismo en vida de Mazarredo, que se reflejó en la labor de secretarios de marina, como Arriaga, Castejón y Valdés, a cuyas órdenes sirvió.

(6) Las reflexiones vertidas en este trabajo son deudores del estudio citado de LAFUENTE-MOSCOSO (1999) y otros trabajos recientes: LAFUENTE, A.; VALVERDE, N.: *Los mundos de la ciencia en la Ilustración española*, Madrid, 2003. LAFUENTE, A.; VALVERDE, N.: «Linnaean Botany and Spanish Imperial Biopolitics», en SENHIEBINGER, L. y SWAN, C. (eds.), *Colonial Botany Science, Commerce and Politics in the Early Modern World*, Philadelphia, 2004. LAFUENTE, A.; VALVERDE, N.: «La producción de objetos y valores científicos: tecnología, gobierno e Ilustración», en GUIMERÁ RAVINA, A.; PERALTA RUIZ, V. (coords.): *El equilibrio de los imperios: de Utrecht a Trafalgar*, Madrid, 2005, pp. 333-361. LAFUENTE, A.; CARDOSO, M.; y SARAIVA, S.: «Ciencia de escala en la Europa moderna: el caso español, siglos XVII a XIX», en LAFUENTE, A.; CARDOSO, M. y SARAIVA, S. (eds.): *Maquinismo ibérico*, Madrid, 2007, pp. 447-466. VALVERDE, N.: «La ciencia y las dimensiones del imperio español: espacios, ciencia e imperio», en LAFUENTE, A.; CARDOSO, M. y SARAIVA, S. (eds.): *Maquinismo ibérico*, Madrid, 2007, pp. 77-98. VALVERDE PÉREZ, N.: *Actos de precisión. Instrumentos científicos, opinión pública y economía moral en la Ilustración española*, Madrid, 2007. En todos ellos se puede encontrar abundante bibliografía sobre Ciencia e Ilustración.

La gestión política de este espacio requería una estrategia científica: control a distancia, homogeneidad de los procedimientos y productos científicos que circulaban por sus redes, magnitud de estos flujos de intercambio.

Por ejemplo, el ciclo de las expediciones científicas, que fundamentalmente desarrolló la Armada entre 1777 y 1791, perseguía la gestión de un espacio clave: las costas del imperio, una de las líneas geométricas que definían la riqueza y la extensión del imperio, su calidad y cantidad. Constituían además la verdadera frontera marítima en relación a otras potencias. A través de estas expediciones se crearon verdaderos manuales científicos, protocolos de producción y registro de la información que fluía a lo largo y ancho de la monarquía hispánica.

El Depósito Hidrográfico fue el epicentro de esta actividad, el interlocutor válido con otros países. La cartografía imperial generada por este organismo ofrecía una visión conjunta del conocimiento geográfico y garantizaba la imagen pública internacional de esta actividad.

En resumidas cuentas, siguiendo a Lafuente y Valverde, el Estado, en «un alarde de utopía burocrática», intentó meter la Armada y el océano en una ordenanza, como trató de abarcar el imperio en un mapa y la monarquía en una estadística.

El pensamiento ilustrado colaboró en esta praxis política, con una noción más abstracta de la esencia del Estado, el dinamismo cultural, el elogio de la lectura, el auge de la erudición, la renovación pedagógica, la filantropía, la difusión de las ciencias de la naturaleza, la innovación tecnológica, la cultura de la curiosidad y el coleccionismo, etc. El proceso general de esta socialización del conocimiento condujo a una «gran conversación planetaria» durante la segunda mitad del siglo XVIII, en palabras de los dos autores citados. La Ilustración difundió también la mecánica racional, la geometría, el cálculo y la astronomía entre las clases medias europeas. La navegación y la marina de guerra fueron prácticas y actores que se beneficiaron de este movimiento.

Las actuaciones en materia científica en el seno de la Armada entre 1770 y 1795 fueron espectaculares: el desarrollo de nuevas aplicaciones tecnológicas en los arsenales, los estudios mayores en las academias de guardiamarinas, la culminación del ciclo expedicionario científico, la confección de los derroteros y atlas marítimos, la puesta en marcha del Depósito Hidrográfico, la refundación del Observatorio Astronómico y el establecimiento de un Museo de la Marina. La oficialidad de la Armada fue protagonista de este proceso. Así tenemos los nombres de Malaspina, Tofiño, Císcar, Churruca, Alcalá Galiano, Bodega y Quadra, Uriarte, Cayetano Valdés y tantos otros.

Al final del ministerio de Antonio Valdés en 1795 la marina española era un verdadero coloso al servicio del imperio, con sus finanzas, infraestructuras, conocimientos, personal técnico y clientela. La Armada fue así un instrumento al servicio de la vertebración interior en España y el mantenimiento de la integridad imperial.

Mazarredo estuvo detrás de muchos de estas realizaciones de la Armada.

Formación

Es bien conocida su curiosidad científica y afán de estudio, aplicados a su profesión. Siendo teniente de fragata, se embarcó voluntario para Filipinas en 1771, a bordo de la fragata *Venus*. Durante su viaje aplicó por intuición el método de cálculo de la longitud, que era desconocido en España, con la ayuda de Sebastián Ruiz de Apodaca. Sus mediciones fueron en los almanaques náuticos británicos. Ascendido a teniente de navío, volvió a embarcarse el año 1774 en la expedición de la fragata *Santa Rosalía* al Atlántico, para experimentar los nuevos métodos de astronomía náutica.

Sería necesario conocer mejor la influencia de sus maestros. Uno de ellos fue Juan de Lángara, su comandante en estos periplos oceánicos, con quien trabó gran amistad. La experiencia marinera de Luis de Córdoba, su jefe durante las campañas de la guerra de independencia de Estados Unidos (1779-1783), también debió de serle útil. Asimismo, el apoyo constante de su amigo, el secretario de marina Antonio Valdés (1783-1795), con el que colaboró estrechamente en el ministerio, le permitió diseñar y desarrollar sus proyectos de modernización científica de la Armada.

La relación de Mazarredo con los lugares de su formación y actuación reformista representa también un mundo poco explorado, donde intuimos algunas influencias mutuas. En primer lugar tenemos el buque de guerra, el objeto tecnológico más complejo de su tiempo, escenario de la interacción del marino con objetos tan sofisticados y modernos como el cuadrante astronómico o el reloj náutico de alta precisión. El buque era al mismo tiempo, vivienda, taller, laboratorio, almacén, arsenal, reserva de alimentos y líquidos; incluso un arca de Noé, con animales vivos. Su espacio interior, exiguo, a menudo maloliente y enfermizo, encerraba una sociedad bien ordenada, un espacio de obligada convivencia, camaradería, violencia y sumisión.

Este mundo en sí mismo se insertaba en un universo más grande: la escuadra, una máquina semejante de disuasión y destrucción, aunque más compleja. Mazarredo tuvo ocasión de ejercer su liderazgo en distintas escuadras a lo largo de su vida. Fue Castejón en la expedición de Argel de 1775 o de las escuadras de Córdoba durante la guerra de la independencia de los Estados Unidos. Luego sirvió como comandante de la escuadra del Océano en las décadas de los ochenta y noventa.

Mazarredo pasó del navío a la academia de guardiamarinas, como alférez de la compañía de Cádiz a comienzos de 1776 y como capitán de la compañía de Cartagena ese mismo año. En estos centros Mazarredo impulsó la formación de una nueva oficialidad científica.

El escenario último de su praxis ilustrada fue la Corte, encarnación de la monarquía absoluta y principal centro neurálgico de poder. Era el foco inicial de las relaciones de poder entre las élites dirigentes del reino, un campo de fuerzas controlado por hombres poderosos que actuaban al frente de extensas clientelas, para captar cargos, recursos, honores y prebendas. Pero aquel espacio político inestable era también un territorio de oportunidades para iniciati-

vas modernizadoras. Allí Mazarredo, a las órdenes de Valdés, trabajó durante varios años en múltiples campos relacionados con la ciencia y la guerra marítima. También se benefició del ambiente cultural madrileño frecuentando, por ejemplo, la tertulia del propio Valdés.

Prácticas

Mazarredo se distinguió desde el principio por tener un ojo marinero que, unido a su formación en astronomía náutica y su firmeza de su carácter, dio muchos frutos. Son bien conocidas sus intervenciones como mayor general de escuadra en las campañas de la guerra de Independencia de los Estados Unidos, al saber con bastante exactitud el punto donde se encontraba su buque en el océano, mediante el conocimiento de la longitud, la pesadilla de todo marino de la época.

En 1780 salvó a la escuadra de Córdoba al traerla de vuelta a Cádiz con temporal del sudoeste. Al año siguiente salvó asimismo a la escuadra combinada franco-española, mandada por del conde de Guichen, al mantener la derrota de la escuadra a la altura de las islas Sorlingas, en medio de otro temporal y en contra el criterio de su comandante. En enero de 1782 volvió a evitar un desastre para la escuadra de Córdoba en el golfo de Cádiz, dirigiéndola con acierto al puerto gaditano, ante la inminente llegada de un temporal del sudoeste. Finalmente, en junio de ese año, demostró nuevamente su habilidad náutica al situar perfectamente la posición del cabo Finisterre en relación a su escuadra en condiciones atmosféricas muy difíciles.

También es conocida su formación técnica en construcción naval. Durante su destino en la secretaría de marina (1784-1795), como gran colaborador del ministro Valdés, redactó varios informes sobre el mejor sistema posible de construcción de buques, acudiendo a la comparación de distintos ingenieros españoles y extranjeros. Se ocupaba de todos los elementos del navío o fragata: materiales, dimensiones, arboladura y distribución del espacio interior. En relación a este último apartado, los nuevos conocimientos sobre la observación de la longitud en el mar habían obligado a cambiar los alojamientos de la oficialidad, pues su emplazamiento actual dificultaba la labor. Esto es una muestra más de la naturaleza del navío: una verdadera máquina, donde los instrumentos y hombres destinados a su servicio constituían sus engranajes.

En 1785 dirigió una larga campaña de pruebas en el Mediterráneo para experimentar con diversos navíos y fragatas, fabricados según distintos sistemas constructivos (7).

(7) BARBUDO DUARTE: *Dictámenes de Mazarredo, Félix Tejada e Ignacio M. de Álava sobre sistemas de construcción naval, 1783-1792*. Archivo del Museo Naval, Madrid, 1945, pp. 52-56. —en adelante AMN— mss. 2376, fols. 134-163; y mss. 2381, fols. 99-104 y 298-299.

Finalmente, destacó en sus trabajos hidrográficos, aprovechando sus viajes por la Península para hacer correctas mediciones astronómicas de muchos lugares de su geografía(8).

Oficialidad y ciencia

Como comandante de la compañía de guardiamarinas de Cartagena en 1776, Mazarredo llevó a cabo una reforma del plan de estudios. Con esta finalidad resumió el libro de Jorge Juan, *Compendio de Navegación*, publicado más de veinte años atrás, al que añadió los descubrimientos realizados posteriormente, y publicó una *Colección de tablas para los usos más necesarios para la navegación* (9). Los oficiales debían no sólo tener una buena formación marinera, incorporando nuevos instrumentos y técnicas de medida, sino poseer también una formación teórica: la física y la mecánica aplicada, la astronomía náutica y las matemáticas como ciencia experimental (10). Formó en 1778 una división a modo de buque-escuela, compuesta de un navío y dos fragatas, para entrenar a los alumnos en la navegación y la táctica. Incluso llegó a proponer el embarque de los mejores guardiamarinas en expediciones a Manila y Lima, para que mejorasen su aprendizaje en estas largas navegaciones. Sus discípulos fueron científicos de prestigio como Císcar, Churruca o Fernández de Navarrete.

En 1783, a punto de iniciarse el largo programa hidrográfico español, Mazarredo impulsó un cuerpo de estudios superiores en las academias. Los diversos programas presentados por los sabios Tofiño, Ceruti y Císcar, especialmente el de este último, poseía una gran modernidad, pues se volcaba en la física teórica y experimental. Su contenido representaba toda una novedad en el plano internacional y perseguía la constitución de verdaderos hombres de ciencia en la Armada(11). Con posterioridad, Mazarredo promovió certá-

(8) Elogio de Isidoro Antillón en su obra geográfica sobre España y Portugal (AMN, mss. 2354, tomo XXIV; y PAVÍA, 1873, pp. 89-90).

(9) El compendio, escrito en 1777, fue publicado en Cádiz en 1790; la colección de tablas, redactada en 1777, vería la luz pública en Madrid el año 1779 (BARBUÑO DUARTE, 1945, p. 152).

(10) Mazarredo critica a los guardiamarinas que pretenden embarcarse sin haber dominado la aritmética y geometría; y propone un plan de estudios; informe de 26.02.1777 (AHN, mss. 2380, fols. 1-6).

(11) LAFUENTE, A.: «La enseñanza de las ciencias en la primera mitad del siglo XVIII», en *Estudios dedicados a Juan Peset Aleixandre*, Valencia, 1982, tomo II, pp. 477-493; LAFUENTE, A.; SELLÉS, J. L.: «Las Academias Militares y la inversión en ciencia en la España ilustrada (1750-1760)», en *Dynamics*, 1982, núm. 2, pp. 193-209; *idem*: «Militarización de las actividades científicas en la España ilustrada», en PESET, J. L. (ed.): *La ciencia moderna y el Nuevo Mundo*, Madrid, 1985, pp. 127-149; y LAFUENTE, A.; SELLÉS, M.: *El Observatorio de Cádiz (1753-1821)*, Madrid, 1988.

menes de estudios superiores en la academia de Cartagena (12). Su jefe, el ministro Valdés, lo explicitó en el apartado de marina en las famosas instrucciones de la Junta Suprema de Estado:

«... y que sepan los oficiales de marina que, sin la ciencia necesaria de los principios y arte de navegar, no han de ser promovidos.» (13).

Mazarredo fue siempre un celoso defensor de la profesionalidad del oficial de marina. Por ejemplo, en 1797 rechazó la petición de ingreso de un individuo como aventurero en las lanchas cañoneras de Cádiz (14).

Todas estas actuaciones guardaban relación con participación activa de Mazarredo en la potenciación del Observatorio de Cádiz, la creación del Depósito Hidrográfico, el Museo de Marina en la isla de León y el impulso a las expediciones científicas (15).

Sin embargo, nunca confundió a los oficiales científicos con los comandantes de fragata, navío o escuadra. Estos últimos eran considerados la clave de la victoria en el mar:

«... nunca será el alto punto de ciencias el que constituya la perfección de una Armada activa... ¿Qué sacaría el Rey con que una escuadra de sesenta navíos y treinta fragatas estuviese mandada por otros tantos capitanes del grado de ciencia de Don Gabriel de Císcar? Cuanto mejor escuadra sería, aún sin buscar el punto de los Álavas y otros de grandes graduaciones, con unos capitanes de fragata de los distinguidos marineros, con la bastante posesión para la dirección de las derrotas y el don del ejercicio militar, adquirido en la práctica de manejar las tripulaciones. No pudiendo pues confundirse lo uno con lo otro, dejando cada cosa en su lugar...» (16).

(12) Resumen de las materias que contienen las disertaciones de matemáticas de 1786 en la academia, dando cuenta de lo aportado en geometría superior, cálculo infinitesimal, mecánica, óptica y astronomía; Mazarredo a Valdés, 27.05.1786 (AHN, ms. 2380, fol. 23).

(13) Instrucciones para la Junta Suprema de Estado en FLORIDABLANCA, conde de (1952): *Obras originales del conde de Floridablanca y escritos referentes a su persona*, edición de A. Ferrer del Río, Madrid, 1952, artículo CLXXXVI.

(14) Mazarredo a José Núñez, 13.09.1797. En esta carta alegaba que un oficial de marina debía dominar estudios especializados como la aritmética, la geometría teórica y práctica, la trigonometría plana y esférica, la cosmografía y la teoría de la navegación. Lo mismo sucedía en su negativa al pase de un suboficial del Ejército a la Armada; Mazarredo a Montero, 18.10.1797. Ambas citas se encuentran en BARBUDO DUARTE, 1945, pp. 190-193.

(15) La bibliografía sobre expediciones científicas es muy amplia. Véanse los trabajos de A. LAFUENTE, M.; LUCENA, J.; L. PESET, J.; PIMENTEL y otros, citados en LAFUENTE-VALVERDE (2003). Sobre el Curso de Estudios Mayores, véase el citado trabajo sobre el Observatorio de Cádiz por Lafuente-SELLÉS, 1988, pp. 228-242.

(16) Mazarredo a Cornel, 06.03.1800, en que rebate la proyectada designación de Císcar como capitán de guardiamarinas (AMN, mss. 2353, fols. 173-174). Véase también la nota 1.

Ordenanzas navales y tecnología

Las ordenanzas, redactadas por Mazarredo y su equipo en 1793, también pueden ser interpretadas como un instrumento tecnológico que perseguía la uniformidad, la eficacia y el control a distancia, en relación a un imperio de escala gigantesca:

«Un General, sentado en la Ordenanza los principios de sus instrucciones, ni dudará las que deba formar, ni necesitará de prolijidad para explicarlas, ni sospechará que dejen de ser entendidas y debe gastar tiempo en aclararlas, ni finalmente tendrá excusas en las que omite formar, por no haber meditado profundamente en todas y cada una de las partes de su importante cargo» (17).

Frente a lo arbitrario, dudoso e incomprensible para el orden del servicio, se alzaba la ordenanza. Las reglas de uso común, adulteradas progresivamente con toda clase de prácticas viciosas, se sometían entonces al canon establecido. La ordenanza era un ejercicio de disuasión, de filtración de conductas. Entre sus virtudes se encontraban las de abarcar magnitudes enormes —la Armada y el océano—, y recopilar masas ingentes de información. Era una máquina legal con su propio protocolo de uso, donde se daba una gran importancia al lenguaje. Se trataba de una herramienta que clasificaba y jerarquizaba la información, mediante la sistematización de materias, la confección de índices o las citas marginales. Al hacerlo normalizaba, homogeneizaba, daba coherencia a las partes, establecía correspondencias unívocas y evitaba confusiones legales.

En 1797, año aciago para la Armada y el comercio colonial —tras la derrota del Cabo de San Vicente y el inicio del bloqueo británico de Cádiz—, Mazarredo tomó el mando de la escuadra del Océano. Con el apoyo de su gran colaborador, Antonio de Escaño, tuvo la gran oportunidad de aplicar la ordenanza en todo momento. Entre otras cosas, se opuso al desmembramiento de su plana mayor, que estaba formada por oficiales de primera categoría como Churruca, Espinosa y Ceballos. Acudió a argumentos de carácter científico para mantener su postura: una buena mayoría general garantizaba el encadenamiento de tantas complicaciones de materias para la buena gobernación de la escuadra. La plana mayor era el alma de la disciplina y del servicio. El símil maquinista está siempre presente (18).

(17) *Exposición sobre la Recopilación de Ordenanzas de la Armada y lo coordinado hasta aquí para ella que se presenta, y sobre la necesidad de su publicación*, Madrid, 20.02.1792, en carta a Valdés de esa fecha (AMN, mss. 2345, fols. 55-56); en GUIMERA RAVINA, A.; GARCÍA FERNÁNDEZ, N.: «Un consenso estratégico: las Ordenanzas Navales de 1793», en *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 54, II, 2008, pp. 43-81.

(18) Mazarredo a Lángara, 16.05.1797; Mazarredo a Godoy, 27.06.1797 (AMN, mss. 2386, fols. 1 y 9). Tiempo atrás, había criticado las precipitaciones en el apresto de las escuadras, sin seguir el orden y tiempo debidos; Mazarredo a Valdés, 28.12.1794 (AMN, mss. 2383, fols. 108-118).

Ciencia y técnica al servicio del Estado

En otro lugar he seguido la tesis de la meritocracia ilustrada —desarrollada por el profesor Alder—, al tratar de las citadas ordenanzas navales (19). Mazarredo, al igual que otras élites ilustradas —ingenieros, científicos, abogados, funcionarios civiles, etc.— trató de legitimar su capacidad técnica, su condición de experto, haciendo referencia a los mecanismos sociales que debían de gobernar la promoción en el seno de la Armada, unas reglas consensuadas por los propios marinos, a través de las cuales podían juzgarse a sí mismos. Promocionaba así una nueva forma de organización que hoy llamamos profesional.

La estrategia elegida fue la defensa de su especialización, sus capacidades científicas y técnicas, ya citadas, que se valoraban como un servicio eficiente al Estado. Fue una construcción política deliberada, un espacio social dirigido a un nuevo fin: servir al Estado. Mazarredo ponía así el dedo en la llaga: el ascenso inmerecido de algunos oficiales, en razón de su origen nobiliario, sus alianzas matrimoniales o el apoyo de sus patronos políticos.

Ese mismo año presentó al ministro Valdés un modelo de informes personales para evaluar correctamente la carrera de un oficial de marina (20). Esta herramienta, obsesionada por la tabulación, típicamente ilustrada, no dejaba cosa alguna al azar. Computaba todas las variables posibles, mediante quince encabezamientos y diecinueve formas de puntuación.

Unas columnas estaban relacionadas con la destreza marinera del oficial, como pilotaje y maniobra. Otras incidían en sus capacidades militares, como táctica y artillería. Su nivel cultural se medía por el conocimiento de lenguas, otras ciencias de marina y una educación general. El mando era valorado a través de diversos planos: conocimiento profundo de las ordenanzas; disciplina y ejercicio de la tripulación; carácter; y genio acreditado en el ejercicio de su autoridad. Incluso existía una columna específica para su actuación como director general de la Armada. Este cargo era, según Mazarredo, el eje de todo el servicio de marina. La habilidad logística de un oficial se medía en otra columna, apreciando su economía en la conservación y consumo de pertrechos. Además se observaba con lupa el grado alcanzado en otras virtudes del oficial: valor militar; talento; celo, aplicación y amor al servicio; y buena conducta.

Mazarredo defendía la validez del método: sencillo, claro, homogéneo en lenguaje y estilo, rápido y universal. Era aplicable a todas las circunstancias y destinos, ya fuera buque, escuadra, departamento u otras comisiones. Aspiraba a la equidad y el orden. Para evitar abusos, estos informes debían de ser

(19) GUIMERÁ RAVINA-GARCÍA FERNÁNDEZ, 2008. Sigo el trabajo de ALDER, K.: «French engineers become professionals; or, how meritocracy made knowledge objective», en CLARK, W.; GOLINSKI, J.; SCHAFFER, S. (eds.): *The Sciences in Enlightened Europe*, Chicago-London 1999, pp. 94-125.

(20) Mazarredo a Valdés, 07.08.1793 (AMN, mss. 2346, fols. 71-76).

impresos, sin errata alguna, con una adecuada legalización de enmiendas y la conformidad del mayor general del departamento.

La nueva sensibilidad

Pero nuestro personaje fue más allá de aquel racionalismo ilustrado, adentrándose en el territorio de una nueva sensibilidad sobre el mundo y el hombre. Ello se manifestó, entre otros aspectos, en el comportamiento con la marinería a su cargo e incluso con el propio enemigo. Sólo indicaré algunos ejemplos, a la espera de un análisis más profundo.

Los hombres de mar

Son bien conocidas las pésimas condiciones de vida a bordo de los buques de guerra durante aquellas largas navegaciones de la época. El hacinamiento, la humedad ambiental, la falta de ventilación, la mala alimentación, el deficiente aseo, la escasez de vestuario o calzado y la dura disciplina militar convertían aquellas fortalezas de madera, cordaje, velamen y brea en un lugar inhóspito, máxime si los marineros habían sido enrolados a la fuerza. Mazarredo fue sensible en todo momento a sus desgracias y miserias. Defendió ante sus superiores la necesidad de que estuviesen puntualmente pagados y vestidos, para que puedan realizar un buen servicio al monarca. Hay textos verdaderamente elocuentes:

«No podemos desconocernos: es hombre, ve sus trabajos, se le representa el hambre y el abandono de su mujer y de sus hijos; y se éste no se acalla, con que en su persona no le falta la paga de lo que gana, no puede tener contentamiento... olvidará hasta a Dios, se abandonará...» (21).

Cuando existía la oportunidad Mazarredo distribuía premios a los que se distinguían a bordo de su escuadra y otorgaba pensiones a los familiares de los muertos en combate, redactando un reglamento específico para este reparto eventual, una típica reacción ilustrada (22). Incluso recompensaba a los subordinados años después, en cuanto disponía de algún dinero. Lo hizo en 1797 con un pobre carpintero que hacía dos años le había sugerido la idea de montar el cañón mayor de una fragata en una lancha de la propia embarcación, innovación que su jefe había ampliado a las lanchas de los navíos. Esta

(21) Mazarredo a Valdés, 28.12.1794; insiste en lo mismo en su carta a Godoy, 15.02.1798 (AMN, mss. 2383, fols. 114 y 152-154).

(22) Mazarredo al obispo de Cádiz, 23.06/ y 29.07.1797 (BARBUDO DUARTE, 1945, pp. 173-179).

tecnología había permitido la defensa de Cádiz durante el bloqueo británico, iniciado en aquel año, mediante el uso de estas lanchas cañoneras (23).

El enemigo

Mazarredo vivió en una época de transición en la doctrina bélica. La denominada guerra de aniquilación fue desarrollada en Europa durante la segunda mitad del siglo XVIII. Era más propia de una defensa de los intereses nacionales, en donde predominaban los movimientos de masas movidas por las pasiones. Los británicos fueron sus grandes valedores en el conflicto naval.

Nuestro personaje constituye un buen exponente de la opinión contraria, la guerra justa, la clásica. Se trataba de una guerra de attrición, que perseguía el agotamiento de los recursos económicos y la moral del enemigo más que su destrucción. Existía una verdadera preocupación humanitaria al intentar reducir los daños en combate (24).

Nuestro líder naval poseía una visión ambivalente del enemigo británico. Por un lado, criticaba su ambición de dominar el mundo de ultramar, destruyendo a las marinas española y francesa en su camino. Pero, por otro, reconocía las cualidades del adversario, la virtud británica de potenciar el estudio científico y los adelantamientos técnicos, al servicio de la guerra en el mar, la búsqueda de la perfección en suma. Su conclusión era lapidaria:

«Inglaterra con su foso de mar, Inglaterra con su industria y con la marina, será por muchos años la señora del mundo, afianzándose tanto más su dominio cuanto mayor fuese la duración de las calamidades del continente de Europa. Las pagará con dinero, como cimienta de su superioridad.» (25).

Lo mismo sucedía cuando elogiaba su habilidad marinera y el mantenimiento de sus navíos, al relatar el encuentro de la escuadra combinada con las unidades de lord Howe en el canal de la Mancha en 1782. La superioridad numérica aliada no supo compensar la ventaja de vela británica:

«Pero lo que más fatiga el ánimo es reflexionar que si 40 navíos ingleses hubiesen encontrado 23 [navíos] de los nuestros, era una merienda que ni a los gatos hubiese quedado que lamer. Vea V.M., amigo mío, si

(23) Mazarredo al obispo de Aranda de Duero, 05.09.1797 (BARBUDO DUARTE, 1945, pp. 181-183).

(24) Para la idea clásica de la guerra véase SANTACRUZ DE MARCENADO, marqués de: *Reflexiones Militares* [1742], Madrid, 1984, en especial los libros I, II y XIII. Son muy útiles las aportaciones a esta obra por Díez ALEGRÍA, M.: «La milicia en el siglo de las Luces», pp. 15-31 y GARCÍA EESCUDERO, J. M.: «Sobre el Derecho de la Guerra», pp. 80-106.

(25) Mazarredo a Valdés, con motivo de la Paz de Basilea y el cese de la alianza hispano-británica, 27.08.1795 (*Archivo Histórico Nacional*, Estado, leg. 4039, núm. 1).

es luego igual que estar a perder y no a ganar. Si estamos inferiores, sacrificados, si somos superiores, inútiles... ¿Y esto es Marina?» (26).

Esta guerra al enemigo, poderoso y soberbio, debía ser presidida por el espíritu cristiano. Debía combinarse el valor y la piedad. No tenía como objetivo matarlo, sino vencerlo para alcanzar la paz. Había que excusar siempre una muerte innecesaria y emplear la generosidad con el vencido (27).

Veamos algún ejemplo de esta actitud. Todo un ritual caballeresco se desplegó entre los jefes británicos y españoles durante el bloqueo de Cádiz. En mayo de 1797 Nelson, al mando del escuadrón encargado del bloqueo más cercano a la bahía, anunciaba a Mazarredo que la escuadra dispararía salvas de ordenanza el día del cumpleaños de su rey, a las ocho de la tarde. Esta advertencia estaba dirigida a las damas gaditanas, para que no se alarmasen. Mazarredo le contestó en el mismo tono cordial:

«The Ladies of Cadiz, accustomed to the noisy rounds of salutes of the vessels of war, will sit and will hear what Sir John Jervis means to regale them with, for the evening of the 4th current, in honour of his Britannic Majesty's birthday; and the general wish of the Spanish nation cannot but interest itself in so august a motive.» (28).

En junio de ese año los británicos solicitaron a Mazarredo permiso para que un oficial y su esposa visitasen Cádiz, a lo que el líder español se negó, empleando argumentos muy reveladores sobre la naturaleza de la guerra convencional:

«... causándome un reconocimiento igual de pesar de que, por el aspecto de la situación respectiva, no esté en mi arbitrio el que Madame Manfield y este caballero queden satisfechos en su curiosidad de ver Cádiz; como que en el público, ajeno de la combinación de los movimientos particulares con los deberes de las armas, causaría la sensación, propia de esta ignorancia, la aparición de una dama, y más de su mérito...» (29).

Luego existe un silencio ominoso en la correspondencia entre ambos jefes, durante los bombardeos británicos de Cádiz y la lucha entre las cañoneras, que tuvo lugar las noches del tres y cinco de julio. A finales de mes, Mazarredo vuelve a desplegar su diplomacia, al preocuparse por la salud del vicealmirante Nelson y el capitán Fremantle, heridos en el reciente ataque a Santa

(26) Mazarredo a un amigo desconocido, 30.07.1782 (AMN, mss. 2381, fols. 10-11).

(27) Mazarredo al obispo de Cádiz, 29.05.1797 (BARBUDO DUARTE, 1945, pp. 176-178).

(28) Nelson a Mazarredo, 30-05-1797; Mazarredo a Nelson, 01.06.1797 (AMN, mss. 2385, fols. 32-34).

(29) Saumarez a Mazarredo, 14.06.1797; Mazarredo a Saumarez, 14.05.1797 (AMN, mss. 2385, fols. 35-37).

Cruz de Tenerife. Jervis alabó entonces los sentimientos de honor y humanidad de su oponente (30).

El arreglo de malentendidos, las facilidades dadas a la pesca costera o al comercio neutral, y los intercambios de regalos —vino, cigarros, cerveza, carne salada, etc.— entre ambos líderes fueron la tónica de esta correspondencia.

Pero la guerra debía de ser no sólo lícita sino parecerla. Desde los comienzos del bloqueo, Mazarredo señaló el principio de incomunicación de tráfico mercantil y la fórmula de intercambio de mensajes entre los beligerantes. Para el intercambio de cartas indicó a Jervis que despachase buque parlamentario a fondear en el canal de entrada, a dos millas fuera de los escollos de la boca de la bahía gaditana. Allí esperaba a que un mensajero español recogiese el pliego a bordo. Tras solicitar permiso para el comercio neutral y las faenas de pesca, afirmaba taxativamente:

«V.E. comprenderá bien que en uno u otro punto me ciño estrechamente a la convención tácita de las naciones, que no por estar en guerra pueden negarse a las consideraciones recíprocas que se deben.» (31).

Esta puesta en escena de Mazarredo y sus oponentes, que atendía al honor y la imagen pública, constituía todo un símbolo de la sensibilidad ilustrada, uno de los últimos actos de un enfrentamiento bélico del Antiguo Régimen. Poco después, las guerras napoleónicas generalizarían el concepto de guerra aniquiladora entre naciones.

Filantropía

Mazarredo también se preocupó por otras personas. Durante su estancia en París en 1799-1801 entabló amistad con el abate Sicard, uno de los promotores de la enseñanza de los sordomudos. Vuelto a España, elevó una propuesta al rey, que creó la institución. El gobierno aceptó la idea aportada por el marino de que el científico francés enseñase el método a dos sacerdotes españoles (32).

El legado ilustrado y científico de Mazarredo continuó más allá de su destierro a Pamplona en 1804 y su afrancesamiento en 1808. El propio Escaño recogió algunas de sus ideas en su conocido plan de reforma de la Armada, redactado pocos años más tarde (33). Las lanchas cañoneras de Mazarredo

(30) Mazarredo a Jervis, 16.08.1797; Jervis a Mazarredo, 24.08.1797 (AMN, mss.2385, fols. 38-39).

(31) Mazarredo a Jervis, 18.04.1797 (AMN, mss. 2385).

(32) Mazarredo a Ceballos, 08.05.1801; respuesta de Ceballos, 11.05.1801 (AMN, mss. 2353m fol. 175).

(33) ESCAÑO, A.: *Ideas del Excmo. Sr. D. Antonio de Escaño sobre un plan de reforma para la marina militar de España... publícalas... teniente de navío de la Armada Nacional*,

siguieron defendiendo Cádiz durante el bloqueo británico hasta 1808 y el bloqueo francés en la guerra de la Independencia. El legado de muchas instituciones científicas sobrevivió a su figura histórica. Sus ordenanzas siguieron vigentes en la Armada hasta tiempos muy recientes. Su retrato presidía el antiguo Colegio Nacional de Sordomudos y Ciegos, como recuerdo a su promotor. Muchas de sus preocupaciones intelectuales continúan vivas en nuestro tiempo.

D. Manuel del Castillo y Castro, Cádiz, 1820. Hay una copia en *BMN*, sign. 6064. Véase GUIMERÁ, A.: «Imitando al enemigo: el plan de reforma naval de Antonio de Escaño (1807)», en MARTÍN-MERÁS, L. (ed.): *Navigare Necesse Est. Estudios de Historia Marítima en honor de Lola Higuera*, Gijón, 2008, pp. 315-335.

REVISTA DE HISTORIA NAVAL

Petición de intercambio

Institución

Dirección postal

País

Teléfono

Fax

Nos gustaría intercambiar su Revista/Cuadernos:

- Revista de Historia Naval
- Cuadernos Monográficos

con nuestra publicación

.....
.....
.....

(Ruego adjunte información sobre periodicidad, contenidos... así como de otras publicaciones de ese Instituto de Historia y Cultura Naval.)

Dirección de intercambio:

Instituto de Historia y Cultura Naval
Juan de Mena, 1, 1.º 28071 Madrid
Teléfono: (91) 379 50 50
Fax: (91) 379 59 45

JOSE DE MAZARREDO Y SALAZAR: Organizador, estratega y táctico

Ramón PERAL LEZÓN
Capitán de Navío (R)

Introducción

Algunos historiadores opinan que Mazarredo es la figura más relevante de la Armada de la segunda mitad del siglo XVIII y efectivamente, el general Mazarredo brilló en todas las ramas de la carrera que había elegido, un marino con profundos conocimientos técnicos y científicos, en navegación, astronomía, construcción naval, artillería, y también con energía para las fatigas que exigía la vida a bordo, fue un estudioso de las cuestiones que afectaban a la Marina, por su prestigio fue destinado en numerosas ocasiones a petición de sus jefes; también fue un líder que se hacía respetar y aun querer por sus subordinados y contribuyó a formar un sinnúmero de magníficos oficiales como Escaño, Salcedo, Espinosa, Álava, Churruca, Gravina, Hidalgo de Cisneros ...y tantos otros que tuvieron la suerte de estar a sus órdenes. Sin embargo fue un general incómodo para sus superiores políticos, especialmente para Varela y Godoy, pues no supo y no quiso mirar para otro lado, cuando ejerciendo el mando de escuadras, comprobaba que no se atendían debidamente las necesidades mínimas de los buques, y que de forma respetuosa, firme e insistente, exponía al ministro informando de la verdadera situación en que se encontraba la flota, solicitando al tiempo su remedio. También brilló *por su ausencia* en dos acontecimientos que conmocionaron a la Marina y marcaron el rumbo de España; el primero de ellos fue el combate de San Vicente y el segundo, la batalla de Trafalgar, en ambas ocasiones se echó en falta la presencia de Mazarredo. Esos mismos historiadores sostienen que, si la Armada no hubiera prescindido de este general en esos momentos, otros habrían sido los resultados.

La época

Al repasar la trayectoria del general Mazarredo durante más de cincuenta años, es obligado señalar la gran dureza de la época en que vivió y más si la comparamos con la actual en la que España no participa en una guerra desde hace más de setenta años, vaya por tanto mi reconocimiento.

El general Mazarredo ingresa en la Armada en el año 1759, en que sienta plaza en la Academia de GGMM, pocos meses antes del fallecimiento del rey Fernando VI, está embarcado en la flota del marqués de la Victoria, que traslada a Carlos III desde Nápoles a Barcelona, y muere en 1812, en plena guerra de Independencia.



El tiempo de Mazarredo, que se corresponde con los reinados de Carlos III y Carlos IV, se caracteriza por ser un período de guerra casi permanente, salpicado por algunos intervalos de paz, teniendo como aliada a Francia y como gran enemiga a Inglaterra y que tiene por escenario principal la mar.

Efectivamente, las guerras y conflictos que España sostiene en esta segunda mitad del XVIII son innumerables; tras la firma del tercer pacto de familia, España entra en la guerra de los Siete Años entre Francia e Inglaterra (1756-1763), se produce la ocupación de las Malvinas por los franceses, su desalojo por vía diplomática, posterior ocupación inglesa, seguida de desalojo por la fuerza y final-

mente su entrega por parte española (1771), la disputa sostenida con Portugal por la demarcación de límites y por la colonia del Sacramento en el Uruguay (1777), la intervención en la guerra de Independencia americana desde 1779 a 1783, con las campañas de la flota en el Canal, el sitio de Gibraltar, la recuperación de la Florida y de Menorca, el incidente de Nutka con Inglaterra (1790) que está a punto de estallar en nueva guerra, las guerras de la Revolución con Francia, esta vez aliados con Inglaterra, la guerra con Inglaterra de 1796 en la que tiene lugar el combate de San Vicente, nueva guerra con Inglaterra que se inicia tras el ataque sufrido en plena paz por las fragatas de Bustamante, en la que tiene lugar el combate de Trafalgar y finalmente la guerra de Independencia española.

Además España sostiene una continuada lucha contra la piratería berberisca, que entorpece el comercio y amenaza incluso a la población del litoral mediterráneo, el frustrado desembarco de Argel de 1775, los bombardeos de 1783 y 1784 y la posterior firma de la paz de 1785 con el Dey.

La situación económica

España todavía mantenía un gran imperio colonial con dominios en toda América, tanto del Norte como del Sur; en la costa del Atlántico, la Florida, toda la costa del seno mejicano, Cuba, las Antillas, las islas de sotavento y de barlovento, las costas de Venezuela y en el Atlántico Sur, la colonia del Sacramento y el Río de la Plata. En el Pacífico, las costas de Chile, Perú, Centroa-

mérica y la costa de California y ampliando todavía más los dominios hacia el Norte, hasta la isla de Nutka. Y en el Pacífico o *lago español*, el archipiélago de las Filipinas. Todos estos dominios ejercían una poderosa atracción en Inglaterra, gran rival de España, una nación emergente que ansiaba hacerse con el comercio mundial.

La España peninsular era un país con escasos recursos naturales, de unos 10 millones de habitantes, con una economía agraria de subsistencia y con unas aportaciones procedentes de sus colonias en forma de plata y oro, que aunque recurrentes, había muchos años en los que no llegaban a la península debido a las guerras, precisamente en los años en que más falta hacían. Francia era una gran potencia económica, con una población de unos 26 millones de habitantes y una gran riqueza agraria; Inglaterra con una población similar a la española, era una nación pujante debido a su gran comercio, propiciado por la libertad de establecimiento de que gozaba y por el empuje y vitalidad de una sociedad dinámica, que ya había iniciado el despegue de la revolución industrial.

Juan Alsina en su obra, galardonada con el Premio «Virgen del Carmen», *Una guerra romántica 1778-1783*, hace un interesante estudio de la situación económica de los tres países contendientes, Inglaterra, Francia y España, correspondiente al período de la guerra de independencia americana, y compara los gastos totales y los gastos dedicados a las armadas, anualizados:

| | Población | Gastos totales año | Gastos navales año | Relación | Navíos |
|------------|-----------|--------------------|--------------------|----------|---------|
| Inglaterra | 10 Mill. | 2.450m. rr.vn | 570m. rr.vn | 3 | 122/163 |
| Francia | 26 Mill. | 3.200m. rr.vn | 266m. rr.vn | 1,5 | 63/76 |
| España | 10 Mill. | 875m. rr.vn | 187m. rr.vn | 1 | 65/67 |

Cuadro resumen de población, gastos, navíos 1779/1783

Como se ve en la tabla, Inglaterra con un gasto naval que superaba al de Francia y España juntas, al inicio de la contienda igualaba en navíos a las dos armadas borbónicas y al finalizar la guerra, las superaba practicando de hecho la política del *Two Power Standard*, que sería formulada un siglo más tarde.

Este enorme esfuerzo bélico supone un tremendo desgaste económico; desde el punto de vista de la demografía hay que considerar la magnitud de los ejércitos y escuadras que se forman de unos 20.000 hombres en una población de apenas 10 millones de almas. Las guerras afectaban en gran medida a la nación, pues los frecuentes bloqueos de los puertos peninsulares interrumpían tanto la llegada normal de caudales de América como el comercio atlántico con las colonias, sin embargo eran percibidas por la población como algo lejano y el país en general continuaba su ritmo normal de vida.

Su carrera naval

Hacer una relación de los destinos de Mazarredo dentro de los límites de esta conferencia no es posible, en los más de cuarenta años de servicio de José Mazarredo en la Armada cabe distinguir unas etapas bien marcadas, una *primera* como guardiamarina y oficial moderno en la que embarca por períodos breves en numerosos buques con misiones *al corso* como figura en su Hoja de Servicios, continúa con dos expediciones más largas, una a Filipinas y otra de carácter científico por el Atlántico Sur y finaliza con el destino de oficial ayudante de Mayoría (Estado Mayor) en la expedición a Argel de 1775; una *segunda* que se inicia con sus ascensos a capitán de fragata y de navío en el mismo año de 1776, su nombramiento de capitán de la Compañía de Guardiamarinas de Cartagena de nueva creación, y el mando de los buques destinados para su adiestramiento y termina con su nombramiento de mayor general de la división de Gastón primero y de la escuadra del Mar Océano después, que mandaba don Luis de Córdova, con las que participa en la guerra de la Independencia americana desde 1779 a 1783; una *tercera*, ascendido ya a jefe de escuadra, que se inicia con el mando de una división de dos navíos y dos fragatas para el estudio de los sistemas de construcción inglés y francés, la misión de obtener un tratado de paz con Argel en 1785 y la redacción de unas nuevas Ordenanzas para la Armada que finaliza en 1793 y una *cuarta*, ya ascendido a teniente general en la que llega al apogeo de su carrera en unos años de profunda crisis y llenos de dificultades: ceses de Valdés, Floridablanca, nombramiento de Godoy, en la que obtiene el mando de la Escuadra del Mediterráneo, su destierro a Ferrol y posterior nombramiento de comandante general de la Armada del Océano, con la que organiza la defensa de Cádiz, sus difíciles relaciones con el ministro de Marina Varela y aun con el secretario de Estado Godoy, el posterior traslado de la flota a Brest en 1799, sus tensas relaciones con Napoleón en París, su relevo del mando por Gravina y su vuelta a Cádiz en 1801 como capitán general del Departamento, hasta su destitución y permiso para su tierra natal.

La estrategia

La estrategia se diseñaba entonces en la Secretaría de Estado y en la Secretaría de Marina, las instrucciones y órdenes del Rey se cursaban al director general de la Armada quién las hacía llegar a los capitanes generales, comandantes de escuadra o de buques sueltos.

Según la definición clásica, estrategia es *el arte y la ciencia del empleo adecuado de la fuerza militar para alcanzar los objetivos señalados por la Política*, y los objetivos por excelencia de la política exterior española, mantenidos a lo largo de todo el siglo XVIII fueron:

- la recuperación de las dos pérdidas que España tuvo que aceptar en el Tratado de Utrecht: Gibraltar y Menorca;

- garantizar la integridad del territorio nacional tanto peninsular como americano;
- expulsar a los ingleses de los asentamientos de América Central;
- la protección del tráfico comercial atlántico y mediterráneo.

Como hemos visto, España por sí sola no tenía fuerza naval suficiente para presentar batalla decisiva a la armada inglesa, por lo que no tenía más remedio que adoptar una estrategia defensiva. Defender todos y cada uno de los dominios españoles a lo ancho del mundo era tarea sencillamente imposible. Utilizando un término periodístico, la gran *asignatura pendiente* de la estrategia española fue combatir a la flota inglesa en sus propias aguas, ya el marqués de la Ensenada decía *las Indias se defienden en el canal de la Mancha*; de la misma forma, para los ingleses las fronteras de Inglaterra estaban en los puertos enemigos, es decir, consideraban que donde mejor se combatía a las escuadras enemigas era en sus propios puertos, y llevaron esta estrategia a la práctica bloqueando o ejerciendo vigilancia sobre los puertos enemigos, casi permanentemente.

Podemos decir que Mazarredo no desempeñó destinos de nivel estratégico, aunque sí tuvo una participación relevante como comandante general de la Armada del Océano durante su permanencia en Brest, y nada menos que frente a Napoleón Mazarredo pasó a París con plenos poderes del Rey para concertar con el Directorio las futuras operaciones navales aliadas, los objetivos de ambas naciones eran diferentes, el español era la toma de Menorca y de Gibraltar y los planes de Napoleón eran emplear a la escuadra española en los sucesivos planes de invasión de Irlanda, en expediciones de socorro a Malta y al ejército de Egipto, la utilización de tropas, pertrechos y víveres en las operaciones militares que se ofreciesen en Bretaña, y en fin cualquier plan u operación que, en todo caso, mantuviera a la escuadra española encerrada en puerto y no regresara a Cádiz como era el deseo de Mazarredo.

La táctica

Durante sus años de embarque había elaborado unos apuntes de táctica que con el título de *Rudimentos de Táctica Naval* presentó al Rey a principios de 1776, quién mandó imprimirlos para instrucción de los oficiales jóvenes. En su Introducción, Mazarredo define la Táctica como *el arte de la posición, defensa y ataque de dos o más navíos que forman cuerpo de Armada* y reflexiona sobre la necesidad de su conocimiento y de su práctica, señalando que no podrá ser completo el oficial subalterno cuya inteligencia se limite a ser artillero hábil, cabal piloto o buen maniobrista, sin inteligencia de la Táctica; porque así como no cabe acierto en ésta sin saber maniobrar con extrema finura, del mismo modo en toda evolución de escuadra, en combate o fuera de él, aprovechará poco saber dar al navío todos los movimientos de que es capaz y enseña la maniobra, si se ignora el que corresponda a las circunstancias, el tiempo y el modo de ejecutar la evolución. Hace hincapié en la necesidad de

la práctica por cuanto *no se arman escuadras sin un grave motivo y ocasión tan próxima de operar, que rara vez habrá tiempo para proporcionar semejante instrucción; si tal es la desgracia de un general, que deba empezarla desde los rudimentos... es evidente ser forzosa la obligación de anticipar su estudio.*

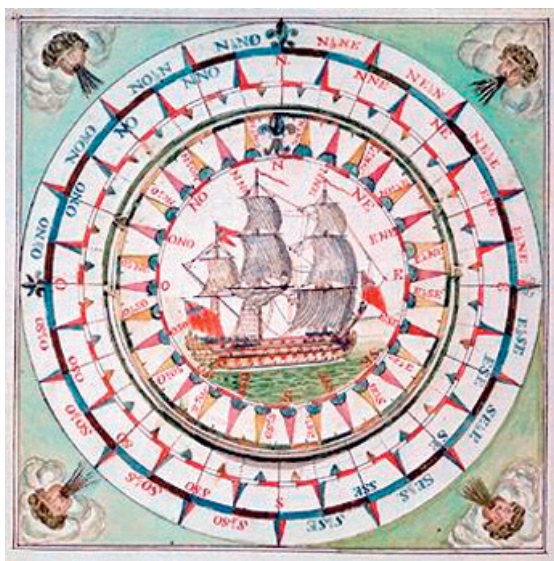
En relación al adiestramiento escribía Mazarredo que su proposición siempre había sido que en una escuadra grande no se podía aprender, sino que era menester llevar sabido lo que se había de ejecutar, en una escuadra grande desde que se nota un yerro hasta que pueda corregirse, se pasa una semana y se observan otros cien. Para ello escuadrillas de bergantines, maniobras continuas, conferencias cada tres días, correcciones oportunas, que es la verdadera escuela.

Finaliza esta Introducción lamentando que no se hubiese publicado en España ningún tratado de Táctica y aunque no se consideraba con méritos bastantes para la tarea, sí lo hacía para dejar a la Compañía de GGMM alguna muestra de su reconocimiento.

En este manual que está basado en la lectura de las obras de Paul Hoste, del marqués de la Victoria y en la experiencia en sus destinos de Mayoría en las escuadras, se definen los órdenes de marcha, de batalla, las descubiertas, la división de la escuadra en Vanguardia, Centro y Retaguardia, Reserva, el empleo de fragatas, brulotes, bombardas, etc...

El momento del avistamiento de las flotas enemigas marca la separación en el tiempo de las acciones estratégicas de las tácticas, o por expresarlo de una manera más gráfica, el *ruido del cañón* separa la Estrategia de la Táctica.

Otros autores marcan este momento en la salida de la flota de puerto para cumplimentar una misión iniciando la maniobra evolutiva que tras el avistamiento se convierte en maniobra de combate. Hoy en día, debido a los medios de detección y de comunicaciones, todo esto también ha cambiado, si recordamos, en 1982 en la guerra de Las Malvinas, el submarino nuclear inglés *Conqueror* tuvo al vetusto crucero argentino *General Belgrano* en su periscopio durante varios días y la decisión de hacer fuego, típica acción de nivel táctico, se tomó a nivel, no ya estratégi-



Rosa de los vientos.

co sino político. Una vez se producía el avistamiento del enemigo, anunciado a toda la flota por los buques de la descubierta, se ordenaba el paso de la formación del *orden de marcha* al *orden de combate*, dando comienzo los movimientos tácticos que el general tuviera previstos y ordenase con las señas convenidas.



Golfo de Cádiz. Rubos no navegados con SW.

La rosa de los vientos utilizada en navegación es un círculo dividido en 32 partes iguales o cuartas, fijado a la aguja magnética y señala el rumbo al que navega el buque, los rumbos se denominan, cardinales, cuadrantales, octantales, por cuartas. Un buque de vela de la época no podía navegar a menos de 6 cuartas del viento, los más veleros. En esta composición podemos ver un barco en el golfo de Cádiz con viento del SW y en peligro porque tiene tierra cerca y a sotavento; están dibujados los rumbos navegables. Esta circunstancia se repitió en diferentes costas y con flotas numerosas, lo que complica notablemente el problema, adoptando las medidas oportunas basadas en una buena situación observada o de estima.

Desde mediados del siglo anterior, las escuadras en combate adoptaban las formaciones lineales como máxima expresión de la capacidad ofensiva y defensiva de los buques, la *línea de fila* ofrecía además a los generales el mejor sistema de *mando y control* de las acciones de cada buque y de sus comandantes. La *línea* debía ser lo mas compacta o cerrada posible y compatible con la seguridad de la navegación, lo que exigía un buen adiestramiento,

una separación entre buques de unos 200/300 metros era adecuada; en grandes formaciones de navíos la *línea* se alargaba y se podían producir grandes huecos o separaciones entre buques que podían ser aprovechados por el enemigo para introducirse por ellos y *cortar o doblar la línea*, pudiendo hacer un tiro de enfilada primero al pasar por la popa, y luego batirlo por la banda contraria. Esta maniobra sometía al buque doblado al fuego por ambas bandas y le obligaba a repartir sus fuegos perdiendo efectividad.

El alcance eficaz de los cañones era de unos 600 metros, se usaba mucha metralla para barrer las cubiertas. En un informe de Mazarredo a D. Antonio de Arce decía que nunca había decisión de los combates sino combatiendo de cerca y en este caso el mayor alcance de los cañones, no solo no era necesario, sino más bien inútil y aun perjudicial, por el gasto de balas para un simple agujero que pasase un costado y se clavase o atravesase el otro, lo que importaba era arrojar mucha metralla o balas que no llegasen a perforar completamente y produjesen astillas que destruyesen el aparejo (palanquetas, balas encadenadas..), y que en general era la causa de las mayores *ruinas en la gente*. Por experiencia se sabía que por cada muerto o herido de bala gruesa había 20 de astillazos y metralla. Para provocar incendios se utilizaban la *bala roja* y la bala incendiaria, Mazarredo recomendaba que por *humanidad* no se usasen *si antes no lo efectuaban los enemigos*.

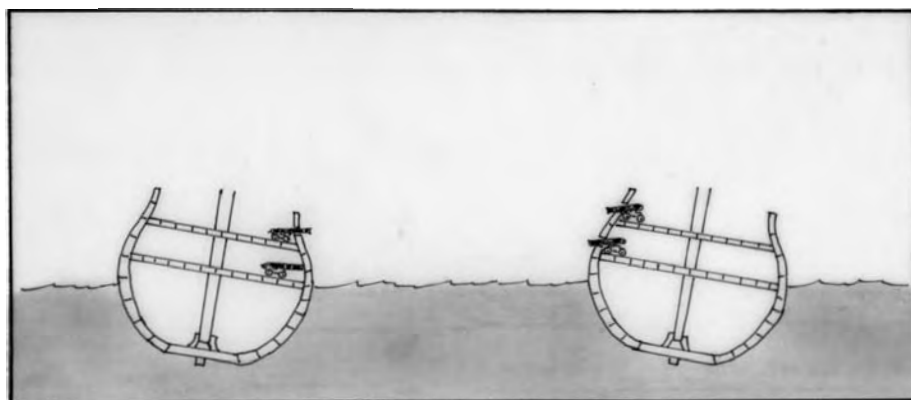
Para la transmisión de los órdenes se utilizaban las banderas de señales, empleadas con un código basado en una tabla de doble entrada de 20 x 20 con las órdenes y circunstancias más frecuentes. Tener la iniciativa en el combate reducía en gran medida la necesidad de emitir órdenes, mientras que si no se tenía, primero era preciso interpretar el movimiento enemigo, y luego ordenar la maniobra adecuada, ya después de haberse iniciado el combate.



Ventajas del barlovento :

- la iniciativa, permite decidir el comienzo de la acción;
- facilidad para doblar al enemigo y atravesar su línea;
- facilidad para operar con brulotes;
- menor riesgo de incendio;
- menor incidencia de humos.

Inconvenientes del barlovento:



BARLOVENTO - SOTAVENTO.

- no poder usar la batería baja, según la mar;
- ritmo de fuego mas bajo por tener que elevar la puntería,
- dificultad para formar el orden de retirada.

Para Mazarredo la bondad de los navíos se basaba en cuatro características principales: *primera*, regular buena vela (velocidad) excluyéndose de la *línea* aquel cuya pesadez sea manifiesta causa del retardo de los movimientos de ella: *segunda*, uniforme buen aguante a la vela, con poca escora: *tercera*, descanso en cabezadas y balances (estabilidad de plataforma), para menor demora e incertidumbre de punterías y tiros: y *cuarta*, buena fortificación para resistir las descargas del fuego enemigo. Estas características de los navíos son la base de la fuerza de una escuadra pero el grado de respeto que cause al enemigo, depende «absolutamente del buen adiestramiento». Añade que la fuerza crecerá cuanto mas cerrada fuese la distancia entre los buques de la *línea*, porque así se le opone mayor fuego y se disminuyen las posibilidades de ser doblado.

La Organización

En 1785 finalizado el mando del navío *San Ildefonso* pasó destinado a Madrid para la elaboración de unas nuevas ordenanzas para la Armada, en las

Modelo de los informes con arreglo a los signos establecidos.

Informe general de las circunstancias de mérito de todos los oficiales de la Real Armada, desde Brigadieres inclusive abaxo, segun consta en la Direccion General de mi cargo por los papeles de ella y demas medios de ordenanza.

| | | Pirataje | cauacion | táctica | estrategia | jurisprudencia | ordenanza | lenguas | ciencia | valor | talento | zele | conducta | ave. en mar. | de guerra |
|-----------------------------|------------------------|----------|----------|---------|------------|----------------|-----------|---------|---------|-------|---------|------|----------|--------------|-----------|
| | | A | B | C | D | E | F | G | H | I | J | K | L | M | N |
| <u>Brigadieres</u> | | | | | | | | | | | | | | | |
| L | D. Juan Perez | b | a | a | a | a | a | c | g | 1 | a | a | a | a | a |
| C | D. Simon Rodriguez (1) | b | n | c | c | 1 | 1 | c | - | a | c | f | c | b | b |
| F | D. Juan Almodovar | c | m | b | a | b | b | b | b | 1 | a | b | b | b | c |
| <u>Capitane de c. navio</u> | | | | | | | | | | | | | | | |
| b. V | D. Santiago Perez (2) | c | c | c | a | e | c | a | g | f | a | a | a | a | a |
| c. C. | D. Luis Dieguez | b | b | c | b | b | h | b | b | - | a | b | b | b | c |
| c. F. | D. Ambrosio Antolinez | d | n | d | c | c | k | c | - | - | c | c | f | c | b. b. |
| <u>Capitane ex fragata</u> | | | | | | | | | | | | | | | |
| g. b. D. | D. Agustin Fernandez | c | b | c | c | c | 1 | d. | - | - | b | c | g | c | - b |
| F. | D. Roman Palomiro | m | m | a | a | a | a | a | g | b | a | a | a | a | a |
| c. L. | D. Roque Cicelendez | b | b | c | b | b | b | c | c | - | a | b | b | b | - |
| <u>Ten. ex c. navio</u> | | | | | | | | | | | | | | | |
| L. | D. Hilario Sanzon (3) | d | n | d | c | c | c | c | - | - | b | c | g | h | - f |
| F. | D. Demasdo Berza | c | a | f | a | a | a | a | f | b | c | a | c | a | - c. |
| <u>Ten. ex fragata</u> | | | | | | | | | | | | | | | |
| g. e. C. | D. Sebastian Sanchez | g | h | b | h | h | h | b | b | 1 | a | a | f | d | c. d. |
| F. | D. Anselmo Narvaez | c | c | d | d | d | d | d | - | - | d | c | f | b | - c |
| <u>Alfer. ex c. navio</u> | | | | | | | | | | | | | | | |
| d. L. | D. Balcarar Marimon | b | b | c | b | b | b | b | b | a | a | b | d | b | - |
| F. | D. Thomas Perez | g | c | d | c | c | c | c | g | c | i | f | a | c | b |
| <u>Alfer. ex fragata</u> | | | | | | | | | | | | | | | |
| C. | D. Diego Agüero | g | c | b | b | b | b | b | c | - | f | b | d | b | - |
| F. | D. Ramon Lomada | f | f | f | b | b | f | b | - | - | f | b | c | c | - |

Golfo de Cádiz. Rubos no navegados con SW.

que debía recopilar las ordenanzas ya existentes, completarlas con las numerosas órdenes, cédulas y disposiciones que se habían promulgado desde entonces y ampliarlas en todo lo referente al régimen y gobierno interior de los navíos y escuadras.

A juicio de Mazarredo los dos defectos principales de la organización de la Marina eran primero, la separación de las funciones del Cuerpo General y del Cuerpo de Ministerio; los aprestos y armamentos para las operaciones de mayor importancia, único fin de la Marina, se debieran fiar a aquellos mismos

que el estado elige para su dirección y desempeño con riesgo de sus créditos, fortunas y vidas, y se confían sin embargo, a quienes comunmente no han de tener parte ni responsabilidad en ellas. El segundo capital defecto, es que todo el sistema se funda en una notable desunión que el primero establece y autoriza entre dos cuerpos diversísimos (sic)...los cuales sin embargo deben concurrir unidos y acordes a casi todas las operaciones de Marina.

El resultado fue las Ordenanzas Generales de la Armada Naval sobre «la gobernación militar y marinera de la Armada en general y uso de sus fuerzas en la mar», publicadas en dos tomos en 1793. Las ordenanzas compuestas de 6 tratados, subdivididos en 32 títulos y 2.829 artículos, constituyen una relación completa y detallada de las funciones, deberes y obligaciones de todas las autoridades, cargos y empleos de la Marina, desde el almirante general, director general, capitanes generales, comandantes de buques, mayores generales, pilotos, cirujanos, carpinteros, la marinería, policía de puertos, cuenta y razón, sueldos, gratificaciones y un largo, etc. Decía Mazarredo que no entendidas, las Ordenanzas son inútiles y además cada uno tiene en ella mil asideros para interpretarlas a su antojo, y son tanto más útiles cuanto menor es el conocimiento del individuo.

Con estas ordenanzas quedaba definitivamente resuelto el problema de competencias mantenido durante toda la Ilustración entre la *pluma* y *el cañón*, ya resuelto en parte por la creación del cuerpo de ingenieros de 1770, la ordenanza de pertrechos de 1772, las ordenanzas de arsenales de 1776 y la creación de las juntas de Departamento presididas por el Capitán general.

Estas ordenanzas como las precedentes de 1748 del marqués de la Ensenada y las de 1717 de Patiño son de «carácter orgánico y administrativo» y no se habla o se habla poco del fin último de un navío o de la Armada que no es otro que el combate, nada que ver con las del almirante Cabrera que decía «...un capitán de galera aragonesa atacará a dos enemigas, dos a tres y tres a cinco», o con los *Articles of war* y *Fightings Instructions* ingleses. No obstante no debe achacarse a esta laguna normativa conducta que pudiera parecer impropia, pues a mi juicio, en general son las costumbres las que hacen las leyes y las ordenanzas y no al revés.

Entre sus muchos informes y propuestas sobre organización me ha llamado la atención uno sobre su propuesta al ministro Valdés de un modelo de informes personales, que podemos ver en la pantalla, y que será familiar a todos los oficiales de la Armada por su parecido con los que se rinden en la actualidad.

Veamos ahora algunas actuaciones destacadas de Mazarredo, ya como general, en sus destinos como jefe de estado mayor en escuadras o como Comandante de flotas o Capitán general de Departamento, en las que se pone de manifiesto sus conocimientos en estas disciplinas.

Jornada de Argel de 1775

Siendo teniente de navío participó en la expedición del conde de O'Reilly a Argel. La expedición que partió de Cartagena el 23 de junio estaba formada

por la fuerza de desembarco de 18.000 hombres, y la Fuerza Naval de 7 navíos, 40 buques de guerra, fragatas, jabeques, galeotas, etc., y un convoy de más de 300 mercantes, al mando del teniente general González de Castejón, como primer ayudante de mayoría fue nombrado el teniente de navío Mazarredo, sin duda por su prestigio y por las sobresalientes cualidades de organizador. Su cometido fue la revisión de las órdenes e instrucciones para el desembarco y fue encargado personalmente por O'Reilly de la distribución de lanchas y preparación del plan general, coordinó todos los detalles, desde la forma de navegación con tan importante convoy hasta la asignación de fondeaderos frente a la playa, con arreglo al reparto de tropas en tierra dispuesto por el general.

El día 1 de julio la flota fondeó en la bahía de Argel, fuera del alcance de los cañones de tierra y el día 8 se realizó el desembarco en dos olas, en la primera se pusieron en la playa sin grandes dificultades unos 8.000 hombres, pero en la segunda los resultados no fueron los mismos y el desembarco se produjo con desorden, pues a su llegada a la playa, la primera ola se había quedado frenada y no dejaba sitio suficiente para la segunda, mezclándose las compañías y los regimientos. Tras una jornada, viendo la difícil situación en tierra, con las tropas sufriendo el constante bombardeo de los argelinos y con pocas posibilidades de éxito, el conde de O'Reilly ordenó el reembarco, que se hizo por la noche y también con notable desorden. Al amanecer del día siguiente, la flota con toda la tropa ya reembarcada, levó anclas dirigiéndose a Alicante y otros puertos españoles. El fracaso se había consumado dando origen a numerosas críticas y protestas, especialmente después de que O'Reilly descargara su responsabilidad y atribuyera el *mal suceso de la expedición al impremeditado ardor de los soldados...* La cuota de crítica que correspondería a la Marina quedó atenuada en parte debido, a los elogios por la eficacia con que se hizo el armamento, al reconocimiento dedicado al *vivo fuego de los jabeques* de Barceló durante el desembarco y a la eficacia de los servicios de comunicaciones para transmitir las órdenes y disposiciones del general, en donde intervino con gran eficacia el teniente de navío Mazarredo.

Campañas durante la guerra de Independencia de los Estados Unidos

Tras el levantamiento de las 13 colonias americanas contra la metrópoli Inglaterra iniciada en 1776 y apoyada por Francia a partir de 1778. El conde de Aranda, entonces embajador en París, expuso al ministro de Estado Floridablanca un plan de intervención en la guerra, cuyo objetivo último era la recuperación de Gibraltar y de Menorca y la expulsión de los ingleses del seno mejicano, Florida, Campeche, Honduras. Para ello rescata la vieja idea de invasión de Inglaterra, en este caso la fuerza a desembarcar sería francesa y estaría apoyada por las escuadras francesa y española; una vez consumada la operación, en las negociaciones posteriores España podría obtener ambos territorios «con los cañones de las plumas». Floridablanca por el contrario veía que unos Estados Unidos fuertes y próximos a las colonias hispanoameri-



Golfo de Cádiz. Rubos no navegados con SW.

canas suponían un gran riesgo que podía tener una peligrosa imitación. En el mes de abril de 1779 se firma con Francia la convención de Aranjuez y al saberse que Inglaterra tenía planes de invasión de las Filipinas y Nicaragua, España declara la guerra a Inglaterra el día 22 de junio de 1779 y entra de lleno en la guerra de Independencia americana.

En esta guerra Mazarredo participa en las operaciones que lleva a cabo la Armada del mar Océano en el canal de la Mancha, Atlántico occidental y en aguas del estrecho apoyando el bloqueo de Gibraltar. Durante la primera campaña del Canal de 1779 está destinado (*figura 8*) como mayor general en la división de Gastón integrada en la escuadra de Luis de Córdoba

Para apoyar la invasión de Inglaterra debían unirse las armadas francesa y española y obtener la superioridad en el Canal, al menos durante 5 semanas, tiempo previsto de la operación; para ello el 3 de junio D'Orvilliers salió de Brest con 28 navíos y el 23 de junio, un día después de la declaración de guerra, Córdoba partía de Cádiz con 32 navíos, en demanda de las Sisargas, punto de *rendez-vous* acordado con los franceses. Los ingleses tenían al *Western Squadron* de Hardy de 27 navíos destacado al SW de las Sorlingas (Scilly). Una vez reunidas las flotas aliadas y comunicados los planes del almirante francés: idea general del combate, instrucciones para evitar las separaciones, para lograr la reunión, señales de reconocimiento entre buques, para las maniobras generales y de caza, forma en que se había de atacar a la escuadra enemiga, etc., y los códigos de señales correspondientes, a primeros de agosto la imponente escuadra combinada de 66 navíos se adentraba en el

Canal, avistando la costa inglesa el día 14 de agosto y adoptando el orden de combate. En el crucero se apresaron algunos buques menores ingleses pero no se divisó a la escuadra de Hardy. Un fuerte temporal del NW arrastró al S a la flota combinada, permitiendo a Hardy volver a penetrar en el Canal. Se produce entonces un brote de fiebres y de escorbuto que empezaba a afectar seriamente a las dotaciones francesas y en menor medida a las españolas, quizá debido a que en los barcos españoles se acostumbraba a orear las cubiertas y aregarlas con vinagre, aunque también hay que tener en cuenta que los franceses llevaban en la mar 20 días más que los españoles. En la junta de generales convocada al efecto D'Orvilliers decidió volver al Canal para enfrentarse a la flota inglesa y luego apoyar al desembarco, en contra de la opinión de Córdova, partidario del desembarco inmediato. El día 31 de agosto la flota combinada entraba de nuevo en el Canal y avistaba a la flota de Hardy, que se retiraba prudentemente. Se le dio caza durante más de 24 horas, llegando a romper el fuego contra sus navíos de retaguardia, pero ante la imposibilidad de alcanzarla y divisarse a poniente las velas de lo que parecía ser un gran convoy, la combinada cesó la persecución y cayó sobre él, resultando ser holandés y por tanto neutral. La flota inglesa se refugió en Spithead mientras que la flota aliada se mantuvo cruzando ante la base inglesa, hasta que el recrudecimiento de las fiebres y del escorbuto, con más de 12.000 bajas francesas y 3.000 españolas a bordo hizo del todo insostenible la prolongación de las operaciones por más tiempo, obligando a la flota combinada a dirigirse a Brest. Pocos días después unos 400 buques mercantes ingleses procedentes de América y de la India entraban en puerto sin dificultad. Se había perdido una magnífica ocasión de asestar un golpe importante a la flota y al comercio ingleses, pues en ese año el dominio del mar pertenecía a la escuadra combinada. El 30 de octubre en junta de generales, Duchafault, que había relevado a D'Orvilliers por renuncia, decidió, que en el estado en que se encontraban las dotaciones y por lo avanzado de la estación, dar por terminada la campaña por aquel año.

Desde el 15 de abril del año 1780 Mazarredo era mayor general de la Armada del Océano que mandaba Córdova. La escuadra compuesta por 31 navíos, 22 españoles y 9 franceses, salió de Cádiz el 31 de julio, para cruzar sobre las costas de Portugal hasta la altura de Lisboa. El almirante del *Western Squadron* Geary había establecido su crucero en el golfo de Vizcaya, las noticias que se habían publicado en las gacetas, eran que el almirante inglés destacaría fragatas en observación de la nuestra, para venir a batirla en cuanto supiese de su salida. Las fuerzas que Inglaterra tenía entonces en Europa eran de 34 navíos y aunque se aseguraba que Geary había hecho su salida con solo 22, se suponía que se había ido reforzando y que nunca se resolvería a bajar hacia nuestras latitudes sin contar al menos con unos 30. El día 8 de agosto la escuadra combinada navegaba con vientos del Norte de vuelta del Oeste hasta acercarse a 1 grado del meridiano de las islas de Madeira. En este punto Mazarredo propuso no ser conveniente pasar mas al Oeste, porque ya no habría encuentro de buque alguno enemigo que navegase para América o la



Campana de 1780, captura de un gran convoy inglés.

India, siendo necesario para esto navegar entre 1 y 3 grados al E de dicha isla. El general Córdova aprobó la propuesta y ordenó virar y navegar vuelta del Este. Se llevaban siempre cazadores en largas descubiertas, estaba la escuadra ligera a barlovento y se divisaba un amplio horizonte, al anochecer parece que el navío *Miño* de la escuadra ligera hizo la señal de «tres velas a barlovento», pero no se volvieron a repetir ni se acercó a dar cuenta de semejante novedad. A la una de la noche advirtieron una señal de cañonazos por la aleta de barlovento sin poder distinguir su significado y a la 1 $\frac{1}{4}$ se repitió la señal y se pudo percibir que significaba «vista de embarcaciones que no pertenecían a la escuadra». No podía dudarse de que era algún objeto de consideración, pues por 1, 2 ni 3 velas, la fragata o navío que hizo la señal alborotaría la escuadra de esa manera. Se oían al mismo tiempo cañonazos en número y orden que no formaban señal de las nuestras. La opinión generalizada era que podría ser el almirante Geary y que no convenía entrar en empeño a oscuras, sin conocimiento de sus fuerzas y con la notable desventaja en el andar de los nuestros. Mazarredo manifestó al general su concepto de que el almirante Geary no podía bajar a estas latitudes sino con el preciso objeto de buscar nuestra escuadra, que en este caso no podía suponérsela en aquel paraje, a 100 leguas del cabo de San Vicente, que en consecuencia de ningún modo creía allí al almirante inglés y que aunque lo fuera, si los enemigos eran superiores, era ya inevitable el combate; por el contrario creía que siendo velas enemigas, pocas o muchas, se dirigían a la isla de Madeira, que según la duración de 63 segundos entre los fogonazos y el ruido de los cañonazos, los buques debían estar a unas 4 leguas (1 legua = 2,7 millas = 5 kms) y que si siguiéramos de la misma

bordada del Este, amanecerían lejos por nuestra popa, siendo imposible darles alcance, que virando y tomando el bordo de poniente, con el poco viento del NNE que hacía, con que anduviésemos un par de leguas hasta el día y dos o tres que las tales velas hiciesen en su derrota amaneceríamos precisamente a la vista, por lo cual era necesario virar sin pérdida de tiempo. El general accedió a lo propuesto y se efectuó la virada inmediatamente. Al amanecer apareció el convoy inglés mezclado con la escuadra, se apresaron 55 buques de los 63 que componían el convoy, escapando solo 8, el navío *Ramillies* y las 2 fragatas de guerra que le escoltaban, para cuyo andar no había cazadores en nuestra armada. Las 55 presas fueron conducidas a Cádiz, entre ellas había 6 fragatas armadas de la Compañía de las Indias, de las que 5 sirvieron en la Armada con los nombres de: *Santa Balbina* (34), *Real Jorge* (40), *Santa Bibiana* (34), *Santa Paula* (34) y *Colón* (30). Se capturaron, un cuerpo de tropas de 1.350 hombres que iban de refuerzo a Las Antillas, 80.000 fusiles, vestuario para 12 regimientos, pertrechos y repuestos para la flota de Rodney y lo más importante, un millón de libras esterlinas (90 millones de reales) en lingotes y oro acuñado, resultando una valoración total de unos 140 millones de reales, (un 20-25% del gasto total de la Marina en esta guerra y casi una anualidad del gasto naval). Tal resultado no se habría conseguido de prevalecer la opinión de la mayoría, y si la opinión contraria basada en el paraje o en otras circunstancias, apoyada por el crédito de Mazarredo, no hubiera prevalecido.

A finales de mayo de 1782 la flota de Córdova salió de Cádiz para su tercera campaña en el Canal. La noticia de la derrota de De Grasse ante Rodney en la batalla de los Santos del día 12 de abril y la infructuosa caza de la escuadra inglesa de Howe llevada a cabo por la escuadra combinada de Córdova el 12 de julio influyen en el ánimo de Mazarredo y le mueven a escribir una carta a un amigo en la que expone sus juicios y las consecuencias de esta derrota: indica que quedaban dominantes los enemigos en América, impracticable la expedición prevista a Jamaica y señalaba ¡cuán en tiempo enviaron los ingleses 12 navíos con Rodney a aquellos mares! y ¡con cuanta facilidad se encuentran superiores donde les conviene!, se pregunta ¿qué diremos ahora del concepto anti-marino de que los combates navales no deciden la suerte de las guerras? Seguía con un profundo análisis del estado en que se encontraban ambas armadas y emitía juicios sobre las disposiciones a adoptar. En su carta decía «Amargo día el 12 de julio en el que por la pesadez de la escuadra combinada perdió la insignia española la gloria de destruir 23 navíos enemigos y de forzarles a pedir de rodillas la paz ¿y esto es Marina?, lo sería en otra época, pero no en la presente. desde entonces nuestros enemigos que sobre todo, estudian la marina, no han cesado en mejorarla multiplicando los diques y toda clase de medios para que las escuadras se repongan de todo con una facilidad superior a la de las demás potencias y estén siempre como recién salidas de armamento y previendo muy desde el principio de esta guerra, que en lo material de las fuerzas no podían igualar a los enemigos aliados, se fijaron en el sistema de forrar con cobre todos sus navíos para tenerlos en el

discurso de uno, dos o tres años, tan limpios de fondos como el día en que se sale de dique, haciéndose cargo de que con navíos más veleros harían las expediciones más prontas; que en los combates de igualdad de fuerzas tendrían una incomparable ventaja; en la inferioridad podrían huir, y que cuando se hallasen superiores podrían hacer tajadas al enemigo; siendo también consecuencia el que previstas las expediciones con tiempo, no es difícil cargar las fuerzas a un punto para tener superioridad donde conviniese. De aquí inferimos para nosotros que hoy no son fuerza cincuenta navíos si en todo no igualan a otro tanto número de enemigos y que valdría más ceñirse a treinta y cinco y con el ahorro de los quince, dique y más dique, cuerpo crecido de maestranza, continuo reparo y constante lectura de lo mejor para poner cada cosa en punto de perfección humana posible. (error en la estima del resto de la flota.)».

Permanece en crucero hasta finales de agosto en que retorna a Cádiz y a Algeciras para apoyar el ataque a Gibraltar, que se preparaba con las baterías flotantes concebidas por D'Arçón, al mando de Buenaventura Moreno y las fuerzas de tierra al mando del duque de Crillon, recientes vencedores en Menorca. El día 12 de septiembre llegó la escuadra combinada a la bahía de Algeciras y el 13 comenzó el ataque con el posicionamiento de las 10 flotantes, aproximándose al muro bajo el fuego enemigo cuanto consintió el agua; la brisa favorable de la mañana, se trocó en fuerte viento del sur que impidió a la flota hacerse a la vela y realizar su cometido de cañoneo de la plaza. Las baterías aguantaron hasta primeras horas de la tarde en que como consecuencia de la concentración del fuego y los numerosos impactos de bala roja recibidos, comenzaron a arder, teniendo que retirarse y fracasando el intento de tomar Gibraltar.

A primeros de septiembre los ingleses enviaron un nuevo convoy de refuerzo a Gibraltar, la escuadra de Córdova estaba situada en la bahía de Algeciras, pero una borrasca atlántica la arroja al Mediterráneo y Howe logra abastecer a la plaza; en su retirada al Atlántico el 20 de octubre es perseguida por la flota combinada produciéndose un intercambio de cañonazos sin consecuencias a la altura de cabo Espartel,. En enero del siguiente año de 1783 se firmaban los preliminares de la paz que se estaba negociando en París.

Comandante general de la Escuadra del Mediterráneo

En enero de 1795 se le encargó el armamento y mando de una escuadra en Cádiz que debía unirse a la del Mediterráneo de Lángara, Mazarredo arboló su insignia en el navío *Purísima Concepción* y designó mayor general al ya general Escaño; su primera ocupación fue la implantación de las Ordenanzas Generales en la escuadra, recientemente aprobadas y publicadas.

En febrero Valdés le comunicaba que el Rey estaba al corriente de la situación de la escuadra y confiaba en que con el celo y su actividad quedasen los

buques listos para hacerse a la vela y Mazarredo respondía a vuelta de correo que contestar con la afirmativa meramente por su voluntad efficacísima de hacer el servicio del Rey como S.M. quiere, sería no decir nada, pues no siéndole dado vencer imposibles su oferta quedaría vacía. Debiendo por tanto ceñirse a meditar con anticipación y continuaba en estos términos: *Todo el ahogo del día esta en la falta de marinería y que aunque se reclutasen 2, 3, o 5.000 hombres, se necesitaría que al menos la mitad fuesen hombres de mar.* Proponía un conjunto de medidas que básicamente consistían en pagar por adelantado a todos los hombres de mar e indultar a los prófugos que se presentasen voluntariamente y hacía finalmente unas reflexiones interesantísimas, que venían si no a justificar, sí a comprender en cierto modo estas actitudes e insistía en la conveniencia de tener a la marinería bien pagada, que por su interés cito textualmente...*siendo un principio infalible el que ninguna vigilancia es bastante contra las artes de la necesidad y el que tampoco puede emplearse el sumo y último rigor contra los que en ella intentan sustraerse del servicio para mantener a sus pobres familias, mereciendo la mayor consideración que la paga del marinero en el real servicio es la más corta de marina alguna respetable... y hoy no alcanza para un bocado de pan .*

Ya como Comandante general de la escuadra del Mediterráneo Mazarredo elevó numerosas representaciones (informes) al ministro sobre el mal estado de la escuadra, en las que decía que la Armada era *solo una sombra de fuerza, muy por debajo de la que representaba y que se acabaría de desvanecer a la primera campaña.* Varela, recientemente nombrado ministro en sustitución de Valdés, juzgaba a Mazarredo como el único general a quién se podía confiar una escuadra, pero no atendía a las peticiones que insistentemente le hacía y se quejaba de que *escribía demasiado*; Mazarredo cansado de ver ignoradas sus demandas y no queriendo ser *el instrumento de los descalabros que preveía, por los ningunos recursos que el gobierno ponía a su disposición* el 9 de julio de 1796 solicitó a S.M. la exoneración del mando de la escuadra, que fue aceptada, dándole libertad para trasladarse al Departamento que eligiese debiendo comunicarlo para noticia de S.M. Mazarredo eligió Ferrol por analogía con el clima de su tierra natal y solicitó pasar por Madrid para levantar casa y familia, pero como al Rey se le había hecho ver que Mazarredo estaba demente, para que no se descubriera el engaño no se le autorizó. No hace falta ser un grafólogo experto para advertir en toda esta correspondencia el estado de ánimo de Mazarredo, pues sus cartas, autógrafas, están llenas de tachaduras, correcciones y la letra es peor que la habitual. De esta triste manera finaliza el mando de la escuadra del Mediterráneo, entregándolo a su relevo el teniente general conde Morales de los Ríos.

Comandante general de la Armada del Océano

Cumplíendose puntualmente las previsiones de Mazarredo, la derrota de la escuadra de Córdova el 14 de febrero de 1797 frente a la de Jervis en aguas del cabo de San Vicente produjo una fuerte conmoción en la Armada y el



Isla de Leon.

almirante D. José Córdova fue depuesto del mando, Cádiz quedaba a merced de la flota inglesa, dueña absoluta del mar. El gobierno nombró comandante general de la Armada del Océano a Mazarredo, ordenándole pasar a Cádiz inmediatamente, con plenos poderes para nombrar comandantes, oficiales y disponer de medios y de recursos a su voluntad, con orden expresa de defensa de la ciudad con cuantos buques pudiera alistar. Este es un ejemplo de orden en que quién la da, se entrega en manos de quien la recibe, para que «como sea», solucione un problema, reconociendo implícitamente su incapacidad para llenar las responsabilidades que le corresponden. A primeros de abril Mazarredo llega a la Isla de León y se encuentra con el panorama de la escuadra, recién derrotada, en un estado lamentable: falta de personal, mal alimentada, baja de moral, averías por doquier, falta de pertrechos. Comienza la enorme tarea nombrando a quienes iban a ser sus inmediatos colaboradores: Gravina su segundo, Escaño su mayor general, Churruca, Espinosa, etc., desplegando una actividad febril, ordena preparar camarotes para los comandantes ante las muchas horas de duro trabajo que tenían por delante, decide desarmar los navíos que se encuentran en peor estado y completar las dotaciones de los mejores, dotar a las lanchas de los navíos con un cañón organizando una flotilla de lanchas cañoneras que las agrupa en divisiones y las esta-

ciona en Sancti Petri, La Caleta, Rota y Puerta de Sevilla. Ordena carenar los buques útiles, incluso con el forrado de cobre de la obra viva. Refuerza la disciplina, organiza revistas frecuentes y establece un plan de adiestramiento artillero y marinero para los buques y lanchas. Organiza el sistema de vigilancia de la flota inglesa, que se encuentra bloqueando el puerto, desde la Torre del Vigía o de Recaño (hoy Torre Tavira, en recuerdo del que fue su operador Antonio Tavira, y que en la actualidad está abierta al público en Cádiz. Cámara oscura). En el mes de junio ya tenía operativos 24 navíos y otras 25 lanchas cañoneras.

Los días 3, 5 y por último el 10 de julio, el mismo Nelson dirigió los ataques con cañoneras y diversas embarcaciones apoyadas por navíos, pero fueron rechazados por la enérgica reacción de las cañoneras españolas mandadas por Gravina. En total participaron por parte española 167 embarcaciones, lo que da una idea de la actividad y efectividad que Mazarredo logró inculcar a todas las fuerzas en tan solo 4 meses. Después de estos fracasados intentos de tomar Cádiz los ingleses renunciaron a la toma de la ciudad aunque continuaron manteniendo el bloqueo. Pasada el peligro de un intento de invasión Mazarredo se dedicó a la preparación de la flota con toda la intensidad de que era capaz.

Elevó enérgicas representaciones sobre el estado miserable a que se veía reducida la escuadra por falta de fondos con que atender a sus necesidades: la oficialidad sin pagas, la marinería desnuda, etc.; en tanta inferioridad de medios, decía al gobierno en 1797 «todo lo que se ha hecho y consigue es por una especie de magia o yo no sé como se llame a la causa de la adhesión con que todos se esfuerzan en contentarme en lo que alcance su voluntad...».

En oficio al ministro de Marina Lángara, al que se sentía muy ligado por haber sido comandante suyo en anteriores comisiones (*Venus* y *Sta. Rosalía*), después de extenderse en consideraciones sobre lo que perjudicaba al servicio la carencia de dinero para la compra de efectos de buena calidad y fabricación, dice «...así pues de todas las demás cosas como VE comprende y mucho mas para guerrear contra unos enemigos que han adelantado el arte de hacerlo por la mar de un modo tan grandioso, sin perdonar medio ni gasto como base de su poder, para que no basta el solo querer y los esfuerzos del honor, como he expresado muchas veces...Reflexiones que VE hará continuamente en su alto puesto cerca de S.M. pero que yo no puedo dejar de repetir en los graves cuidados de mi cargo...y que me llena de rubor tener estas fuerzas en inacción...»

Continuaba Mazarredo sin recibir auxilio pecuniario alguno cuando en enero de 1798 recibió del mismo Príncipe de la Paz, escrito que le decía «...debo decir a VE que se hace lo posible para acudir a su remedio, pero como no se sabe si la escuadra de veinte navíos ha de consumir mas de lo que producen once millones de almas, no pueden hacerse tampoco los aprestos con la viveza que los exigen, ni estos producir más de lo que produzca la naturaleza, desearía pues saber cuánto ha gastado la escuadra, cuánto necesita para ponerse en estado y qué podría hacer con sus fuerzas después de todo esto...» A esta carta contestó Mazarredo informando a lo solicitado y en relación al

tercer punto, de la siguiente manera «En la infelicidad general de la marinería y tropa de Marina (y no hablo de la de oficiales y su familias porque en ellas a todo supera el horror) en el desaliento que causa en aquellas la expresada infelicidad, combinada como todos la combinan , con la puntualidad con que están pagados todos los demás servidores del Rey, no cabe asegurar que la escuadra de mí mando rindan la utilidad que debieran. Pero la escuadra, hábil y lista en su estado material para todo, si se paga como es de justicia a su gente y se reanima así, lo que puede hacer es combatir a otra igual enemiga y vencer o perecer con gloria...»

La noche del 6 de febrero Mazarredo dio la vela teniendo por seguro que los barcos ingleses a la vista constituirían una división de la escuadra de Jervis estacionada en Lisboa, les dio caza hasta San Vicente y viendo que no conseguía alcanzarlos, se mantuvo maniobrando durante una semana por aguas del Algarve y Ayamonte y regresó a Cádiz una vez despachado un convoy con azogues para Veracruz y tropas a Venezuela escoltado por el navío *Monarca* y algunas fragatas. Esta salida que se juzgaba imposible valió a Mazarredo grandes elogios, por sus acertadas disposiciones y las buenas maniobras de Salcedo. Permaneció en Cádiz sin orden para salir a la mar durante todo el año 1798, aunque raro era el día que no había escaramuzas entre las fuerzas sutiles de Mazarredo y los buques ingleses; las cañoneras atacaban a los buques ingleses en los días de poco viento produciéndoles daños y ocasionando algún apresamiento de sus lanchas y botes, haciendo que los bloqueadores tuvieran que alejar la línea de bloqueo, quedando libre de este modo el tráfico de cabotaje y no del todo interrumpido el de altura.

Los objetivos estratégicos aliados no coincidían, mientras el español era la reconquista de Mahón y el del gobierno francés era el socorro de Malta y del ejército de Egipto. Para ello la escuadra de Mazarredo estaba fondeada en Cádiz en espera de unirse a la escuadra de Bruix a su paso por aguas de Cádiz, con la mente puesta en la conquista de Mahón, pero Bruix pasó de largo y el 5 de mayo entró el Mediterráneo dirigiéndose a Tolón, sin ser visto ni en Cádiz ni en Gibraltar. Los ingleses que estaban bloqueando Cádiz maniobraron inmediatamente siguiendo a Bruix y se adentraron también en el Mediterráneo. Mazarredo no perdió un instante y el día 13 de mayo se hizo a la vela con sus 17 navíos con la idea de cruzar por el Estrecho para interceptar cuanta fuerza enemiga viniera en apoyo de la escuadra perseguidora de Bruix; recibió entonces un pliego de la Corte ordenándole incorporarse a la francesa de Bruix; así es que Mazarredo cumpliendo órdenes entró en el Mediterráneo donde le sorprendió una fortísima tormenta que le obligó a entrar en Cartagena para reparar y estando allí apareció el almirante francés y juntos se dirigieron al Atlántico entrando finalmente en Brest el 8 de agosto de 1799, abandonándose definitivamente la idea de la toma de Mahón.

Mazarredo fue llamado a París para planear las operaciones navales aliadas con el Directorio y luego con el ya primer cónsul Napoleón con plenos poderes del S.M. La defensa de los intereses de España y de la Marina que

firme y tenazmente hizo Mazarredo frente a las maniobras y continuos cambios de planes de Napoleón, hizo que éste solicitara y obtuviera del gobierno español su destitución, disfrazada de necesidad de ocupar el cargo de capitán general de Cádiz. De sus relaciones personales con Napoleón decía en su informe al Rey que «...no podía negarme la consideración exterior o aparente que me era debida, pero yo conocía muy bien que le incomodaba no poder conmigo...y así no he extrañado...que insinúe a V.M no ser yo necesario allí...».

Capitán General de Cádiz

Recién llegado a la Capitanía, en el mes de julio de 1801 ocurrió el desgraciado suceso de los navíos *Real Carlos* y *San Hermenegildo* que en el tránsito de vuelta a Cádiz, convoyando a los navíos franceses que habían participado en la batalla de Algeciras, tomándose por enemigos se cañonearon mutuamente hasta incendiarse y explotar. Mazarredo había ordenado al general Moreno destacarse a Algeciras con parte de su flota para apoyar a los navíos franceses y escoltarlos a Cádiz. El gobierno atribuyó la responsabilidad de esta pérdida a Mazarredo, decía el ministro Caballero...*la pérdida de estos navíos debe mirarse como una resulta de la conducta de V.E. en esta parte por haberse arrojado a una empresa poco premeditada y sin esperar las debidas órdenes: S.M. me manda prevenirlo así a V.E. y manifestarle que ha sido muy de su Real desagrado cuanto se ha ejecutado...* El día 2 de septiembre el ministro remitió oficio a Mazarredo en el que le comunicaba que S.M., teniendo en consideración el estado de su salud, le *concedía permiso* para trasladarse a las provincias vascongadas y ordenaba entregase el mando de la Capitanía al marqués de Arellano. El día 11 Mazarredo elevó instancia al Rey solicitando una demostración de que sus servicios eran gratos a S.M. En la colección Antonio Mazarredo figura la siguiente anotación: *No constando entre los papeles de Mazarredo contestación a su representación de 11 de septiembre, es de suponer que no la tuvo.*

Por tercera vez vuelve a terminar un mando de una forma un tanto traumática, fruto de una personalidad fuerte, poco acomodaticia con las circunstancias del momento, en una situación de franca decadencia de la Armada y con el gobierno de España cada vez más supeditado a los intereses de Francia. Podemos decir sin ningún género de dudas que a Mazarredo le dolía la Armada y España y que de ninguna manera podía permanecer callado y no exponer lo que consideraba era una obligación por los altos cargos que ocupaba.

Muchas gracias

Bibliografía

- ALSINA TORRENTE, Juan: «La guerra romántica, 1778-1783». Ministerio de Defensa, Madrid, 2006.
- BARBUDO, Enrique: «Don José de Mazarredo Salazar-Muñatorres». Ediciones Fragata, Madrid, 1945.
- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: «Armada española». Museo Naval, Madrid, 1973.
- MAZARREDO, José de: «Rudimentos de táctica naval», Manuscrito, 1776.
- MAZARREDO, José de: *Expediente personal*. AGM. El Viso del Marqués. Ciudad Real.
- PAVÍA, Francisco de Paula: «Galería biográfica de generales de Marina». Ed. facsímil, Museo Naval, Madrid, 2009.
- VIGÓN SÁNCHEZ, Ana María: «Colección Antonio de Mazarredo». Museo Naval, Madrid, 1987.

NOTA PARA NUESTROS SUSCRIPTORES

La REVISTA DE HISTORIA NAVAL realiza periódicamente la actualización de la lista de suscriptores que comprende, entre otras cosas, la comprobación y depuración de datos de nuestro archivo. Con este motivo solicitamos de la amabilidad de nuestros suscriptores que nos comuniquen cualquier anomalía que hayan observado en su recepción, ya porque estén en cursos de larga duración, ya porque hayan cambiado de situación o porque tengan un nuevo domicilio. Hacemos notar que cuando la dirección sea de un organismo o dependencia oficial de gran tamaño, conviene precisar no sólo la Subdirección, sino la misma Sección, piso o planta para evitar pérdidas por interpretación errónea de su destino final.

Por otro lado recordamos que tanto la REVISTA como los *Cuadernos Monográficos* del Instituto de Historia y Cultura Naval están a la venta en el Museo Naval y en el Servicio de Publicaciones de la Armada, c/. Montalbán, 2.— 28071 Madrid, al mismo precio ambas de 4 euros el número.

La dirección postal de la REVISTA DE HISTORIA NAVAL es:

Instituto de Historia y Cultura Naval.

C/ Juan de Mena, 1, 1.º

28071 Madrid.

Teléfono: (91) 379 50 50. Fax: (91) 379 59 45.

EL ALMIRANTE MAZARREDO, EMBAJADOR DE ESPAÑA ANTE NAPOLEÓN

Dr. José CEPEDA GÓMEZ
Universidad Complutense de Madrid

La monarquía Borbónica, el Directorio y Napoleón entre 1798 y 1802

En los meses siguientes al dramático año de 1797, en que sufrimos las gravísimas derrotas de San Vicente y de Trinidad (1), la guerra hispano-franco-británica pasaba por una etapa de relativo adormecimiento; los barcos españoles estaban en el puerto de Cádiz en tanto que el almirante británico Jervis tenía apostados ocho navíos frente a la bahía gaditana y otros cinco moviéndose a lo largo de la costa entre Gibraltar y el cabo de San Vicente. El jefe inglés estaba con el grueso de las fuerzas a su mando en Lisboa, presto a acudir cuando recibiese aviso de que salía de Cádiz la escuadra de Mazarredo. Esto sucedió en febrero de 1798 y, como ocurrirá en otros momentos de nuestra historia —tanto en Trafalgar en 1805 como en Santiago de Cuba un siglo después—, fue una decisión motivada por razones políticas la que determinó la salida de la flota. Las relaciones entre París y Madrid no atravesaban por buenos momentos, y Godoy, intentando evitar que se deteriorasen más todavía, dio la orden a Mazarredo de que intentase hacer frente a los buques británicos, como pedían los franceses, que acusaban al Príncipe de la Paz de no poner demasiado empeño en que la flota de S. M. C. entrase en acción (2), siendo así que era la armada de Carlos IV lo que interesaba a Francia de nuestra alianza.

La salida se produjo el día 7, de madrugada, y la flota española —a la que seguía como espía la fragata francesa *La Vestal*— contaba con 21 navíos, algunos de tres puentes, siendo su objetivo batir a los 10 buques británicos que estaban frente a Cádiz en esos momentos. Ya sea porque los vientos no fueran favorables, ya fuese porque Mazarredo no quería enfrentarse al almirante inglés que había vencido en esas mismas aguas un año antes —que fue la versión que dio a París el capitán de la fragata espía—, el hecho es que de nuevo estaba anclado en puerto el grueso de la flota de Mazarredo el día 17 de ese febrero. Jervis, rápidamente avisado por correos que llevaban desde el puerto de Lagos a Lisboa las noticias de todo lo relativo a la flota española, salió en menos de diez horas plantándose nuevamente frente a Cádiz y dejando bloqueada otra vez la bahía. Años más tarde, con motivo de su caída en

(1) Momento crucial, ya que comienza a perderse el control de las rutas oceánicas entre España y sus Indias.

(2) Le acusaban, incluso, de promover la aparición de un partido «probritánico» en la Corte.

desgracia, el almirante Mazarredo tuvo que reivindicar su memoria asegurando en su informe que con su retirada táctica evitó una tragedia similar a la del cabo San Vicente en febrero de 1797 (3). Pero en 1798 no convenció a Francia. Y cayó Godoy el 28 de marzo.

Entre 1798 y 1802 apenas se dieron batallas navales de importancia y, aparentemente, las armas españolas no sufrieron graves pérdidas, salvo en lo que se refiere a la ocupación de Menorca por una flota británica que salió de Gibraltar en noviembre de 1798 con unos 6.000 hombres y que apenas tuvo que combatir, porque los defensores hicieron muy poca resistencia (4). Pero sería un espejismo ignorar que España y Francia se veían obligadas a mantenerse a la defensiva frente al eficaz bloqueo ejercido por la flota de S.M. británica.

Por otra parte, como escribiera J.P. Merino Navarro, «es fácil observar en la vida de los arsenales el rápido avance de la parálisis general. Las cortas de madera se van suspendiendo, porque el dinero falta y porque no es posible conducirla hasta los astilleros; la navegación de cabotaje desaparece ante la acción combinada de los corsarios y de las escuadras de bloqueo. Burgos, Soria, Cuenca, Asturias, Pirineos, Segura, etc., ven cómo se retiran poco a poco los leñadores de la Marina. Faltan los repuestos, y Mazarredo recurre a la canibalización de su escuadra, desarmando algunos buques para armar otros. El 28 de junio de 1798 fue botado en El Ferrol el *Argonauta*, de 80 cañones, último navío de línea construido por España; quedaban algunos navíos en grada en El Ferrol y en La Habana, pero nunca fueron terminados (...). La guerra, sin grandes acontecimientos, va poco a poco consumiendo la Armada...» (5).

Puesto que en el continente la situación variaba por completo y el dominio francés era claro, puede resumirse la situación militar europea en pocas líneas: victorias francesas en cuantas batallas se daban en tierra y victorias británicas en los mares. Como escribe un profesor británico, especialista en historia naval, «durante las guerras revolucionarias y napoleónicas, la confrontación entre Gran Bretaña y Francia era similar a la de la ballena y el elefante: ninguna de las dos potencias podía derrotar a la otra mediante el uso directo de las fuerzas militares que les hacían relativamente superiores» (6). Y del mismo modo que el empuje de los ejércitos franceses, mandados por una brillante

(3) MURIEL, Andrés: *Historia de Carlos IV*. Edición y estudio preliminar de Carlos Seco Serrano, volúmenes CXIV y CXV de la Biblioteca de Autores Españoles, Atlas, Madrid, 1959. Sobre estos sucesos vid. p.. 45 del volumen II.

(4) Sobre la conquista británica de Menorca en 1798 vid.: COTRINA FERRER, José: *El Desastre de 1798. Pérdida de la Isla de Menorca*, 2.^a ed., Imprenta Balear, Mahon, 1963; FOREMAN, Laura y PHILLIPS, Ellen Blue: *Napoleon's Lost Fleet. Bonaparte, Nelson and the Battle of the Nile*, Discovery Books, Londres, 2000, y MATA, Micaela: *Conquistas y reconquistas de Menorca*, Imp. Juvenil, Barcelona, 1984.

(5) MERINO NAVARRO, J.P.: *La Armada en el siglo XVIII*, en Tomo II de *Las Fuerzas Armadas Españolas. Historia Institucional y Social*, Alhambra-Asuri, Madrid, 1986, pp.140-141.

(6) HARDING, Richard: «Operaciones anfibia británicas, 1700-1815», capítulo 2 de GUIMERÁ RAVINA, Agustín y BLANCO NÚÑEZ, José María (coords.): *Guerra Naval en la Revolución y el Imperio. Bloqueos y operaciones anfibia, 1793-1815*. Marcial Pons, Madrid, 2008, p. 57.

generación de mariscales y generales surgidos de la amalgama de soldados y oficiales de Luis XVI y de los incorporados por la Revolución a partir de 1791, arrollaron a los ejércitos de la «vieja Europa» y se hicieron con el control de casi todo el continente, fueron muchos los éxitos de los almirantes ingleses en esos años cruciales de nuestra historia. Particularmente, entre febrero de 1797 (San Vicente y Trinidad) y agosto/noviembre de 1798, en que destruyeron la flota de Napoleón en Aboukir y ocuparon Menorca, se confirmó la superioridad naval de la Royal Navy. Aunque todavía no sean definitivos.

Pero el estudio de este largo conflicto que conocemos como el de las «guerras de la revolución y el imperio Napoleónicos» nos permite entender en todo su valor la importancia determinante que ha tenido el poder naval a lo largo de la historia. Y es que, aunque sea adelantar los acontecimientos quince años, Wellington resumirá en pocas palabras la victoria final sobre Napoleón con estas palabras: *si alguien desea saber la historia de esta guerra, le diré que es nuestra superioridad marítima la que me permite mantener mi Ejército, mientras que el enemigo no puede hacerlo* (7). Doscientos años después podemos seguir debatiendo sobre quiénes fueron mejores tácticos, los generales bonapartistas o sus rivales, o, en fin, preguntarnos si Wellington puede compararse en alguna faceta del arte de la guerra con Napoleón. Pero este debate no podemos llevarlo a la guerra naval en aquellos años. Como se ha dicho muchas veces, la Revolución no dio a Francia un Nelson.

Las tripulaciones de sus barcos, la gran cantidad de dinero empleada por Londres para mantener sus flotas en perfecto estado y la brillantez de hombres como Jervis, Calder, Collingwood o Nelson hicieron que, en esos años finales del siglo XVIII y primeros del XIX, los buques de Mazarredo o de Bruix estuviesen obligados a buscar refugio en Brest, en Cádiz, en Cartagena, en El Ferrol o en Tolón..., pero siempre con la obsesión de evitar a los buques de la British Royal Navy.

De aquí que fuesen los barcos españoles los que estaban siempre en toda negociación o discusión diplomática que surgiese entre París y Madrid. Son innumerables los momentos de tensión suscitados entre el Directorio, el Consulado o Napoleón con Godoy o con Urquijo en los que aparece, de telón de fondo, la escuadra de S. M. C. Carlos IV. Y es que ya está planteándose con toda su crudeza, aunque falten algunos años para llegar a Trafalgar, que Francia puede dominar el continente europeo, pero la Gran Bretaña, como dice su segundo himno nacional, *rules the waves*, domina los mares.

El punto de inflexión determinante se dio en el verano de 1798, tras la pérdida de la flota francesa en las cercanías de Alejandría. Porque «el sueño de una gran escuadra como la que le llevó a Egipto —400 navíos que transportaban 40.000 soldados, y una escolta integrada por 13 navíos de alto bordo y 90 buques de guerra— obsesionó siempre a Napoleón. Y encima la suerte de haber burlado a Nelson y de haberse apoderado de Malta. Realmente fue

(7) Cfra. Lloyd, C.C.: «La Marina», en el vol. IX de la *Historia del Mundo Moderno*, de la Universidad de Cambridge, publicada en España por la Editorial Sopena en 1972, p. 52.

este un desafío que le costó caro. Pues, finalmente, éste encontró la flota en el golfo de Abukir, y la destrozó. A partir de entonces, la necesidad de los barcos de España resultaba imprescindible para sus propósitos» (8).

Conviene recordar una vez más que, pese a lo que puede parecer nos a toro pasado, los intereses de España en esos difícilísimos momentos necesitaban de la alianza con una de las dos potencias hegemónicas y, puestos a escoger, el realismo político de los gobernantes borbónicos les llevó a preferir el menor de los males: Francia, republicana y regicida o con un primer cónsul o un emperador, antes que la Gran Bretaña monárquica. Y no solo en el escenario colonial-atlántico. También era Madrid más partidario del control de Italia por los franceses que por los ingleses o los austríacos. Al fin y al cabo, desde el primero de los conflictos sucesorios habidos en Europa en ese belicoso siglo XVIII, la guerra de Sucesión de la Corona española (1701-1715), Viena había venido ocupando grandes espacios en la península italiana y disputándose los a los Borbones de Francia y de España (9). Y, al margen de la pretendida «obsesión maternal» de Isabel de Farnesio encaminada a lograr reinos y ducados para sus hijos, la realidad es que, tras medio milenio de presencia hispánica en Italia, eran muchos los intereses que nos unían a Nápoles, Sicilia, el Milanesado, Parma...

De acuerdo que, además, este último ducado estaba particularmente vinculado a la Corona española. La abuela y la mujer de Carlos IV eran de Parma y transmitían, pues, derechos dinásticos sobre ese territorio del centro-norte de Italia, estratégicamente situado entre Roma y Milán. La hija más querida de los Reyes de España, llamada también María Luisa, estaba casada con el soberano de Parma en esos años finales del XVIII en los que el genio de Napoleón acaba por dominar el damero italiano a costa de los austríacos y contra el deseo de los ingleses. Precisamente Napoleón utilizará en sus negociaciones con Madrid el señuelo italiano para atraerse a Carlos IV: desalojado de la Toscana un hijo del emperador austríaco, ese territorio, ya con la consideración de Reino de Etruria y con mucha más extensión que Parma, pasaría a ser gobernado por la hija y el yerno de la pareja real española. A cambio, claro, de la ayuda de Madrid en sus planes de control del continente y de sus mares adyacentes. Es decir, a cambio de la supeditación de la Real Armada Española a los proyectos napoleónicos.

Pero, repito, ¿eran más altruistas los británicos acaso? ¿No buscaban el control de las colonias españolas en América y en el Pacífico y apartarnos de ellas? ¿Alguna vez se mantienen en pie de igualdad las contrapartidas de ambos firmantes de un acuerdo diplomático-militar si hay una clara superioridad en uno de ellos?

La España de Carlos IV, en ese enfrentamiento anglo-francés, trata de sortear el peligro, poniendo constantemente en juego la habilidad de sus

(8) MORENO ALONSO, Manuel: *Napoleón. La aventura de España*. Sílex, Madrid, 2004, p. 97. Dedicar un capítulo del libro a «Los barcos de España». (Los subrayados son míos.)

(9) En las otras dos guerras de Sucesión, la de Polonia (1733-1738) y la de Austria (1743-1748), el principal escenario bélico para España fue, precisamente, la península italiana.

diplomáticos y almirantes (como es el caso de nuestro Mazarredo), y haciendo valer el esfuerzo de sus habitantes, en otras ocasiones. Así, defendiéndose brillantemente ante el acoso de cerca de cien barcos de transporte y de línea que pretendieron ocupar El Ferrol y sus alrededores en el verano de 1800, o evitando que las fuerzas de invasión pusieran pie a tierra en Cádiz en octubre de ese mismo año, los españoles demostraban que una cosa es dominar el mar e, incluso, tener bloqueados los puertos y otra bien distinta es conseguir penetrar tierra adentro en la Península.

En agosto de 1800 se intentó el desembarco en Doniños (junto a Ferrol) de casi 15.000 ingleses que pretendían apoderarse de los barcos surtos en ese puerto y llevaron a cabo una maniobra de envolvimiento para atacar desde la retaguardia, toda vez que el acceso a la rada es prácticamente inexpugnable por mar (10). El teniente general Francisco Javier Negrete, comandante general interino del Reino de Galicia, el teniente general de la Armada y capitán general interino del departamento marítimo del norte, Francisco Javier de Melgarejo, y el mariscal de campo conde de Donadío, jefe de la guarnición de la plaza, encauzaron el esfuerzo de soldados y paisanos gallegos, que hicieron reembargar en los buques a los ingleses. Ayudó en esta ocasión el hecho de que estaba preparándose la formación del llamado «campo volante» de Ares y había por ello una importante concentración de efectivos en Galicia (11).

El 20 de agosto se preparó un golpe de mano británico sobre dos fragatas que estaban dentro del puerto de Barcelona; según Andrés Muriel (12), ese día se presentó una corbeta napolitana en el puerto catalán y, tras inspeccionar repetidas veces desde lanchas aquellas naves, salió de la rada y entabló una larga conversación con los barcos ingleses que estaban allí apostados. Unos días más tarde, el 4 de septiembre, y ya conocedores de la vigilancia que los barcos españoles tenían —para eso entró en el puerto la nave napolitana—, los marinos ingleses, haciendo uso de un ardid reprobado por el derecho de gentes y con la ayuda de un buque americano, asaltaron con engaños un barco mercante sueco que se disponía a entrar en Barcelona. Desde esa posición y ultrajando la bandera sueca —sigue escribiendo Muriel— los británicos pudieron acercarse a los barcos españoles, que apenas tuvieron tiempo para darse cuenta de que tenían al enemigo a bordo. El resultado fue la captura de las dos naves por los marinos ingleses, que se las llevaron consigo.

Por su parte, el 5 de octubre, una escuadra británica mandada por el almirante William Keith y nutridas fuerzas de desembarco del general Abercromby intentaron un nuevo ataque contra Cádiz, aprovechando la difícil situación en que esta plaza se encontraba, con su población diezmada por la mortífera

(10) ATIENZA PEÑARROCHA, Antonio: «¡Qué vienen los ingleses!», *La Aventura de la Historia*, n.º 22, (2000), pp.32-41.

(11) Sobre el desembarco inglés en Galicia, vid. GONZÁLEZ-LLANOS GALVACHE, Santiago: *El ataque inglés a Ferrol en agosto de 1800*. Ed. Embora, Ferrol, 2000, y del mismo autor: «El ataque anfibio a Ferrol, 1800», capítulo 10 de GUIMERÁ RAVINA, Agustín y BLANCO NÚÑEZ, José María (coords.): *Guerra Naval...*

(12) MURIEL, Andrés: *Historia de Carlos IV...*, pp.192-193 del vol.II.

epidemia de fiebre amarilla que llegó a afectar a cuarenta mil gaditanos y mató a más de siete mil. Esta situación y la firme actitud del gobernador, general don Tomás de Morla, que preparó a la guarnición para su defensa y advirtió a los británicos de su decisión y de las lamentables condiciones sanitarias de la ciudad, persuadieron al enemigo a desistir de sus propósitos (13).

Con lo dicho queda claro que las relaciones entre la metrópoli y las Indias estaban prácticamente rotas y que la propia navegación de cabotaje se hacía difícil por la presencia de buques británicos; es cierto que de vez en cuando podía romper el bloqueo algún navío, pero en líneas generales y a efectos económicos la guerra hispano-británica de 1796-1802 fue dramática.

La necesidad de productos que sentían los criollos no era cubierta por España porque lo impedían los barcos de la flota inglesa; los comerciantes británicos tenían esos productos que demandaba el mercado americano y, evidentemente, allí los vendían. De los tratos comerciales se pasó al contacto político, y por ello no es extraño que muchos de los próceres de la emancipación de Hispanoamérica, vinculados a los grandes círculos y familias de comerciantes indianos, tuviesen relación con Gran Bretaña durante los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX. Por otra parte, la mayoría de los integrantes de las milicias locales que tenían que hacer frente a los ataques enemigos en las Indias españolas eran «americanos» y comienzan a sentirse autosuficientes en todos los órdenes, incluido el militar... De aquí que el germen de la pérdida de las colonias americanas esté en estos años del reinado de Carlos IV, aunque él dejase el trono en 1808 sin mengua apenas de territorios.

La contienda empezaba a cansar a todos los participantes, porque desde 1792 no había habido paz en Europa; se estaba pensando ya en arreglar los problemas en una mesa de negociaciones, máxime cuando Londres acabó por convencerse de que la estrella ascendente de Francia, Napoleón, dominaba el continente con sus tropas y cuando el gran corso comprobó que, con flota española incluida, sus almirantes no eran capaces de dominar los mares que, desde Malta hasta el mar del Norte, eran un lago británico. Incluso el abandono de los planes coloniales de Napoleón —venta de Luisiana a los Estados Unidos tras recibirla de España— significa el reconocimiento de su incapacidad de tener un imperio ultramarino al no contar con recursos marítimos para defenderlo. Por ese cansancio general europeo se llegó al Tratado de Amiens de 27 de marzo de 1802. En él Inglaterra nos devolvía Menorca, pero no Trinidad y nosotros garantizábamos, junto con los demás firmantes del Tratado, la integridad de Portugal, excepto Olivenza, que pasaba a España, que la había ocupado en la guerra de las Naranjas de 1801 (14).

(13) PRIEGO LÓPEZ, J.: *Guerra de la Independencia, 1808-1814*. Vol. I. *Antecedentes y preliminares*. Librería Editorial San Martín, Madrid, pp. 177. Sobre Morla, HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA, M.^a D.: *Ciencia y milicia en el siglo XVIII: Tomás de Morla, artillero ilustrado*. Patronato del Alcázar, Segovia, 1992.

(14) La *Guerra de las naranjas* se desarrolló en los primeros meses del año 1801; si está comprendida por ello «dentro» de la guerra entre España y Gran Bretaña no lo es simplemente

Cuando Napoleón compruebe que la derrota de Inglaterra pasa por la destrucción de su flota o por el derrumbamiento del comercio británico, tendrá que plantearse su estrategia en dos coordenadas: vencer a los almirantes ingleses o ahogar a los grupos económico-comerciales de la city de Londres, impidiendo que los mercantes británicos puedan desembarcar sus productos en los puertos europeos. Intentará los dos caminos, y para ello habrá de contar con España y con sus barcos. No es otra la razón de la política seguida por Napoleón con respecto a España, a la que no tenía, como sabemos, ningún aprecio. Necesitaba la flota española y la «geografía» española. A cambio, hacía vagas promesas sobre reinos en Italia (15).

También es necesario tener siempre presente al analizar la política exterior francesa una realidad geográfica determinante: las dos fachadas marítimas de Francia están separadas por la península ibérica, por lo que París necesita el libre tránsito del Mediterráneo al Atlántico por el estrecho de Gibraltar.

Por supuesto que Napoleón trató de crear una Escuadra. Y trabajó en ello. Pero no pudo conseguir, ni remotamente, acercarse al número de navíos de todo tipo que podía poner Gran Bretaña en el mar. Precisamente por eso Bonaparte necesitaba imperiosamente la Real Armada Española, como también deseaba contar con la de sus aliados o satélites. Como ejemplo de su obsesión, recordemos que años más tarde, en 1807 y 1808, pensaba que podía disponer de una imponente fuerza naval porque creía que además de los 77 navíos franceses dispersos en diversos puertos, 10 navíos del rey de Holanda y uno de Dinamarca, contaba con *doce que el emperador de Rusia tiene en el Báltico, otros once rusos que están en Lisboa y en Tolón, y veinte españoles, o sea cincuenta y cuatro navíos extranjeros. Esto formará una masa de ciento treinta y un navíos, y si se exceptúan los doce que están en el Báltico, ciento diecinueve navíos estarán bajo mi dirección inmediata* (16).

por razones de cronología. En realidad, las causas de la guerra entre España, Francia y Portugal en estas fechas no son distintas que las que motivaron los numerosos conflictos hispanoportugueses a todo lo largo del siglo XVIII que acababa de concluir: la amistad secular de Portugal con Gran Bretaña. Como se sabe, desde hace setecientos años largos —es la alianza más antigua de la Historia de Europa— entre los pueblos lusitano y británico ha existido una cordial relación. Incluso en el orden económico Inglaterra ha sido un insustituible mercado para los productos de exportación portugueses: hasta tal punto esto es así que en los tiempos modernos el cliente y el proveedor más importante de Portugal era Inglaterra. Más aún, Londres protegía, militar y diplomáticamente, los intereses lusitanos, que eran también los suyos propios. En este marco, el enfrentamiento de Gran Bretaña con Francia —y sus respectivos aliados o satélites, Portugal y España— tenía que provocar inevitablemente un conflicto peninsular.

(15) Por ejemplo, en el segundo Tratado de San Ildefonso, de octubre de 1800, Napoleón «ofrecía» aumentar los territorios del Infante duque de Parma a cambio de Luisiana y seis navíos.

(16) ALONSO, José Ramón: *Historia Política del Ejército español*. Ed. Nacional, Madrid, 1974, pp. 120 y ss. En los meses inmediatamente posteriores a los sucesos de 1808 en Bayona, no dejó de dar órdenes para que las naves españolas se dirigieran a Tolón, a Buenos Aires, a Cartagena. Incluso Ceuta fue objeto de uno de sus quiméricos proyectos navales. Hasta después de conocer los sucesos de Bailén, «no comprendió Bonaparte que sus planes estaban equivocados, y que no podría disponer de España como había hecho con Italia y Alemania», p. 137. Se basa en la *Correspondencia* de Napoleón, vol. XVII de la edición publicada en París en 1864.

La tensión entre Madrid y París era constante en esos años, fuesen quienes fueran los directores de la política de la Corte española y del gobierno de Francia. En el trienio que nos ocupa, 1799-1801, debemos hablar de Godoy y Urquijo, por parte española, y de Napoleón, por parte francesa. Y es esencial tener presente que, en gran parte, fueron las presiones de Bonaparte sobre Carlos IV las que provocaron alguno de los cambios políticos en la España del momento.

Y con la flota española en el fondo, porque, como recuerda Emilio La Parra, «Bonaparte tenía otras razones, de carácter personal. Antes de Brumario se había negado Urquijo a permitir la traducción al castellano de sendas publicaciones sobre las campañas de Italia y Egipto y en los primeros meses del Consulado había hecho una confidencia inconveniente a Alquier sobre la escasa consistencia de la autoridad del primer cónsul y su rivalidad con su hermano Luciano, opinión pronto conocida por los representantes diplomáticos en Madrid, como informó el embajador danés, Schubart. Los resquemores personales y la relación de Urquijo con el jacobinismo influyeron más en Bonaparte que otros asuntos conflictivos en la relación con España, los cuales no faltaron en los primeros meses del Consulado, sobre todo los ocasionados por la negativa española a satisfacer la reiterada petición de ayuda naval. Aunque Urquijo intentó lavar su imagen ante el primer cónsul comprometiendo en ello al almirante Mazarredo, no logró evitar que llegado el momento Francia tratara con Godoy los asuntos básicos de la política exterior. Tal elección equivalía a la destitución del ministro.

Bonaparte supuso, con acierto, que Godoy seguiría mucho más dócilmente que Urquijo sus exigencias, pues tendría más presentes que el vizcaíno los intereses de la familia real española en Italia y se avendría, para cumplirlos, a seguir los proyectos franceses en Portugal. También los reyes consideraron a Godoy la persona más adecuada para dirigir la monarquía en el nuevo tiempo inaugurado en Europa por Bonaparte. De nuevo confluyeron el apoyo francés y el de los monarcas para devolver a Godoy al poder» (17).

La escuadra en Brest (agosto de 1799-abril 1802) (18)

En mayo de 1799, fracasada la proyectada operación de reconquista de Menorca por la tormenta que destrozó parte de la flota en el golfo de Vera,

(17) La Parra LÓPEZ, Emilio: *Manuel Godoy. La aventura del poder*. Tusquets, Barcelona, 2002, p. 232.

(18) Sobre este dramático episodio de nuestra Armada sigue siendo insustituible el libro de CARLÁN, J.M.: *Navíos en secuestro. La escuadra española del Océano en Brest (1799-1802)*. Instituto Histórico de la Marina, Madrid, 1951. Asimismo, las páginas dedicadas a esta etapa de la biografía del marino bilbaíno por el almirante BARBUDO DUARTE, Enrique: *D. José de Mazarredo. Teniente general de la Real Armada*. Madrid, 1945. (Por cierto, acaba de ser editada una edición facsimilar por Fragata Libros Náuticos, S.L., en 2008). Ambas obras recogen una abundante documentación recogida en Apéndices).

Mazarredo entra en Cartagena. El 22 de junio es el almirante Bruix con su escuadra de 24 navíos y 6 fragatas quien llega a esa base naval del sudeste español.

Ambos almirantes conferencian y, como sucederá tantas otras veces, no se ponen de acuerdo en casi nada de lo que debían hacer con la escuadra combinada. Lo único que aceptan es que ya no era posible la operación encaminada a recuperar Menorca, desbloquear Malta ni auxiliar a las tropas francesas en Egipto (que perderán sus barcos en la batalla naval de Aboukir el 2 de agosto) porque los ingleses, ya avisados de la presencia de la flota hispanofrancesa en el Mediterráneo, disponen de 61 navíos frente a los 40 de la flota combinada.

Mazarredo proponía —como hará en futuras reuniones con altos mandos franceses, incluido el propio Napoleón— que las dos escuadras aliadas tuviesen en Cádiz su base y como posición central, pudiendo acudir al Mediterráneo como al Atlántico, según conviniera. Por su parte, el almirante Bruix proponía que la flota combinada se dirigiese a Brest y a Rochefort, en la costa bretona.

Finalmente, el 28 de junio de 1799 el gobierno de Urquijo, para congraciarse con el Directorio francés, ordena a Mazarredo que se encamine a Brest. El 29 de junio una importante fuerza naval de 43 navíos (18 españoles y 25 franceses) sale de Cartagena hacia el Atlántico. El 21 de julio abandona Cádiz (donde habían permanecido unos días) y pone proa hacia las costas de Francia, en la que sería la última navegación del almirante Mazarredo.

Ni siquiera se avino el almirante francés a la recomendación de Mazarredo de buscar y atacar a una agrupación británica, inferior en número a la combinada, que había sido avistada en el Estrecho. Era evidente que las instrucciones del Directorio a Bruix eran llevar ambas escuadras a puertos franceses para asegurar la alianza de Madrid, y poder disponer de nuestros barcos según sus intereses (19).

El envío de la escuadra de 15 navíos mandada por el almirante Mazarredo al puerto de Brest, al que llega en agosto de 1799, debe situarse en este contexto diplomático de recelos y necesidad de ayudarse mutuamente ante el común enemigo británico. El pretexto esgrimido por París es el de preparar unas hipotéticas acciones combinadas tanto en el Mediterráneo como, sobre todo, en el Atlántico y en las costas americanas. Pero, como acabarán sospechando pronto nuestros marinos en esa base naval de la Bretaña, lo que quieren el Directorio, primero, y Napoleón, después, es tener unos rehenes que le garanticen la fidelidad de la alianza española.

Durante dos años y medio, los navíos españoles permanecerán en Brest, en medio de dificultades y penurias, gastando un inmenso dineral, y sin poder romper el eficaz bloqueo ejercido por la Royal Navy. Y Mazarredo recibirá la orden de acudir a París —distante a casi 600 kilómetros— para negociar con las autoridades francesas. Allí le retendrán más de dieciocho meses, que

(19) Cabe recordar que eran España y la República Bátava (en los Países Bajos actuales), las únicas aliadas de Francia, enfrentada entonces a la Segunda Coalición que reunía a Gran Bretaña, Austria, Rusia, Turquía, Portugal, Nápoles y el Papa.

empleará en inútiles entrevistas con Napoleón y sus colaboradores, pidiendo una y otra vez que se ponga en marcha un plan conjunto que sea bueno para ambas partes, y no simplemente para Francia. (En otro plano, alejado de su principal cometido como almirante y embajador, pero muy en consonancia con la enorme curiosidad y preparación de nuestro Mazarredo, el bilbaíno se preocupará de que llegue a España un nuevo lenguaje de signos para sordomudos que él ha visto en París) (20).

Los 15 navíos españoles llegaron a Brest el 9 de agosto de 1799. Y allí permanecieron *en secuestro* muchos meses, sufriendo penalidades y costando, como decíamos arriba, una desorbitada cantidad de dinero a las maltrechas —e hipotecadas— arcas de la Hacienda española.

Fue un error estratégico la presencia en ese puerto de la flota aliada porque los ingleses la bloquearon enseguida. Aparte de su experiencia en este difícil tipo de operación naval, los británicos tenían sus bases muy próximas. Es decir, si ya venían mostrando su capacidad para dificultar la salida de los barcos españoles o franceses de Cádiz, lo tenían ahora mucho más fácil.

Brest era, si, un magnífico puerto, pero su hinterland era, todavía, una belicosa región contrarrevolucionaria y realista, por lo que las comunicaciones con París (que está a 600 kilómetros) eran muy vulnerables y con frecuencia eran cortadas por los enemigos de la Revolución. Había, por ello, que vigilar también los posibles ataques desde el interior y no solo los movimientos de la flota de bloqueo. Brest era, en cierto modo, una ciudad sitiada por mar y por tierra. Por otra parte, «las condiciones para salir del puerto de Brest estaban estrechamente ligadas a los factores geográficos y, más aún, meteorológicos. Incluso sin oposición por parte del enemigo, la estrecha boca que lleva a alta mar y cuyo eje —orientado al suroeste— coincide con el de los vientos dominantes, impide toda salida durante la mayor parte del tiempo» (21).

(20) Estaba en línea con su preocupación por la educación, en general, durante toda su vida. Y de la misma manera que había puesto un gran empeño en que su hija fuese adecuadamente instruída, buscando los mejores preceptores, también «se interesó por los aspectos educativos del Seminario de Bergara, cantera de muchos de los oficiales de Marina de finales del siglo XVIII y principios del XIX». MARTÍN-VALDEPEÑAS YAGÜE, Elisa: «José de Mazarredo. Un ilustrado en el reinado de José I», en p. 428 de las Comunicaciones de ASTIGARRAGA, J., LÓPEZ-CORDÓN, M.^a V., y URKÍA, J. M. (eds.): *Ilustración, Ilustraciones*. Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, San Sebastián, 2009.

(21) MONAQUE, Rémi: «Bloqueos de las costas francesas durante las guerras de la Revolución y del Imperio», en GUIMERÁ RAVINA, Agustín y BLANCO NÚÑEZ, José María (coords.): *Guerra Naval...*, p. 63. Continúa el Contralmirante francés Monaque su descripción de Brest en tiempos de la marina de vela afirmando que «una vez franqueado este obstáculo, hay tres vías para llegar a alta mar: al norte el canal de Four, al oeste el canal del Iroise y al sur el canal de Sein. La primera vía, cuya navegación resulta especialmente difícil para los navíos de gran tamaño, ofrece además el grave inconveniente de que desemboca en La Mancha y, por tanto, acercaba las fuerzas francesas a los puertos enemigos. La segunda, muy abierta hacia alta mar, estaba estrechamente vigilada por las fuerzas inglesas. La tercera, la menos vigilada y que da acceso al golfo de Gascuña, fue la última en permanecer abierta».

En fin, la vida de los 12.360 españoles arrinconados en Brest durante esos dos años largos fue muy dura. Enfermedades (22), sobrecarga de trabajo, clima húmedo y frío, mala alimentación, escaso vestido. No se salvaban de tal dureza ni los capellanes... Ello a pesar de las elevadísimas sumas de dinero que España debía pagar. Y que hacían aumentar entre los súbditos de Carlos IV un malestar que iba in crescendo en esos meses. Las tensiones no solo se mostraban en la Corte —donde había un «partido probritánico» que preconizaba la ruptura con Francia— sino que alcanzaban a muchos españoles, descontentos por las penurias provocadas por las malas cosechas a las que venían a añadirse las debidas a la guerra. No fueron, en absoluto, buenos años los que pasó España en esos momentos finales del antiguo régimen. Hasta graves crisis de subsistencias y epidemias sacudieron los dos lustros finales del reinado de Carlos IV. La guerra distorsionaba el comercio, como vimos, y muchos españoles se mostraban airados con las decisiones de los políticos.

Aparte de hacer frente a las necesidades de sus hombres y sus barcos, Mazarredo debía preparar un plan de operaciones. Y aquí es donde surge nuevamente la controversia con las autoridades francesas —Directorio, primero, y Napoleón, desde el 18 brumario (9 de noviembre de 1799)—, en cuanto se refiere al empleo de la flota combinada. París quería socorrer Malta y Egipto. E invadir Inglaterra. Aunque no contásemos con el dominio del mar. Mazarredo se oponía a lo que consideraba una irrealizable tarea. Máxime si se tiene en cuenta que, como le dijo en varias ocasiones a Bonaparte (que no sabía de la guerra en el mar pese a su maestría como general), en una sola acción desafortunada se podía perder toda una escuadra, difícilísima y costosísima de reponer en años.

En cualquier caso, y en el marco global que describíamos arriba, el gobierno de Carlos IV (con Urquijo como secretario de Estado y auténtico hombre fuerte del momento) ordenó a Mazarredo que se dirigiese a la capital francesa para preparar el plan de operaciones de la escuadra combinada hispanofrancesa. Urquijo permaneció en el poder hasta diciembre de 1800 y su principal baza fue, precisamente, su paisano Mazarredo. Por cierto, poco después de la caída de Urquijo (que significó el retorno de Godoy al poder), le siguió Mazarredo en el camino hacia el ostracismo. Y en ambos casos por la presión de Napoleón. Lo curioso es que ambos españoles estaban muy cerca ideológicamente de las ideas francesas. Urquijo, incluso, era claramente un hombre ganado por ideas jacobinas. No es raro que los dos acabasen formando parte del gobierno de José I Bonaparte en 1808 (23).

(22) En febrero de 1801 había 847 españoles en el Hospital de Brest.

(23) Y suscitaron el odio de los antibonapartistas durante la guerra de la Independencia. Una curiosa muestra de este sentimiento, contenida en una de las numerosas «propuestas» anónimas dirigidas a las autoridades patriotas: *Visiblemente protege Dios la causa de España: esta quizá ya estaría libre de enemigos si no fuera por varios indignos españoles que no solo auxilian a aquellos sino que los contienen y aconsejan. Tales son Ofarril, Negrete y otros. Para conseguir acabar de intimidar a Bonaparte, su hermano el Intruso, y demás sus auxiliares convendría se publicase una Real Orden o manifiesto ofreciendo cincuenta mil duros al que matase a dichos Napoleón y Botella, y veinte y cinco mil el que matase a Negrete, Ofarril,*

Antes de salir de Brest hacia París, Mazarredo dejó encargado del mando interino a Gravina (aunque siguió ondeando su insignia como muestra inequívoca de que seguía siendo el comandante en jefe de la flota española en ese puerto bretón) y partió hacia la ciudad del Sena el 24 de agosto de 1799. Se iniciaba una larga e improductiva estancia de año y medio de Mazarredo en la ciudad del Sena. Escribía numerosas cartas a Brest y a Madrid, muchas de las cuales eran, por cierto, interceptadas y abiertas por los franceses, realistas o republicanos. Permaneció en París hasta marzo de 1801, en que retornó a España por carretera.

Los empeños diplomáticos de Mazarredo y las difíciles relaciones con el primer cónsul

En esos dieciocho meses Mazarredo se entrevista varias veces con Napoleón y muchas más con miembros del gobierno, fundamentalmente con los ministros de Marina y de Asuntos Exteriores, y con el hermano de Bonaparte, Luciano. En todas ellas casi se repiten los mismos argumentos. Napoleón se queja de lo que considera poca ayuda militar española (aparte de creer que Carlos IV y Urquijo no habían visto con buenos ojos su acceso al poder tras el 18 Brumario) y argumenta que de haberse dado oportunamente tal ayuda, se hubiese podido socorrer a la bloqueada Malta y a sus tropas varadas en Egipto. Sus planes son, fundamentalmente, liberar esta estratégica isla, clave para dominar el Mediterráneo y que serviría de plataforma para repatriar a los restos del ejército del Nilo. El otro objetivo del que hablaba Napoleón era el desembarco en las islas británicas, bien en Irlanda, bien en Inglaterra.

A ello replicaba Mazarredo con una idea básica: antes que emplear las fuerzas conjuntas en la campaña de Malta y Egipto era imprescindible reconquistar Menorca. Por otra parte, el almirante español pensaba que Napoleón no conocía el arte de la guerra en el mar y lo expresaba con diplomáticas palabras, como veremos. Y, en cualquier caso, lo que quedaba claro en ambos litigantes era que, mientras Napoleón buscaba poder disponer de los buques españoles a su único beneficio, Mazarredo trataba de evitarlo, proponiendo objetivos que interesaban a la monarquía católica (aunque también fuesen beneficiosos para Francia). De ahí su constante referencia a la reconquista de Menorca. Y a la necesidad de trasladar los navíos de Brest a la base de Cádiz, que, argumentaba, era el punto central idóneo para poder atender a ambos escenarios, atlántico y mediterráneo. Sabía del poder naval británico. Y de la capacidad de sus almirantes para mantener largos bloqueos. Pero también sabía que cuanto más lejos estuviesen las bases inglesas de sus flotas de bloqueo, la Royal Navy tendría más dificultades para mantenerse patrullando frente a los puertos de Francia o España. Y, naturalmente, de Brest o Rochefort al sur de Inglaterra hay muchos menos días de navegación que a Cádiz.

Mazarredo y otros de esta iniqua especie, e igual cantidad al que mate a qualquiera de los demás hermanos sus mugeres e hijos, y lo mismo a las mugeres e hijos de todos los que vilmente auxilian al soez y vituperable Napoleón... (A.H.N., Estado, 52, A).

Como muestra de tales discusiones entre el primer cónsul y el almirante-embajador podemos recoger las de los días 8 y 10 de marzo de 1800 (24). En esta última hay, además, un resumen de los *Principios* de Mazarredo.

Entrevista de Mazarredo con Napoleón el 8 de marzo de 1800. (según el informe que envió a Madrid)

«Habló mucho, con variedad y poco tino, anunciando que aprestaría, si podía ser, hasta 20 *navíos*; que saldrían con los míos; que recogeríamos la del Ferrol; que delante del Estrecho la completarían hasta 24 *navíos* para seguir a Malta; que con los demás entraría en Cádiz, y, componiendo 20 o poco menos, llevaría seguidamente la expedición para Menorca y la desembarcaría en dos o tres días, esto es, tropas, pertrechos y tres meses de subsistencias, y seguiría yo con la escuadra a un punto de reunión con la que había ido a Malta, ya fuese en Callary, ya en las bocas de Bonifaccio, ya en el cabo Corso, para volvernos juntos al Oeste. A mis contestaciones de la imposibilidad de la maniobra a Menorca, no haciéndola de primera mano, y sin entender la dificultad que yo le explicaba de interposición de fuerzas enemigas con superioridad a las nuestras, divididas, y aun probablemente a ellas unidas, salió hasta con la especie de que si el Rey le daba 6.000 hombres para custodia de la Vandé, él haría con tropas francesas la expedición a Menorca; no omitió preguntarme si quería que hiciésemos la de Irlanda, después de tomar ciertas reseñas del estado que tuviesen allí las cosas. Aparece la inconsecuencia de esta indicación, pues si para encargarse de hacer la expedición a Menorca necesitaba seis mil hombres nuestros que custodiasen la Vandé, mal puede fijarse en la posibilidad de enviar un ejército de 25.000 a 30.000 hombres a Irlanda, que habrían de ir en los 45 navíos y 30 fragatas. Es de advertir que no hay 45 navíos, pues tenía sentado, antes, vería si podía aprontar hasta 20 franceses; ni hay tales 30 fragatas. Le expliqué lo que es tan obvio sobre estos casos particulares y que los navíos y escuadras no lo son cuando se cargan de transportes. Le dije finalmente que podía contar con que mi voluntad no reconocía otra superior para el servicio; pero no cabía que yo anunciase lo que no era practicable en la mar: que no lo era la expedición a Menorca, como pensaba, y no había otro medio de hacerla que el por mí propuesto, anticipándola al socorro de Malta; y tanto más cuanto que me decía hallarse con indicios de estar ya completamente socorrida con la llegada del navío «Generoso»; que todo lo que se podía hacer era darle cinco navíos que fuesen desde el Estrecho con los suyos, y quedarme yo con los demás para lo que conviniese y el Rey mi Señor gustase disponer; y si resolvía la expedición a Menorca trataría de conducirla...

...En estas disputas mediaba buen humor, riéndose de que no nos pudiésemos concordar, y le repetí en la misma forma que nunca podía proponer lo

(24) Cfra. CARLÁN, J. M.: *Navíos en secuestro...*, pp. 80-83.

que se oponía a mi entender; y aprovechándome de las mismas circunstancias de buen humor, le dije que lo que importaba, desde luego, era que desistiese de la salida de las escuadras a la caza del enemigo, pues veía las dificultades de víveres y otras, y nuestra conducta debía ser prepararnos bien a golpe seguro anticipado, y de otro modo lo perderíamos siempre todo. Y concluí con que me iba esta noche, y llegando a Brest me comportaría como tenía anunciado en mis escritos anteriores. Me dijo que no podía irme todavía; que fuese a comer mañana con él y acabaríamos de concertarnos».

Entrevista de Mazarredo con Napoleón del 10 de marzo de 1800:

«Resumen de los planes del general don Joseph de Mazarredo sobre movimiento y acción de las fuerzas navales de las dos potencias aliadas.

»PRINCIPIOS:

»1.º La Marina inglesa, sola, es superior a todas las Marinas de Europa. Puede perseguir a todas a cualesquiera parte del mundo.

»2.º Las de Francia y España son mucho menos del tercio de la inglesa. El tercio, rigurosamente, si sólo se consideran los navíos armables de una parte y otra; mucho, y mucho menos del tercio, haciéndose atención a fragatas, buques menores y todo lo demás de esencia, que constituye la actividad de la guerra.

»3º Los ejércitos de tierra se reemplazan con levadas de hombres y con dinero. No así las Armadas de mar que, destruidas, no pueden levantarse durante la guerra.

»4.º Las Marinas de España y Francia no podrán reputarse inactivas, relativamente a su posibilidad, mientras ocupan una fuerza igual o superior inglesa; y cuanto esta ocupación sea más lejos de Inglaterra, tanto más lo será de gasto y embarazo.

»5º Las Marinas de Francia y España, en su inferioridad no pueden intentar operaciones que no sean por un término de sorpresa, adelantándose de modo que estén concluidas para cuando el enemigo pueda acudir reunido superior.

»6.º Las escuadras y los navíos de guerra con transportes dentro no son escuadras y navíos que pueden medirse con otras y otros de igual fuerza sin tal embarazo».

«Bajo estos principios procedió el general Mazarredo en sus planes: uno, con la totalidad de las fuerzas de las dos naciones; otro, con las parciales, quedando una respetable en Brest. El segundo parte de una hipótesis que se puede falsificar; a saber: que la inglesa envía del Norte sólo 20 a 22 navíos. Al primer plan no hay enemigo que se resista. Estaría todo hecho antes que Inglaterra acudiese; y, lejos de poder acudir superior, probablemente serían batidas sus fuerzas divididas y seguiría quedando inferior para toda la campaña.

»El primer cónsul no ha adoptado ni uno ni otro plan. Es verdad que la situación de los Departamentos del Oeste, la del mismo Brest, y otras circunstancias de hasta ahora, no hubieran hecho posible su efecto, aun cuando hubiese adoptado cualquiera de ellos.

»Ha pensado, no obstante, con especialidad en el socorro de Malta, y a este fin mandó aprontar con preferencia 14 navíos y luego 3 más, que están listos, al parecer, con provisiones suficientes para una buena campaña y para el socorro; y trata ahora del modo en que se lleve a efecto, conciliado con la expedición a Menorca, sin que ésta corte el objeto directo y previo a Malta».

«Pero es menester sentar elementos. Sin esto cuanto se proyecte es vago.

»¿Brest puede aprontar los 31 o 30 navíos franceses que tiene en su puerto? En este caso, y con los 15 españoles que hay allí, los seis de Ferrol y cuatro de Cádiz, no hay más que guardar secreto, se puede todo: se lleva la expedición a Menorca y se conquista; se socorre a Malta; se bate y se destruye a cuanto enemigo hay en el camino, o se impide la unión de nuevas fuerzas enemigas; éstas van a gran riesgo de un fracaso, y finalmente los marinos aliados pueden hacer una campaña gloriosa que nos dé mucho, la par de los negocios.

»¿Francia no puede aprontar en Brest más de 20 navíos y el primer cónsul mira con preferencia el socorro pronto y directo a Malta, a cuyo fin se refuercen aquéllos con españoles desde el Estrecho de Gibraltar, hasta el número 24, para asegurar la superioridad en el tránsito a Malta? En este caso no puede hacer más que esta operación. Yo completaré hasta el número de 24 navíos la escuadra francesa, quedándome, por ejemplo, con 17 delante de Cádiz, incluidos los 6 del Ferrol, más los 4 de Cádiz que salgan a reunírseme. Pero la expedición a Menorca no puede hacerse. Se interpondrán muy luego fuerzas muy superiores del enemigo, que lo serán también a la escuadra dirigida a Malta, sin que a ésta quede otro partido que tomar, después de dado el socorro, que irse a Tolón.

»El primer cónsul puede elegir la proposición que le parezca de las dos, según sus diversos elementos; en la inteligencia también de que en el caso de la segunda, si se falsifica el juicio de Mazarredo de que se interpondrán fuerzas enemigas superiores, y que el Rey su Señor ordene la expedición a Menorca, Mazarredo se gloriará en conducirla.

»Pero anunciarlo posible desde ahora sería aún más una ignorancia que una temeridad. Y nada lo comprobaría tanto como el mismo hecho de desear el primer cónsul que se refuerce la escuadra francesa hasta el número de 24 navíos para ir desde el Estrecho a Malta, a fin de asegurar la superioridad en el tránsito. ¡Qué diferencia de comisión a comisión, ya por lo que la una se adelanta, la libertad con que camina, la brevedad con que se despacha y la certeza de no hallar quien la resista, y la otra, por el contrario, atrasada con un convoy, de larga ejecución en su conjunto, y con evidencia de caer bajo las fuerzas que la arruinasen!

»Mazarredo, aunque se ha prestado a pasar por el telégrafo al general Gravina la orden de salida con la escuadra francesa, a dar caza a la enemiga que bloquea a Brest, a causa de la responsabilidad con que el primer cónsul se ha conminado de los perjuicios que acarrearía en el estado presente de las cosas la inacción de las fuerzas españolas, no puede dispensarse de repetir que será una maniobra absolutamente inútil al objeto, de ventaja al enemigo, que

huiría bien anticipadamente sobre su Canal de la Mancha si es inferior; y que sólo producirá perjuicios a la buena habilitación y podrá tener otras consecuencias muy desagradables a las dos naciones, siendo tan posible, tan fácil la salida de mayores fuerzas inglesas del Canal antes que las combinadas puedan volver, a tomar el puerto de Brest.

París, 9 de marzo de 1800 (18 Ventose, año 8). —Joseph de Mazarredo».

Napoleón y España tras la vuelta de Godoy al poder (25)

El sobresalto continuo en que se desarrollaban las relaciones con Bonaparte aún hubo de incrementarse, en los primeros momentos de la vuelta al poder de Godoy, con un nuevo capítulo, éste referido al espinoso y perenne asunto de la ayuda naval de España a su aliada, en la que tanto confió Bonaparte, como lo había hecho el Directorio. Urquijo había transigido en 1799-1800 en prestar ayuda, pero nunca fue suficiente la proporcionada para calmar las apetencias del primer cónsul, de modo que las peticiones de Napoleón al gobierno de Madrid prosiguieron cada vez de modo más imperativo. *Necesitamos sin dilación alguna, y al precio que sea* —escribía a Luciano el 7 de febrero— *adueñarnos del Mediterráneo, y obligar a los ingleses a un esfuerzo que no podrían soportar mucho tiempo* (26).

El 13 de febrero de 1801, con el asunto de Portugal todavía paralizado, Luciano obtuvo de Godoy la firma de un acuerdo (Convención Naval) por el que España se comprometía a tener dispuesta una parte de su escuadra atracada en Brest para combatir, junto a navíos franceses y holandeses, a la armada británica en Brasil o la India, y otra para desarrollar una misión contra Irlanda; dispondría en El Ferrol cuatro barcos de línea para colaborar con los franceses en la toma de Trinidad y se prepararía al resto de la armada española para actuar, cuando conviniera, en el Mediterráneo.

Bonaparte había exigido, además, que Mazarredo fuera destituido como jefe de la flota de Brest y se nombrara en su lugar a Gravina, hecho que complacía a Godoy por su amistad personal con el último. Este acuerdo, en parte favorable a España por la posibilidad de recuperar Trinidad, no se puso en práctica y sin embargo Bonaparte prosiguió con otras peticiones, siempre encaminadas a satisfacer, en exclusiva, los intereses franceses y con frecuencia poco honrosas para España. Así, en marzo de 1801 exigió a Godoy la entrega de tres navíos españoles, que quedarían bajo el mando francés, el traslado de la escuadra de El Ferrol a Cádiz para, junto con la de aquel puerto, atacar desde allí a Inglaterra, y el envío a Livorno de tres fragatas de la flota de Cartagena. Ante la respuesta negativa de Godoy, quien pidió a Francia

(25) Según LA PARRA, Emilio, pp. 297-298.

(26) MORENO ALONSO, M.: *Napoleón...*, p. 98. Este autor cree que «uno de los errores de Napoleón en su obsesión por derrotar a Inglaterra consistió en sobrevalorar la marina española (...) aún cuando toda su obsesión fue siempre ponerla bajo el mando de oficiales franceses». (p. 94).

mayor información sobre sus planes y recordó lo convenido acerca de la guerra a Portugal, el embajador francés insistió en su demanda ante Pedro Cevallos, el ministro de Estado. Aunque España no podía materialmente satisfacer estas exigencias, el hecho mismo de producirse y la forma en que tenían lugar (de modo perentorio, al estilo militar, como dijo Azara) ocasionaron un profundo desasosiego en Godoy, siempre preocupado por su imagen ante Bonaparte y desorientado respecto a los planes del francés.

Esto último constituyó una de las mayores preocupaciones para Godoy y para Azara, quien desde su puesto de embajador en París pasaba por continuas tribulaciones a causa del hermetismo de su corte y de las incertidumbres derivadas del proceder del primer cónsul. En las mismas fechas en que Bonaparte formulaba las exigencias mencionadas, Azara informaba que acababa de proponer al ministro de Exteriores Talleyrand «... que acabáramos con esta vacilación de demandas y que de una vez supiéramos qué era lo que quería el primer cónsul y el objeto y empleo de las fuerzas que se nos pedían».

Eran, en realidad, unas preguntas retóricas porque los diplomáticos y los almirantes españoles, y entre ellos muy destacadamente Mazarredo, sabían que Napoleón quería disponer a su antojo y en su exclusivo beneficio de los barcos de la Marina Real Borbónica. Y algunos trataron de evitar a toda costa esta supeditación. Al almirante bilbaíno esta digna actitud le costó su caída en desgracia ante la Corte de Carlos IV, ofrecido en cierto modo como la cabeza del bautista. En los años siguientes su malentendimiento con el gobierno de Carlos IV se fue acentuando y, en la dramática crisis de 1808, cruzó voluntariamente una raya que no todos los españoles del momento quisieron pasar. Ni siquiera muchos de sus familiares, que sirvieron en las filas de los patriotas (27).

(27) Como dato a la par anecdótico y revelador de la relación entre familia y carrera militar en el Antiguo Régimen, un nieto de nuestro teniente general de la Real Armada, llamado Manuel de Mazarredo y Mazarredo, nacido en Bilbao el 27 de mayo de 1807, fue combatiente patriota desde niño. Al menos sobre el papel: el 18 de noviembre de 1808, con año y medio, fue nombrado «capitán de menor edad del regimiento de Infantería de Voluntarios de Borbón...». Al fin y al cabo, su padre (que era sobrino y yerno de José de Mazarredo, a la sazón ministro de José Bonaparte) había levantado a sus expensas dicho Regimiento patriota. Más curioso aún es que, en 1815, solicitase que su hijo fuese ascendido a teniente coronel por considerarle comprendido entre los beneficiados por la Real Orden de 30 de mayo de 1815 que ascendía de grado a los oficiales que habían hecho la guerra de la Independencia. No se aceptó porque uno de los informantes consideraba que con diez años no debería ascenderse... (Sobre este importante general Manuel Mazarredo, que llegó a ser ministro de Isabel II y que tuvo un decisivo papel en la creación de la Guardia Civil en 1844, vid. CEPEDA GÓMEZ, José: «Don Manuel Mazarredo y Mazarredo; la sombra de Narváez», en *Revista de la Universidad Complutense*, 1980, pp. 77-104.

La REVISTA DE HISTORIA NAVAL es una publicación periódica trimestral del Ministerio de Defensa, publicada por el Instituto de Historia y Cultura Naval, centro radicado en el Cuartel General de la Armada en Madrid, cuyo primer número salió en el mes de julio de 1983. Recoge y difunde principalmente los trabajos promovidos por el Instituto y realizados para él, procediendo a su difusión por círculos concéntricos, que abarcan todo el ámbito de la Armada, de otras armadas extranjeras, de la Universidad y de otras instituciones culturales y científicas, nacionales y extranjeras. Los autores provienen de la misma Armada, de las cátedras de especialidades técnicas y de las ciencias más heterogéneas.

La REVISTA DE HISTORIA NAVAL nació pues de una necesidad que justificaba de algún modo la misión del Instituto. Y con unos objetivos muy claros, ser «el instrumento para, en el seno de la Armada, fomentar la conciencia marítima nacional y el culto a nuestras tradiciones». Por ello, el Instituto tiene el doble carácter de centro de estudios documentales y de investigación histórica y de servicio de difusión cultural.

El Instituto pretende cuidar con el mayor empeño la difusión de nuestra historia militar, especialmente la naval —marítima si se quiere dar mayor amplitud al término—, en los aspectos que convenga para el mejor conocimiento de la Armada y de cuantas disciplinas teóricas y prácticas conforman el arte militar.

Consecuentemente la REVISTA acoge no solamente a todo el personal de la Armada española, militar y civil, sino también al de las otras Marinas, mercante, pesquera y deportiva. Asimismo recoge trabajos de estudiosos militares y civiles, nacionales y extranjeros.

Con este propósito se invita a colaborar a cuantos escritores, españoles y extranjeros, civiles y militares, gusten, por profesión o afición, tratar sobre temas de historia militar, en la seguridad de que serán muy gustosamente recibidos siempre que reúnan unos requisitos mínimos de corrección literaria, erudición y originalidad fundamentados en reconocidas fuentes documentales o bibliográficas.

MAZARREDO: UN MARINO MINISTRO DE JOSE BONAPARTE

General CERVERA

Durante estos dos últimos días, y en la conferencia que hoy me ha precedido, han tenido ocasión de conocer diversos aspectos del marino don José de Mazarredo, sin duda alguna figura destacada de la Marina dieciochesca, que con sus luces y sombras marcó la impronta de una época de continuas y notables mutaciones. Así habéis conocido, el Mazarredo científico, determinante de una acusada personalidad en un marco ilustrado; el Mazarredo organizador, estratega y táctico, que asombra no solo a sus compañeros en la Armada, sino al propio Napoleón y el Mazarredo diplomático, que también se las tiene tiesas con el primer cónsul. A mi sin embargo, me *toca bailar con la mas fea*, pues he de tratar el Mazarredo ministro del rey José Bonaparte, es decir el Mazarredo afrancesado que echa un borrón inexcusable en su brillante hoja de servicios. Pero no adelantemos juicios de valor y enfrentemos serenamente la rigurosidad del hecho.

No es la primera vez que hablo de Mazarredo en las Jornadas de Historia Marítima que programa el Instituto de Historia y Cultura Naval. En una de las primeras, a fines de la década de los ochenta desarrollé el tema «El almirante Mazarredo, un marino profesional en un marco ilustrado», situándolo dentro de esas señas de identificación común de los marinos de la ilustración. El tema me parecía atractivo, porque los marinos ilustrados —y sin duda Mazarredo forma parte de esa nómina—, estructuran sus propios esquemas que habrán mas tarde de desarrollar en tareas de revisión y reorganización, depurando, agilizando, sustituyendo, revitalizando; estableciendo desde causa a efecto una escala de valores en los que descansan los resultados y consecuencias de esta revalorización, porque estos marinos tenían una visión panorámica muy globalizada de los problemas nacionales, lo que implicaba un objetivo de fusión y coherencia de las distintas partes del todo; porque como ha escrito Palacio Atard, hasta los mas acérrimos defensores del tradicionalismo, no desdeñaron nunca el progreso material y las ventajas introducidas en el siglo por los adelantos de la ciencia y técnica europea. Mazarredo no tenía por que ser la excepción de la regla.

Sin embargo Mazarredo no ejerció en mi vocación historiográfica, la atracción de un Topete, cuya biografía se publicó en 1996 en aquella espléndida colección de *Aula de navegantes* dirigida por el acierto de José Antonio Ocampo, ni de un Javier de Uriarte, empresa en la que ando metido ahora, o el reclamo de un Cayetano Valdés que une a su circunstancia naval el fino senti-

do del político. Mazarredo cuenta con otros apologistas —el almirante Barbu-do, José María de Areilza— de mucho mas peso histórico que quien os habla, pero no por ello me parece menor el reto de estudiar, e incluso de entender su afrancesamiento, por el que tantos agravios recibiera y tuviera que beber el cáliz del desprecio y reproche —algunos en durísimos términos— de sus mas entrañables compañeros.

Es evidente que las palabras *afrancesado* y *afrancesamiento* han sido manipuladas con excesiva ligereza y sin que su contenido responda a una situación real. Junto al afrancesamiento ideológico e intelectual, el que pudiéramos llamar afrancesamiento *de convicción* ha existido otro coyuntural y oportunista, de gente que por diversos motivos —y la ambición —puede ser uno de ellos— se prestaron a unirse al invasor. Pero existe un tercero que reclama el mérito de servir a España desde posiciones forzadas e incómodas, que entrañan sacrificio y renuncia, pero que en su trasfondo puede ser un afrancesamiento *de puro patriotismo*. Y este puede ser el caso de Mazarredo, de quien dice Fernández de Navarrete: *en sus cualidades personales aparecían reunidas la sinceridad y el candor con la prudencia y la penetración del héroe y del sabio*. Trazo tal vez ingenuo, pero que no deja de reflejar el concepto que aún sin demasiada perspectiva para la emisión de un juicio histórico se tenía del marino.

No cabe duda que personas bien intencionadas —y en ellas damos entrada a nuestro personaje— deciden unirse voluntariamente a José Bonaparte, para apoyarle en sus proyectos reformistas y seguirle en su política, y no son pocos los historiadores y analistas que consideran que a España le hubiese ido mejor con el rey intruso que con el advenedizo, por no utilizar otro calificativo de mayor dureza, de Fernando que mientras su pueblo luchaba en su nombre a muerte contra el invasor francés, el cómodo inquilino de Valencay, felicitaba a Napoleón por sus éxitos en España. Parece increíble pero es así. La Historia gusta a veces de estos sarcasmos.

Los principios doctrinales del afrancesamiento —y Mazarredo no será ajeno a ellos— se engloban en la adhesión a la forma monárquica, no de una dinastía determinada, la oposición a las acciones revolucionarias, y la necesidad de reformas políticas y sociales que dotaran a España de una posición de fuerza dentro del contexto europeo. Bajo estos postulados, los españoles de buena fe, que creyeron que la salvación de España era más probable afrancesándose, no hicieron otra cosa que seguir los dictados de su conciencia. No excluyamos de este censo a Mazarredo.

Ha escrito don Gregorio Marañón que fue el rey legítimo Fernando VII el que ha costado en nuestra historia más vidas y mas sufrimientos a sus súbditos. Pocas vidas humanas merecen mayor repulsión que las de aquel traidor integral sin asomos de responsabilidad y de conciencia, ni humana ni egregia, Por ello —sigue don Gregorio— no puede juzgarse con rigor suficiente a quienes prefirieron con toda clase de reservas patrióticas al rey José. Y para Salvador de Madariaga, Fernando VII ganó títulos sobrados para que se le considere el rey mas despreciable de la historia de España.

Un buen número de afrancesados fueron tan leales a su españolismo y su monarquismo que al cesar el compromiso con José Bonaparte que habían jurado por espíritu de orden y por noble sentido liberal, volvieron a la obediencia de *El Deseado*, convertido ya en Indeseable. Mazarredo no pudo hacerlo porque triste y desmoralizado había muerto en 1812, pero al menos se libró del trámite insufrible de las purificaciones.

En el grupo de afrancesados que se unen al rey José hay absolutistas y liberales. La moderna terminología los llamaría hoy *colaboracionistas* como ocurriera en Francia con el gobierno de Vichy en la segunda guerra mundial, o los gobiernos títeres que surgieron tras el telón de acero bajo dominación soviética. Pero este colaboracionismo josefino tiene otros alcances. Posiblemente no eran menos patriotas que los que luchaban contra los franceses, aunque su nacionalismo estuviera investido del sentido humanístico y cosmopolita de la Ilustración, hasta el punto de defender a José I como rey español, contra el intervencionismo, la arbitrariedad y el sojuzgamiento que ejercía Napoleón sobre España, y en ese caso —justo es decirlo— las protestas del rey José y sus ministros fueron constantes.

Los ilustrados afrancesados se mantienen dentro de la legalidad constituida y acatan a la Junta de Gobierno de Madrid a la salida de Fernando VII. Creen que España no está envuelta en una guerra por la independencia sino en una contienda civil. En un bando está la legalidad y el orden; en otro, la insurrección y el caos. La Constitución de Bayona preparada por Napoleón, era muy del gusto de estos intelectuales para los que significa un paso hacia adelante. La entronización de José, no implica para ellos ninguna traición ya que Fernando ha renunciado a la corona a favor de su padre, y este a su vez se la ha cedido a Napoleón, que graciosamente se la entrega a su hermano mayor. No puede haber una almoneda de mas deshonra en tanto significativo trueque.

En la asamblea de Bayona —todavía José no ha formado gobierno— la presidencia la ostenta Miguel José de Azanza (más tarde duque de Santa Fé, título josefino), que ha sido ministro de Carlos IV y Fernando VII, Mariano Luis de Urquijo, ministro de Carlos III en su juventud y de Carlos IV, Pedro de Cevallos, inminente ministro de Asuntos Exteriores, que lo había sido de Estado con Fernando VII, quien en 1814 le volvió a dar el mismo cargo, y en 1816 de Gracia y Justicia. Era pariente de Godoy, y según se dijo *buen nadador entre dos aguas* Gonzalo O'Farril que regirá el Ministerio de la Guerra, había ocupado la misma cartera con Fernando VII. Teniente general ascendido en la guerra contra la Convención a raíz de la acción de Bañolas. Al perder la corona José I se expatrió y murió en el exilio. Sebastián Peñuela, ministro de Justicia también lo había sido con Fernando VII, y el propio presidente Azanza que va a ser ministro de Indias, había sido militar. Indultado en 1820 tras el golpe militar de Riego. También Mariano Luis de Urquijo, traductor de Voltaire, declarado reo de alta traición por los partidarios de la independencia, se fue a Francia a la caída de su rey y nunca volvió a España. Solo Mazarredo no tiene pasado político, sino el prestigio de un buen marino. No ha sido

ministro de nada, y ahora va a serlo de una Marina apócrifa con el indignado rechazo de sus compañeros, y posiblemente con algo de su propio desencanto.

Napoleón ha crecido mucho desde aquellos años de la guerra contra la Convención cuando era un joven capitán de artillería. Conoce a los marinos españoles a los que ha tenido enfrente y ahora quiere tenerlos a su lado en virtud de esas raras alianzas a las que parece proclive nuestro país. Admira a Uriarte al que ha regalado un sable como muestra de amistad. Respeta a Gravina y Escaño y tiene una relación de altibajos con Mazarredo con el que ha mantenido extensa correspondencia no siempre en tonos de cordialidad, pues el marino tiene un firme posicionamiento sobre los barcos españoles situados en Brest. Como ejemplo la larga y razonada queja que dirige al ciudadano Bonaparte primer cónsul de la República francesa. El escrito tiene fecha de 11 de enero de 1808, cuando ejerce de plenipotenciario de Carlos IV, el Rey mi Amo, como lo titula. Rechaza las insinuaciones y reproches de Napoleón, sobre la escasa colaboración española y dice textualmente: *Al oídos, ciudadano Primer Cónsul, yo estaba muy lejos de dar la fuerza oficial de vuestra dignidad a vuestras manifestaciones. En ellas miraba más bien solo al general Bonaparte que honrando su amistad al general Mazarredo, y tratándolo con la franqueza de entre dos militares, le daba prueba de estimación particular comunicándole aquellos sentimientos para que con su conocimiento disipase sus causas y no quedase vestigio de desacuerdo entre los dos Gobiernos.* Y el 9 de marzo del mismo año, Mazarredo presenta su plan a Napoleón sobre el movimiento y acción de las fuerzas navales de las dos potencias aliadas, Francia y España, modelo de concreción y ajuste. No es extraño por tanto que de algún modo, ocho años después sea el propio Napoleón el que sugiera —y sus sugerencias son puro mandato— a su hermano José al que ha regalado la corona de España, que cuente con Mazarredo entre sus leales.

Es indudable que Mazarredo, pese a su adscripción al rey intruso, tenía que defender los intereses de España amenazados por la ambición de Bonaparte que quería disponer a su antojo de las fuerzas navales españolas. La firme actitud del marino encolerizó a Napoleón que lo retuvo en París largo tiempo y gestionó su cese en el mando de la escuadra. Años más tarde, en pleno fragor de la guerra de la Independencia, el afrancesado Mazarredo evitaría que los buques que se hallaban en Ferrol tras el abandono inglés de Galicia, salieran para Francia de donde ya había llegado un contralmirante con oficiales y marinería, para hacerse cargo de ellos. No se conformó con la remisión de oficios u órdenes escritas, sino que se personó físicamente en la ciudad gallega, para que con la fuerza de su presencia, se hiciese firme la decisión de no llevar los barcos a Francia. Cuando se fueron serenando las pasiones y analizado fríamente hechos y actitudes, la Marina entendió que el haber pesaba más que el debe y en 1847 una Real Orden dispuso que se le diera el nombre de Mazarredo a una corbeta de reciente construcción.

Los ojos de la Historia miran muchos pasajes. Unos contemplan la vida de un personaje con sus luces y sus sombras, mientras otros lo insertan en las

corrientes de su tiempo. Una acertada conjunción, expuesta magistralmente por Pablo Gonzalez Pola en la conferencia de apertura de estas jornadas. Por ello conviene fijar los lazos de conexión del marino cuyos méritos profesionales y señas de identidad han sido justa y brillantemente resaltados a lo largo del ciclo con el del hombre que toma partido por José Bonaparte, se integra en su estaff en una cartera de importancia como la de Marina, asiste en Bayona al alumbramiento de la carta otorgada y sigue los azares y vicisitudes de su nuevo soberano. No voy a entrar en el resbaladizo terreno de las especulaciones, pero cuando Mazarredo toma su decisión se sabe falto de apoyo para sostenerla y sabe que tendrá el rechazo, cuando no el desprecio de sus compañeros, de los que hasta entonces no ha tenido mas que muestras de consideración y de respeto. Y como para muestra basta un botón, juzguen la carta que el jefe de escuadra, héroe de Trafalgar, Francisco Javier de Uriarte y por el que Mazarredo siente gran aprecio, le dirige al ministro de José I, cuando le solicita en oficio de 22 de julio que se presente en Palacio con el fin de prestar juramento de fidelidad al intruso. La respuesta inmediata y de su puño y letra está concebida en estos términos *Excmo Sr. He recibido el oficio de V.E. de esta fecha en el que me previene me presente en la Secretaría de Marina con objeto de prestar juramento de fidelidad en manos del Rey, cuyo honor dice V.E. quiere dispensar a los Generales del Ejército y de la Armada.*

Ni mi honor ni mi conciencia me permiten acceder al mandato de V.E., juramento que tengo hecho a mi legítimo Soberano, S.M. el Rey Don Fernando VII y estoy presto a perder mi empleo y mi vida, antes de acceder a lo que V.E. solicita en su oficio que dejo contestado. Dios guarde a V.E. muchos años. Madrid, 22 de julio de 1808. Francisco Javier de Uriarte, Excmo. Sr. Don José de Mazarredo.

Hay que presumir que no por esperada la respuesta no sentiría Mazarredo un revulsivo emocional, por cuanto suponía que Uriarte no iba a estar solo en su rechazo. Escaño, su fiel Escaño, y tantos oreos compañeros con los que había compartido glorias y sudores. Quizá la culpa de todo la tuviera la prepotencia de Godoy a quien tanto molestaban las continuas protestas que por escrito le eleva Mazarredo quejándose del abandono de la Armada. Y vuelca su rencor contra el marino, y con olvido de los relevantes servicios que ha prestado a España, se obstinó en mantenerlo durante seis años apartado injustificadamente del servicio, postergado y humillado, persiguiéndolo incluso en su ostracismo de Bilbao, desterrándolo a Santander y Bilbao, por el supuesto—y ridículo hecho— de haber fomentado un alboroto público, actitud —como escribe el almirante Barbudo— totalmente en contradicción con la más que probada lealtad al Rey y postura de orden de Mazarredo.

No sería el plante del general Uriarte el único que amargaría las primeras horas del nuevo ministro josefino. El almirante Álava también rechaza la propuesta de Mazarredo y escapa de Madrid a Sevilla para llegar a Cádiz, último baluarte de la independencia española donde se hizo cargo de la escuadra anclada en aquella bahía. Don Cayetano Valdés, tan culto e ilustrado, no escuchó tampoco los cantos de sirena del usurpador y tras dejar la escuadra de

Cartagena en Mallorca, hurtándola a los deseos de Napoleón que la quería en Tolón, también marcha a Cádiz donde será hombre fundamental en la defensa de la isla de León. Del mismo modo Escaño fue reclamado para el servicio del rey José y su respuesta negativa fue categórica. Como ministro de Marina *leal* y hombre de la Regencia sus servicios fueron inestimables para la nación en armas. Solamente dos almirantes de la amplia nómina del generalato, Jose Justo Salcedo y Pedro de Obregón tomaran partido por el rey intruso, siendo por tanto los únicos colaboradores de este rango, con los que cuenta Mazarredo. Ya hablaremos de ellos más adelante.

Es evidente que no todos los ilustrados de finales del siglo son afrancesados: Floridablanca, Jovellanos, y dentro del marco naval Císcar son un buen ejemplo, pero si todos los afrancesados militan en el campo de la Ilustración y son los que asisten a las Cortes de Bayona convocadas por Napoleón y los que aceptan desempeñar carteras ministeriales en el equipo de José Bonaparte. Y surge de nuevo la obligada pregunta: ¿convencimiento?, ¿lealtad?, ¿conformismo u oportunismo político? Quizá las respuestas se enmarquen más en el campo de la sociología que de la política. En el beneficio de la duda que da la presunción de buena fé de la mayor parte de ellos hay que oponer el divorcio evidente con la reacción popular y revolucionaria, que contra los afrancesados, o los que parecían serlo, fue implacable. El populacho —que no el pueblo— fiel interprete del cainismo ibérico se tomó la justicia por su mano y produjo tremendos linchamientos de militares de alto rango, como Solano, ahorcado en Cádiz, el marqués de los Camachos arrastrado por las calles en Cartagena hasta su muerte y don José Varas y Varáez asesinado en Ferrol. Los ministros afrancesados mostraron su horror —y su temor— ante estos hechos. De nuevo la barbarie y el caos se imponían al orden y la justicia que propugnaban. Por eso esperan que los insurrectos sean aplastados por los ejércitos imperiales. Pero las Cortes reunidas en San Fernando contraatacarán —en pleno fragor de la contienda— promulgando duros decretos contra los afrancesados a los que se le incapacitaba para el ejercicio de empleos y cargos públicos. Lo curioso es que muchos doceañistas, profesaban en el fondo la misma ideología de los sancionados, pero anteponen su devoción y su lealtad en la causa de aquel ingrato rey que se llamó Fernando VII.

Pero para dar visos de validez a la introducción de la dinastía francesa en España, había que dotarla de un soporte legal, y éste se ve plasmado en la Constitución de Bayona, que quierase o no es la primera constitución propiamente dicha de la Historia de España. No era liberal, como lo será años más tarde la *Pepa*, acepción popular de la de 1812. No se mencionaba en ella la Inquisición, el clero regular y los señoríos, y preservaba los principios fundamentales de la España monárquica y católica. La religión oficial y la única aceptable era la católica y aunque se restauraban las Cortes no tendrían poder legislativo. Se modernizaban los sistemas judicial y fiscal y se protegían los derechos individuales. Además se concedía la libertad de prensa en el plazo de dos años.

En realidad esta Constitución que agradaba a los asambleístas reunidos en Bayona, pudo haber representado un paso en dirección, acertada, esto es, hacia una España más liberal y moderna y pudo haber evitado la contienda que originó la de 1812. Pero no habría de ser así, pues solo se aplicó a intervalos y protegida por las tropas francesas. La mayor parte de los españoles no llegaron a enterarse de que había existido. Y es que el peso de las armas parecía estar muy por encima del de las leyes.

El 7 de julio de 1808 el nuevo rey José Bonaparte, así como sus diputados, juraban lealtad a la Constitución y poco después José formó su nuevo Gobierno. Incluía a Luis Mariano de Urquijo, Francisco Gabarrús y Gonzalo O'Farrill, que constituyeron más tarde importantes pilares del régimen afrancesado, Pedro Cevallos, que había servido a Godoy y a Fernando, cambiando más tarde de campo para luchar por la España libre y nuestro Mazarredo. Para Miguel Morayta, catedrático de Historia en la Universidad de Madrid y Gran Oriente de la Masonería española, todos son masones, lo que les otorga un alto grado de libertad y tolerancia y todos están llamados a jugar un gran papel en beneficio de la fraternidad universal.

José con gran comitiva entró en España el 9 de julio. Estaba lleno de buenas intenciones y convencido de haber sido designado por la Providencia para realizar una completa regeneración y parecía dispuesto a impedir que su todopoderoso hermano interfiriese en la gestión de gobierno. Imaginaba un mandato bastante benéfico para su nuevo reino con reformas políticas pero sobre todo sociales que le darían una gran popularidad entre sus súbditos y le aseguraría un lugar respetable en la Historia de España. Y así parecía creerlo también Mazarredo que no dudó en brindarle su lealtad, aunque después en las deliberaciones de los consejos de ministros adoptara otras posiciones, ya que junto a O'Farrill —sintonía entre dos ministros militares— eran los más enérgicos en la defensa de cuanto consideraban consubstancial al patriotismo.

Pero la entrada del nuevo rey en su nuevo reino distó mucho de ser triunfal. Los habitantes se mostraron en general hostiles y José comprendió bien pronto que no era bien acogido en España. En la correspondencia con su todopoderoso hermano, recogida entre otros textos, en los libros de Vallejo Nájera, *Yo el Rey* y *Yo el intruso* de tan fácil como agradable lectura, mostraba indudable signos de inquietud. Napoleón procuraba animarlo con cartas optimistas pero José vivía su propia realidad. Madrid, donde entró el 20 de julio, le otorgó un sombrío recibimiento y el ánimo de José se hundió hasta el punto que conocido el resultado de la batalla de Bailen, emprendió viaje hacia el norte, pensando en la posibilidad de tener que volver a Francia. La directa intervención de Napoleón con sus doscientos mil soldados de refresco hizo cambiar el curso de la guerra y José pudo volver a Madrid de nuevo el 22 de enero de 1809 por la puerta de Atocha en brioso caballo alazán, sin que el recibimiento esta vez tuviera la hostilidad del anterior, aunque sí un clima de indiferencia o resignado conformismo.

José no esperó esta vez, consejos o recomendaciones para procurar ganarse el afecto de sus súbditos. Salía bastantes veces de Palacio para visitar asilos y

hospitales y en todos ellos hizo buena impresión su afabilidad. Volvió a restaurar las corridas de toros, suprimidas por Godoy sufragando de su propio peculio una parte de las entradas en beneficio de los asistentes. La gran mayoría de los madrileños eran desde luego buenos patriotas y sentían resentimiento a causa del domino extranjero que las bayonetas de Napoleón les había impuesto. Pero ante el rey José, parecían sentirse desarmados, aun cuando esta sensación no durara sino unos momentos. Sus ademanes agradables, su sincero afán de complacer eran sus mejores armas. Comprendió los problemas de España mejor que el Emperador y hubiese querido y hubiese querido independizarse de la política imperial. De él se ha dicho que *constreñido entre los ejércitos napoleónicos que no le obedecían y la cerrada hostilidad de los españoles, no pudo hacer valer sus buenas cualidades*. La mayor parte de sus ministros —que lo habían sido de Fernando VII— podían valorar las diferencias existentes entre uno y otro. De aquí que muchos analistas o historiadores, no precisamente calificados como afrancesados, comiencen a plantearse la cuestión de si no nos hubiera ido mejor con José I que con Fernando VII, el peor de aquella *dinastía miserable* como duramente la tachó Carlos Marx en sus escritos sobre España.

Pero volvamos al papel de Mazarredo y su ministerio sobre una Marina prácticamente inexistente (casi todas las operaciones fueron terrestres) y a la que intentó mas que nada salvaguardarla de incursiones extrañas contando para ello con la colaboración de los almirantes (en realidad se titulaban generales) José Justo Salcedo y Pedro de Obregón. Y vuelve a surgir la pregunta que hicimos con respecto a nuestro Mazarredo. ¿Que factores pudieron influir en su decisión en poner su espada al servicio del rey francés? ¿Odio al inglés contra el que se han pasado media vida peleando? ¿Convencimiento que con José Bonaparte puede lograrse una España mejor? Ambos cuentan con una excelente hoja de servicios y están considerados como jefes inteligentes y de valor probado. Salcedo en 1794 había tomado parte en la campaña del Cantábrico al mando del navío *Monarca*, con el que asistió al socorro de Rosas y en 1798 estuvo en la defensa de Cádiz, precisamente a las órdenes de Mazarredo y colaborando estrechamente con él, forzando el bloqueo con las fragatas *Mercedes* y *Paz* y con el mando del *Argonauta* hizo reiterados viajes a América.

En la ruptura de hostilidades con la Gran Bretaña estaba de licencia en Cádiz donde se le confirió el mando de la escuadra de Cartagena que afortunadamente no combatió en Trafalgar Ascendido a teniente general continuó con el mando de dicha agrupación y cuando sobrevino la invasión francesa se ordenó a la escuadra de Cartagena se dirigiera a Tolón, pero don Cayetano Valdés, con clara visión de lo que podría pasar de cumplimentar la orden se quedó en Palma de Mallorca. Murat exigió la destitución de Valdés y Mazarredo nombró para sucederle al general salcedo que ya la había mandado y cuyo destino era en aquellos momentos vocal del Consejo de Almirantazgo. Salcedo no solo no se hizo cargo del mando sino que tras los sucesos del 2 de mayo se dirigió a Valencia para tomar parte en la defensa de esa ciudad

contra el ejército francés. Sin embargo en 1809 da un cambio radical, se une a la causa de Bonaparte y acepta ser uno de los pocos marinos que secunda sus órdenes —las recibe por conducto de Mazarredo— aunque con poca fortuna vista la precariedad y resultados negativos de las acciones navales que emprendieron. Terminada la guerra Salcedo emigró a Francia donde vivió muy estrechamente, pero a su regreso, después de no pocas vicisitudes el rey rehabilitaría su memoria.

En cuanto a don Pedro Obregón, su vida es en cierto modo paralela a la de Salcedo. Formó parte de la expedición de Argel en 1775 y en 1780 se halló en la toma de Mobile y en Bahía Honda apresando a la fragata inglesa *Nancy* después de reñido combate. Estuvo también en la escuadra del general Solano en la campaña de la Florida y toma de Pensacola. Ascendió a brigadier en 1791 y al mando del navío *San Hermenegildo* en la escuadra de Gravina, incorporada ésta a la de Lángara tomó parte en la ocupación y defensa de Tolón.

Ascendido a teniente general, cuando la invasión francesa estaba de comandante general de Ferrol y se puso a las ordenes del rey intruso, al que sirvió con lealtad, ya que tuvo que salir con las tropas francesas, aunque dilató la salida ordenada de los buques para Brest de tal forma que salvó a la escuadra de caer en poder de Francia, a imagen y semejanza de lo que su mentor Mazarredo había hecho años antes, precisamente en la misma ciudad ferrolana. Obregón tuvo peor suerte que Salcedo; murió en el destierro y sus bienes fueron confiscados por la Regencia.

Tanto Obregón como Salcedo, gozan de la absoluta confianza de Mazarredo, pero el campo de sus operaciones navales es muy limitado y apenas hay constancia de sus actos. En 1810 está en Málaga con su flamante título de comandante naval y se muestra impotente para armar en corso dos faluchos y cuatro cañoneras. La *Gaceta del Gobierno* publica la correspondencia que sostiene con Mazarredo en la que manifiesta las dificultades que encuentra en su misión, al no encontrar oficiales de la Armada para el mando de esos buques y que tienen que ser suplidos por pilotos. La realidad es que la mayor parte de los cuadros superiores de la Armada están batiéndose el cobre en la lucha contra los invasores en operaciones de tierra en las que no pocos alcanzaron notables méritos.

Por fin encuentra Obregón dos faluchos *Santísima Cruz* y *Nuestra Señora del Carmen*, este último medianamente armado y del que toma el mando el alférez de navío Gabriel de Olivar, al que los franceses habían hecho prisionero en Málaga y al que creían haber conquistado para su causa, pero una vez en el mar —octubre de 1810— se pasó a los patriotas entrando en Gibraltar y luego en Algeciras Refiere el contralmirante Martínez Valverde en su interesantísimo libro *La Marina en la guerra de la Independencia*, como Olivar, ya en Cádiz, fue ascendido a teniente de fragata por esta acción creándose un escudo de distinción para él y para su dotación. Pensaba apresar, antes de pasarse, el otro falucho armado por Obregón, pero una traición hizo imposible la sorpresa. El Gobierno intruso calificó el hecho de *detestable* y *abominable*

que Olivar no pagaría *con cien vidas que tuviera* Se le dio de baja en la lista de su Armada y decretó el embargo de bienes de todos los tripulantes del *Nuestra Señora del Cármen*. ¿Qué pensaría Mazarredo de todo esto, de vuelta ya de tantas cosas?

La acción más importante de nuestros dos generales josefinos es la conmiación a la Junta de Gobierno de Cadiz y la isla de León a la rendición en un documento suscrito en el Puerto de Santa María redactado en términos muy ampulosos y que de inmediato obtiene la respuesta negativa de la Junta en términos de absoluta dignidad dentro de un laconismo elocuente: «la ciudad de Cádiz, fiel a los principios que ha jurado, no reconoce otro Rey que el Señor Don Fernando VII. Cádiz, 6 de febrero de 1810. Francisco Javier de Venegas». (Siguen las firmas de los vocales.)

No cejaron en su empeño los marinos comisionados por el gobierno afrancesado y dirigieron una nueva carta al general Álava comandante general de la escuadra de Cádiz, intentando que *pícara* ante lo que calificaban como el *peligro inglés*. Por no alargar en demasía esta ponencia, no la transcribo en su total extensión (se incluirá en el texto escrito de cuaderno monográfico), pero les aseguro a ustedes que no tiene desperdicio. Álava contestó el mismo día con una repuesta terminante y firme que incluso a la Regencia le pareció dura pues le hizo modificar algunos párrafos. Otra dolorosa prueba para Mazarredo que no ha apurado aun totalmente los desaires de sus compañeros (y Álava estaba entre los mas queridos).

Los intentos de incrementar la marina josefina con la construcción urgente de lanchas cañoneras, cuyo manejo y utilidad tan bien conocía Mazarredo, faluchos armados y obuseras, así como la utilización desde el río de Sevilla a Puerto Real de cuantos barcos resultaran adecuados para cañoneras y las tartanas y charangueras para transportes y con objeto de dotar las escuadrillas ante la resistencia de los marinos españoles a tripularlas, hicieron venir hasta la costa marinos de la Guardia Imperial. Pero muchos de ellos habían sido apresados en la batalla de Bailén que impidió a Dupont la recuperación de la escuadra francesa fondeada entre Cádiz y La Carraca. Tal fue el origen de la flotilla afrancesada que tan poca eficacia demostró durante todo el sitio gaditano y en cuya organización y puesta a punto se invirtieron notables sumas. En ellos, y ante las impacencias mal contenidas del almirante francés Sausseaux, emplearon sus esfuerzos —dignos de mejor causa— los marinos afrancesados del rey José.

Es evidente que sin esa equivocada decisión, mal juzgada e interpretada hasta épocas recientes, el nombre de Mazarredo figuraría por derecho propio en al lado de los más ilustres varones del botón de ancla. Su correspondencia de los últimos años se deja ver su agitación interior y su dolor de español. Se ve flaquear lo que él creyó en principio que era fe en la causa de José Bonaparte, pero a pesar de su desilusión y de sus dudas, es cierto que le faltó la decisión para tomar una decisión final en el sentido de retractarse, actitud que le hubiese valido la general estimación y que le hubiese permitido volver como hijo pródigo al seno de una corporación a la que tanto y tan bien había

servido. Sin embargo, a pesar de todo, historiadores tan importantes y próximos a él, como Fernández Duro y Fernández de Navarrete rehabilitan su nombre y ensalzan su memoria, y otros historiadores españoles sin afinidad con la marina —Gómez Arce y el conde de Fernán Núñez—, lo elogiarán asimismo. Y en cuanto a los extranjeros, Guérin y Romey, lo citan como uno de los valores más insignes de finales del siglo XVIII, con adjetivos como bravo, hábil, ilustrado. Y en nuestros días, firmas tan importantes como las de Miguel Artola en su fundamental libro, *Los afrancesados*, Moreno Alonsó en su espléndida biografía de José I y el ya citado Vallejo Nájera en su novela *Yo el intruso*, destacan unas cualidades tanto en el orden técnico como el psicológico, que eran bien patentes y notorias.

Mazarredo muere en Madrid en 1812, en el mes de julio, cuando la estrella napoleónica comienza a extinguir su brillo en el horizonte sombrío de Europa y negros nubarrones van a ceñirse también sobre España con la vuelta del Deseado, ¿cabe mayor ironía en la palabra? Las dos Españas, la de los patriotas y los afrancesados; la de los serviles y los liberales, cargarán sobre sus hombros los despojos de una vida, de quien no supo o no pudo lograr la plenitud de la gloria. La Historia, a la que tanto amamos, lucha desesperadamente entre sombras, entre espectros que pasan. La muerte se lleva sus misterios, pero al final queda siempre el triunfo del espíritu sobre la materia.

Muchas gracias.

A PROPÓSITO DE LAS COLABORACIONES

Con objeto de facilitar la labor de la Redacción, se ruega a nuestros colaboradores que se ajusten a las siguientes líneas de orientación en la presentación de sus artículos:

El envío de los trabajos se hará a la Redacción de la REVISTA DE HISTORIA NAVAL, Juan de Mena, 1, 1.º 28071 Madrid, España.

Los autores entregarán el original y una copia de sus trabajos para facilitar la revisión. Con objeto de evitar demoras en la devolución, no se enviarán pruebas de corrección de erratas. Estas correcciones serán efectuadas por el Consejo de Redacción o por correctores profesionales. El Consejo de Redacción introducirá las modificaciones que sean necesarias para mantener los criterios de uniformidad y calidad que requiere la REVISTA, informando de ello a los autores. **No se mantendrá correspondencia acerca de las colaboraciones no solicitadas.**

A la entrega de los originales se adjuntará una hoja en la que debe figurar el título del trabajo, un breve resumen del mismo, el nombre del autor o autores, la dirección postal y un teléfono de contacto; así como la titulación académica y el nombre de la institución o empresa a que pertenece. Podrá hacer constar más titulaciones, las publicaciones editadas, los premios y otros méritos en un **resumen curricular** que no exceda de diez líneas.

Los originales habrán de ser **inéditos** y referidos a los contenidos propios de esta REVISTA. Su extensión no deberá sobrepasar las 25 hojas escritas por una sola cara, con el mismo número de líneas y convenientemente paginadas. Se presentarán mecanografiados a dos espacios en hojas DIN-A4, dejando margen suficiente para las correcciones. Deben entregarse con los errores mecanográficos corregidos y si es posible **grabados en diskette**, preferentemente con tratamiento de texto Microsoft Word Windows, u otros afines.

Las ilustraciones que se incluyan deberán ser de la **mejor calidad posible**. Si se remiten en disquette o CD-ROM, deberán tener una **resolución de 300 p.p.p.**, como mínimo. Los mapas, gráficos, etc., se presentarán preferentemente en papel vegetal, convenientemente rotulados. Todas irán numeradas y llevarán su correspondiente **pie**, así como su **procedencia**. Será responsabilidad del autor obtener los permisos de los propietarios, cuando sea necesario. Se indicará asimismo el lugar aproximado de colocación de cada una. Todas las ilustraciones pasarán a formar parte del archivo de la REVISTA.

Advertencias

- Evítese el empleo de abreviaturas, cuando sea posible. Las siglas y los acrónimos, siempre con mayúsculas, deberán escribirse en claro la primera vez que se empleen. Las siglas muy conocidas se escribirán sin puntos y en su traducción española (ONU, CIR, ATS, EE.UU., Marina de los EE.UU., etc.). Algunos nombres convertidos por el uso en palabras comunes se escribirán en redonda (Banesto, Astano, etc.).
- Se aconseja el empleo de minúsculas para los empleos, cargos, títulos (capitán, gobernador, conde) y con la inicial mayúscula para los organismos relevantes.
- Se subrayarán (**letra cursiva**) los nombres de buques, libros, revistas y palabras y expresiones en idiomas diferentes del español.
- Las notas de pie de página se reservarán exclusivamente para datos y referencias relacionados directamente con el texto, cuidando de **no mezclarlas** con la bibliografía. Se redactarán de forma sintética y se presentarán en hoja aparte con numeración correlativa.
- Las citas de libros y revistas se harán así:
 - APELLIDOS, nombre: *Título del libro*. Editorial, sede de ésta, año, número de las páginas a que se refiere la cita.
 - APELLIDOS, nombre: «Título del artículo» el *Nombre de la revista*, número de serie, sede y año en números romanos. Número del volumen de la revista, en números arábigos, número de la revista, números de las páginas a que se refiere la nota.
- La lista bibliográfica deberá presentarse en orden alfabético; en caso de citar varias obras del mismo autor, se seguirá el orden cronológico de aparición, sustituyendo para la segunda y siguientes el nombre del autor por una raya. Cuando la obra sea anónima, se alfabetizará por la primera palabra del título que no sea artículo. Como es habitual, se darán en listas independientes las obras impresas y las manuscritas.
- Las citas documentales se harán en el orden siguiente:
 - Archivo, biblioteca o Institución.
 - Sección o fondo.
 - Signatura.
 - Tipología documental.
 - Lugar y fecha.